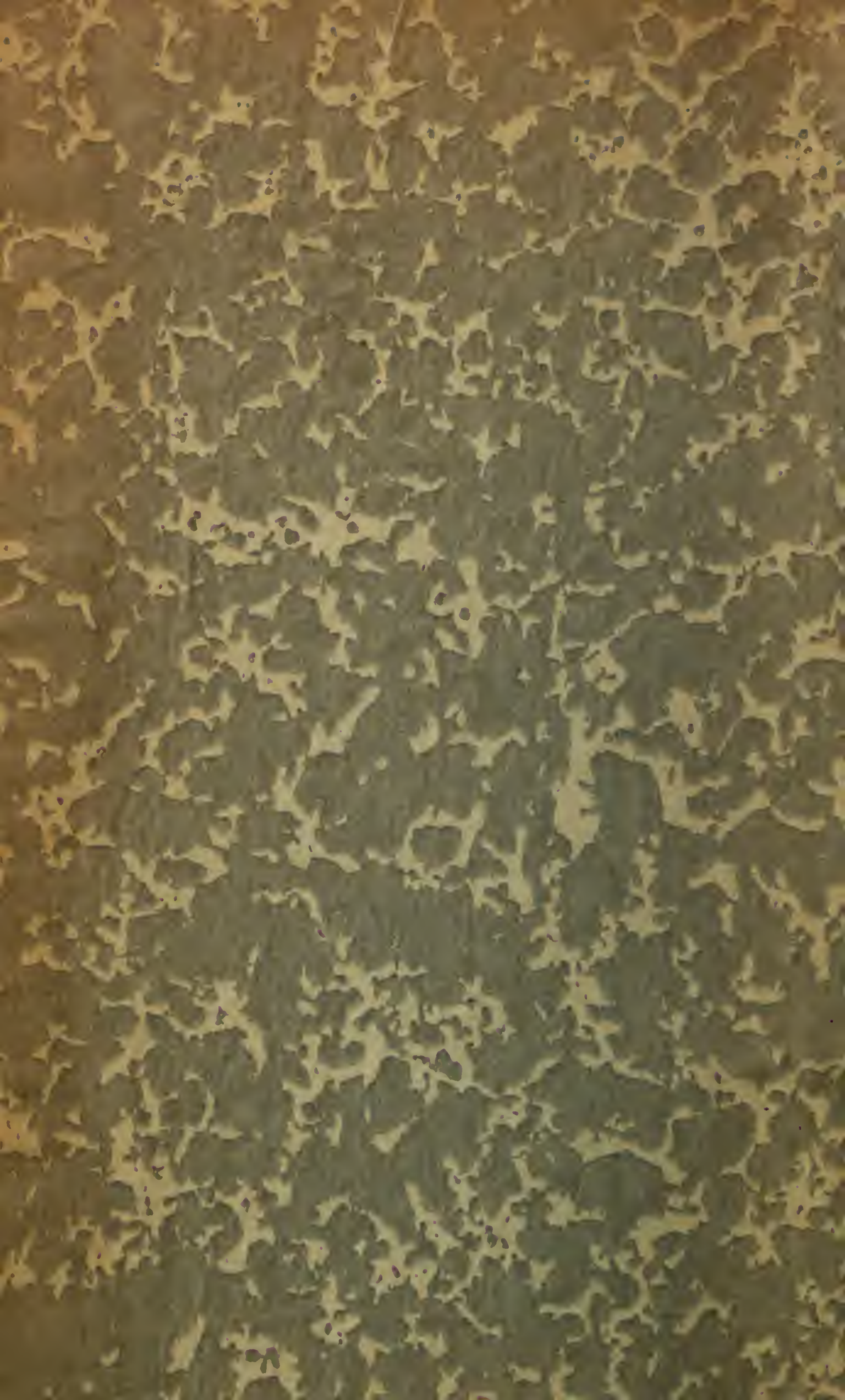

3 1761 07802995 6





LA SUEGRA DE TARQUINO

OBRAS DEL AUTOR

¿Quién disparó?
Memorias de un Suicida.
Saldo de almas.
La Farándula.
La Piara.
Alcibiades-Club.
El Pícaro oficio
Una Mancha de sangre.
La Coquito.
Aquellos polvos. . .
Más Chulo que un ocho.
Carmina y su novio.
Las Noches del Botánico.
La Pregunta de Pilatos.
Memorias de un Sommier.
Las Chicas de Terpsícore
El Alumno interno.
Un Pollito «bien».
Traviatismo agudo.
La Diosa razón.
La Bajada de la cuesta.

JOAQUÍN BELDA

LA SUEGRA DE TARQUINO

NOVELA DE MALAS COSTUMBRES ROMANAS

PRÓLOGO DE

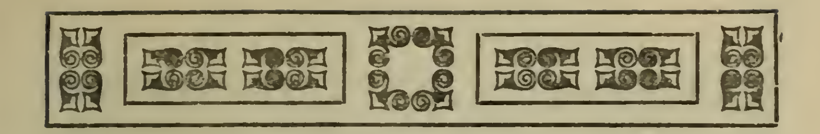
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

QUINTA EDICIÓN



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16 - MADRID

Tipografía Artística. - Cervantes, 28. — MADRID



SEUDO - PRÓLOGO

No podía usted imaginarse, amigo Belda, que anduvieran sueltos por este valle de lágrimas y de tinta de imprenta seres capaces de abominar del género festivo en Literatura y en Arte?

Pues, desgraciadamente, existen, aunque en escaso número. Hay quien no sólo menosprecia el género cómico por frívolo e insustancial, sino que se digna considerar a sus cultivadores como gentecilla de poco más o menos; y no falta criticastro seriote y pedantón que se holgaría de vernos sucumbir a los festivos de una fiebre tifoidea o de un cólico miserable.

Y vea usted lo que son las cosas: la literatura humorística cuenta cada día con más adeptos; adeptos que no son precisamente niñas

cursis, porteros bostezadores y estudiantes juerguistas, pues también hay senadores vitalicios, duquesas de crema y vicarios capitulares que se solazan con las chirigotas de los periódicos y que hasta leen (generalmente de prestado) novelitas alegres, como la que lleva este desahogo epistolar a guisa de mascarón de proa.

Ahora bien; sólo en el concepto de defensor, o en el de cultivador del género, podría yo aceptar el inmerecido encargo de *cometer* un prólogo para el primer libro festivo que ofrece usted a los lectores. Pero, dado el buen juicio de usted, confío en llevar a su ánimo una convicción: la de que yo no soy de los llamados a prologuear obras, aunque no sea LA SUEGRA DE TARQUINO la primera en proporcionarme honor tan alto.

¿No le parece a usted más a propósito para el caso cualquier académico respetable de esos que gozan reputación sólida (o solípeda) y cobran dietas por meter palabrotas como cuñas en el Diccionario de la lengua?

Sí, mi nuevo colega; ¿por qué no se llega usted a la Real Academia una nochecita, no muy lluviosa, de esas que dedican los ilustres lenguados inmortales al aseo del idioma, y allí

en su propia salsa, o sea en plena sesión, elige a su gusto el prologuista que le parezca más gallardo, más prestigioso, más inclinado a la benevolencia, o provisto de mejor caída de ojos?

Cualquiera de los inmortales, el menos conspicuo, puede dar más lustre que yo a su SUEGRA (es decir, a la de Tarquino, por usted explotada) estampando en la obra su condición de académico; y bueno es preferir para prologuista el que tiene un nombre en las letras al que sólo tiene unas letras en el nombre.

Al esperar de la Prensa frases laudatorias para su aludida SUEGRA, se encontraría usted con que mi prólogo le sería más perjudicial que beneficioso. Porque... ¡sépalo usted y guárdeme el secreto!... el público me estima más de lo que valgo, y lo demuestra agotándome las ediciones de cuantas obras doy a luz; pero, en cambio, a mis queridos compañeros de oficio maldito si tengo que agradecerles más de cuatro líneas de alabanza o de censura cuando el caso llega.

Niños que acaban de soltar el biberón para empuñar la pluma, y que, andando el tiempo, lo mismo pueden dar perlas literarias que

bellotas dulces, obtienen ahora, ignoro si espontánea o forzadamente, sendos artículos de críticos en juego, cuya labor, cantando las congrieces de un libro que nadie compra después, ocupa columnas enteras de importantes diarios.

¿Sabe usted a lo que ha llegado siempre el favor de mis colegas? A decir, casi entre las esquelas de muertos, fiambres y los anuncios de nodrizas frescas, algo así como lo siguiente: "El escritor chispeante (¡qué horrible calificativo!) don J. P. Z. ha puesto a la venta un tomo de poesías titulado *Aullidos del alma inquieta*, del cual nada decimos; basta el nombre de su popular autor para excusarnos de hacer los elogios que merece". Y con esto de que "basta el nombre", etc., los elogios no han aparecido jamás por ninguna parte.

Claro es que el público se encarga de lo principal: de comprarme todos los ejemplares. Pero bueno es que sepa usted, querido Belda, que si confiara en que mi nombre al frente de su libro habrá de provocar las alabanzas de la Prensa respecto al mismo, se equivocaría usted, como si creyera que los editores (salvo excepciones rarísimas) llevan en la parte izquierda

del pecho un chirimbolo sanguinolento que vulgarmente se denomina corazón.

De todo esto se infiere que yo, lleno de buena voluntad, debo inhibirme de hacer prologuitos para usted, como para todo aquel a quien yo estime tanto así. Lo que haré gustoso, a falta de prólogo, será darle a usted un par de consejillos, hijos de la experiencia.

Primero. No se desanime usted jamás por las contrariedades de la vida literaria, y antes de pasar a mejor vida, llene usted muchas cuartillas, sin preocuparse de envidias ni de malas intenciones, que no faltan entre los queridos colegas que más efusivamente nos abrazan, muchos de los cuales consideran las obras festivas como buñuelos, sin que esto quiera decir que algunas no lo sean efectivamente; y

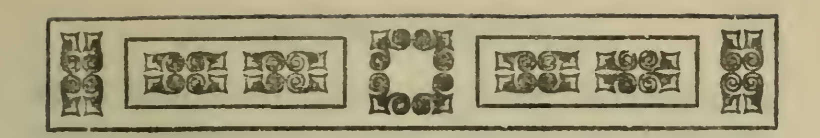
Segundo. No pida usted nunca prólogos para sus libros, pues en este punto las recomendaciones son a los autores lo que los informes a las domésticas. Las hay que sin ellos prestan excelentes servicios, mientras otras entran en la casa recomendadas hasta por el obispo de la diócesis, y antes de quince días ya se han enredado con el señorito, o se han llevado furtivamente hasta el serrín del gato.

La graciosa novela de usted, amable a pesar de lo que tiene de SUEGRA, se recomienda por sí sola; y vive Dios, que si alcanza el éxito que inmerecidamente cabe en suerte a la mayoría de mis obras (obras parecidas a las charangas en que no van precedidas del bombo), podrá usted cantar victoria; y si a cantarla llega, yo seré el primero en jalearle con las palmas, advirtiendo de paso que la de Tarquino, por ser hija de usted, es la primera suegra que ha jaleado un servidor en toda su aperreada vida.

Salud.

Juan Pérez Zúñiga.





LA SUEGRA DE TARQUINO

Humano capiti cervicem pictor aequinam.
(HORACIO: *Arte Poética.*)

Amor, ch'a nullo amato amar perdona.
(DANTE: *Divina Comedia,* canto V.)

Por mucho que la persiga, ¿quién va a alcanzar a una estrella?
(J. A. CAVESTANY: *La reina y la comedianta.*)

PRIMERA PARTE

I

CAYO FLAVIO

Las tres y veintidós minutos sonaban en el reloj de cuco del arco de Trajano, cuando Cayo Flavio desembocó en la Vía Sacra; el amplio Foro estaba desierto, y en un lado de él la columna *Phocae* elevaba al cielo la majestad de su pináculo inmarcesible. Era una de esas tardes de los últimos días de los Idus de Mayo, en que la Naturaleza, orgullosa de sí misma,

parece como que se empeña (1) en epatar a los mortales con el doble triunfo de sus luces y sus aromas. El cielo, de una limpieza troglodita, derramaba sobre la ciudad de los Gracos la ducha ingente de su orgía luminosa, y la tierra, confortada con aquella ducha, enviaba al cielo los más puros efluvios de su repertorio.

Las aglomeradas viviendas del Palatino dialogaban en el espacio con las moles vivientes del Capitolio, y allá a lo lejos el Aventino, lugar donde los romanos aventaban las mieses, ofrecía las notas claras de sus templos señoriales, mientras de la parte de la Suburra ascendía hasta nosotros ese rumor especial que producen las casas miserables a la hora de la limpieza diurna: rumor de escobas y batir de esteras, que diría Bécquer.

Vacío estaba el Foro cuando Cayo Flavio cruzó por él; y como no tenía nada que hacer en tan dilatado lugar, atravesó su planicie y, como cualquier actor del Domiciano, hizo mutis por el Foro y ganó la Vía Nova, perdiéndose en aquel dédalo de callejuelas que forman los cimientos del palacio de los Césares.

Sigámosle, aunque a respetuosa distancia, pues este personaje a quien acabamos de encontrar solo en una calurosa siesta romana, no

(1) En esta época ya existían en Roma las casas de préstamos.

es un desocupado vulgar, sino uno de los hombres más ilustres del patriciado de la época de Augusto. Contaba a la sazón treinta y seis años de edad, y después de haber sido prefecto de Bitinia y legado imperial en la Panonia, ocupaba un puesto en el Senado y era el más íntimo consejero de la Augusta y el más prestigioso orador de la curia itálica; tenía también sus toques de poeta, y aun recordaba Roma con espasmo una oda por él recitada en el pórtico del templo de Apolo, cuando fué nombrado pretor bienal, y en la cual, tras breves perífrasis, había expuesto su programa político con estas frases:

... godere del mondo, refumque saralia virilia parchese cinobium, et ramaque inopia Ceris;

que, traducidas al lenguaje de Garcilaso, quieren decir:

Gozar del amor con hartazgo; comer aun en sueños, y hermanar el cultivo del arte con la limpieza de la ropa.

Era hombre de aventajada estatura, barba triangular y ojos azules, como peces de la Estigia; su cabeza viril y su cuerpo de estatua formaban un conjunto efebal que él se encargaba de realzar vistiendo siempre con irreprochable elegancia los ternos más famosos que salían de las manos de Crépulo, el afamado sastre de la Vía Viminalis.

La generosidad y la opulencia de Cayo Flavio eran proverbiales en la capital del Imperio, y su popularidad era tan grande, que tres años antes, como se temiese que un cólico de higos de Smirna, atrapado por Augusto, dejase al Imperio sin su primer magistrado, el pueblo todo aclamó como heredero del César agonizante a Cayo Flavio, y la noche misma en que el ilustre enfermo del Palatino se revolcaba en su triclinio con los dolores de la indigestión, la plebe, y aun algunos *quirites*, obsequiaban a Flavio con una serenata, en la que, entre piezas populares e himnos religiosos, dejaban oír los cantores aclamaciones al nuevo *princeps*, terminando con unas seguidillas que pocos días antes habían importado a Roma unas bailarinas de Gádex de la Bética.

Claro es que Cayo estimó desatinada la pretensión del populacho, y deseando deshacer el equívoco que ante Augusto pudiera haberle creado la conducta de los romanos, corrió al Palatino no bien el César se hubo repuesto, y allí explicó ante el insigne convalenciente cuán poco caso hacía de las locuras plebeyas; pero Augusto, que conocía a fondo el corazón de Flavio, no sólo replicó que nada temía de su fidelidad, sino que, a modo de despedida, le colocó esta frase: "Después de todo, Cayo, así empecé yo; cuando el pueblo canta hoy debajo de tu balcón, puede cantar mañana arrastrando

tu carroza imperial". Frase que revelaba el profundo conocimiento que de los hombres y de las carrozas tenía el hijo adoptivo de César.

Era, indudablemente, nuestro amigo el hombre más activo de Roma: epicúreo por temperamento y soltero por convicción, sabía extraer de la vida todo el jugo que de sí podía dar, que no era poco, sobre todo en aquel tiempo en que una sociedad de patricios enriquecidos y de plebe encanallada había convertido a Roma en el *focum godentis* de que hablaba Horacio. Vivía Cayo en una espléndida casa de la plaza Juniona, al lado del Janículo, y en ella acumulaba cuantos refinamientos y detalles de lujo había infiltrado ya en Roma el orientalismo decadente; en esta casa moraba solo nuestro hombre, sin más compañía que su maestro de métrica, Servio Paulo, y un tigre de Numidia mansuefacto que le servía de secretario particular. (Costumbre muy extendida entre el patriciado romano del tiempo de Augusto, en el cual la mayoría de los secretarios particulares eran unos animales.) Levantábase Flavio a las seis de la mañana, y después de varias inmersiones en el *impluvium*, tomaba el desayuno, compuesto casi siempre de dos chochas del Danubio y de unas alubias de Judea; después hacía un rato de lectura hasta la hora tercia *ante meridiem,* en que salía invariablemente a dar un paseo en cuadriga por las frondosas

alamedas del Janículo o los tortuosos senderos del jardín de la Porta Metronia.

Al mediodía concurría al aperitivo del *Sacra-fames* (famoso *restaurant* del *Felabrum)*, y contemplaba después desde la acera de la Vía Sacra (la Carrera de San Jerónimo de Roma) el clásico desfile de las elegantes y de las obreras de los talleres de Crépulo y Marcino. La tarde era para nuestro amigo la vorágine de la actividad: el Senado, el Foro, las librerías del Quirino, la casa de Tarquino, la antecámara de la Augusta y mil sitios más recibían la visita del patricio, que dejaba en todos ellos el recuerdo de una frase amable y la visión de una postura siempre excelsa. Y aun tenía tiempo para hacerse ver en el paseo de carros del Campo de Marte, en las fiestas literarias, juegos, lecturas, y en el círculo *Juvenalia* de la plaza Capena, donde sus frases eran más incisivas y sus posturas más elevadas. (Hay que advertir que en el *Juvenalia* se jugaba a los prohibidos.)

La noche la dedicaba Flavio por entero al amor con todas sus consecuencias, ora en su propia casa, ora en el barrio del Anfiteatro, ya en las inmundicias de la Suburra, ya en el lecho de alguna noble matrona, pues tampoco le faltaban amores de alta estirpe con insignes damas del barrio de Esquilino, las cuales, mientras sus esposos daban la guardia en el Palatino o discutían en casa de Propercio la nueva

ley sobre el adulterio, abrían las puertas de sus cubículos al antiguo pretor de la Bitinia o a cualquier jovenzuelo apolino que aún ciñese la toga pretexta. ¡Que el amor, en Roma como en Versalles, siempre ha gustado de la prohibición para sus faltas, y siempre ha sido el misterio de la noche la salsa densa de los guisos de Venus!

Pero sigamos a Cayo Flavio por las callejas de la parte baja del Foro, y pronto veremos que después de dejar a un lado la Vía Marcela y la de los Gracos, sale a la plaza de Cástor y Pólux, y, cruzándola, se interna por la Vía Julia, al final de cuya pendiente se divisan las grises aguas del Tiber. La soledad de todos estos parajes nos indica bien a las claras que había llegado para los romanos la época del año en que, después del yantar de la hora nona, se recogían en sus cubículos y no volvían a pisar el pavimento de la calle hasta bien entrado el Vésper; el calor y las emanaciones de las termas, cloacas, sentinas y demás centros de recreo, recogían a los hijos de Rómulo en sus respectivas *domus*, y allí, tras del tercer baño diurno, arrojaban la toga y la túnica, y, vestidos sólo con el mamilar (especie de camiseta a cuadros), se reclinaban en el lecho, entregándose a esas ocupaciones a que todos nos hemos entregado en las calurosas siestas estivales, en que no sabemos qué hacer con las manos. Los ricos, los potentes, se hacían dar masaje por los esclavos mien-

tras recitaban la última oda de Horacio o el último soneto erótico de Tibulo; y la plebe, la canalla, reemplazaba a los esclavos con sus propias manos y se entregaba a las labores propias del sexo, en tanto que tarareaba la canción oída la víspera al bufón Helyas en cualquiera de los teatruchos del Transtíber: todo esto adornado con los eructos de una comida a medio digerir y con los zumbidos de los dioses lares, que todo romano tenía sobre la mesa de noche... Así llegaba la media tarde, y entonces patricios y plebeyos sacudían la modorra, se arrojaban del lecho, y limpios, perfumados y prepotentes, volvían a prestar a las calles de Roma aquella animación y aquella vida que hizo decir a un embajador egipcio recién llegado a la urbe de los Césares: „Hay aquí más ruido que en las cataratas del Nilo".

Pero no nos desviemos del camino emprendido, porque si nos desviamos perderemos de vista a Cayo Flavio, que ya en este momento habrá llegado al final de la Vía Julia y se habrá detenido frente a una casa de proporciones gigantescas que ostenta sobre el pórtico la imagen de los Tarquinos. ¿Cómo un tan ilustre miembro del patriciado, como Flavio, el elegante y el sibarita, se arredra en pleno calor y en plena siesta a cruzar Roma desde las alturas de la plaza Juniona a la orilla derecha del Tíber? ¿Cómo abandona el regalo del sueño y del ma-

saje para correr por aquel horno de callejas? Pronto lo sabremos, si queremos esperar un momento.

El sitio donde Cayo Flavio se detuvo era realmente singular: en la acera de la derecha varias casitas de apariencia modesta finalizaban la calle, y dando frente a ellas, en la acera opuesta, se alzaba con majestad el palacio de los Tarquinos; la Vía Julia, que al principio descendía en rápida pendiente, trocaba ésta a su mitad en suave declive, y así llegaba hasta la misma margen del río, del cual sólo le separaba un pretil de mármol pentélico; en el cuadro de luz que formaba el fondo de la calle se divisaban las aguas del histórico Tíber, que tantas lágrimas llevaba en su seno y tantos peces en su superficie; en la orilla opuesta ascendían con gravedad las cumbres del Janículo, a las cuales servían de pedestal las frondosas alamedas del Transtíber; a la izquierda se divisában los muros levantados por Servio Tulio, y a la derecha extendía la blancura de su piedra de pórfido la villa Septimiana, donde tantos crímenes cometió la tía de los Gracos. La caricia de aquella tarde de primavera envolvía los contornos de las cosas, y de todo aquel conjunto de recuerdos emanaba un hálito sanguinolento que atufaba. ¡Era la Roma trágica de los primeros años de la República! ¡La Roma encanallada y virtuosa a la par que, según frase de Fenelón, *se*

lavaba con sangre y se vestía con epidermis de patricios agónicos!

Entre tanta ruina moral se erguía el palacio de los Tarquinos con todo el prestigio de una aristocracia cereal. Frente a él estaba detenido Cayo Flavio, y avanzando con resolución, tiró del llamador de la campanilla del pórtico y aguardó... No tardó en contestar una voz de esclavo somnoliento:

— ¿Qué quieres? Es la hora del reposo.

— Abre a quien llama, salamandra frigia — contestó Cayo.

Y aquella frase ingeniosa, como todas las suyas, impulsó al ostiario a franquear la entrada al recién llegado. Abrióse la puerta, y una bocanada de aire fresco acarició el frontis del patricio, que desabrochando su toga, penetró en el atrio.

— Perdona, señor; no había conocido el oro de tu voz; perdona mi respuesta.

— ¿Está tu señor? — contestó Cayo haciendo caso omiso de las palabras del siervo.

— Está, pero reposa; mas siendo tú el visitante dejará el sueño por atenderte.

— Anuncia mi llegada.

Partió el frigio con dirección al peristilo y entró Flavio en el tablino, dejándose caer sobre un velador de algas del Adriático.

La casa de Tarquino, como todas las casas nobles de Roma, tenía por entonces aquel sabor

oriental que ya había empezado a influenciar el arte romano como consecuencia de la anexión del Egipto; por eso vemos en el atrio, junto al techo, de puro sabor latino, el cortinaje de púrpura de Tiro y el quitasol sagrado de los sacerdotes de Tebas; y en el suelo, al lado de la cisterna etrusca del tiempo de Numa, el cesto de papeles de Pérgamo y la esterilla fina de Salónica; y lo mismo en el Tablino, donde un esclavo nubio daba aire a Flavio con la punta de un pai-pai bereber. En esta última estancia el contraste era mucho más vigoroso: un festón tricolor adornaba el remate de las columnas del *cimpocium;* y por debajo de él pendían, hasta cerca del suelo, tenues velillos de seda cretense con ramajes de palma de Mallorca; el pavimento estaba formado por un tablero cuadrangular, y sobre él alzaban el prestigio de sus curvas una Venus de Cartago y un Apolo de Vallecas; sobre una vitrina etrusca, adosada al muro principal, se mostraban en alineado desorden copas, medias codas, bandejas, placas y otros objetos, ganados todos ellos por el joven dueño de la casa en las bizarras luchas del estadio de Agripa o en el tiro de pichón del Campo de Marte. Dos triclinios familiares, un taburete de marfil cocido y un lecho de Asiria completaban el adorno de esta pieza, especie de antesala de una casa patricia y señorial.

No tardó en presentarse en ella el ostiario

que antes nos abrió la puerta, y dirigiéndose a Cayo, musitó:

— Noble Cayo, mi amo te espera en el peristilo.

Levantóse el patricio, y siguiendo al esclavo, atravesó diversas estancias completamente mudas y exhaustas. En la relativa obscuridad de aquellos corredores le hirió de pronto un rayo de luz que se abría en el cuadrado de una puerta; detúvose ante ella el frigio y exclamó:

— Pasa, señor; mi amo te aguarda.

Avanzó Cayo y penetró en el peristilo; era éste un espacio abierto sobre un jardín, en que toda la flora lujuriante y concisa del Lacio ofrecía a nuestros ojos la orgía serena de sus luces y sus aromas; el nardo, la amapola, la flor del loto, las peonías, las adelfas, el cardo borriquero, la verbena y las cicutas arrastraban a nuestra vista el mágico contente de su sensualidad y llevaban a nuestra pituitaria el adormecedor efluvio de sus sonidos; bordeando los senderos de una arena prudente, se alzaban hasta el cielo las copas de los eucaliptos, cipreses, plátanos, bayaderos y nogales, y con tanto alzar de copas parecía aquello el momento final de un banquete en que la hora trágica de los brindis es llegada. De trecho en trecho, fuentecillas silvestres emanaban por la boca de lindos amorcillos el susurro tranquilo del agua torrefacta, y en aquel ambiente de égloga y de ensueño eleva-

ban el vuelo de sus picos de cisnes, gacelas de Otranto, águilas imperiales, mosquitos trompeteros y demás rumiantes por el estilo. Al fondo de este panorama, un espacio cubierto y circundado de columnas corintias abría el seno de su obscuridad, y en el centro de él, muellemente recostado en un lecho de muelles, estaba Tarquino, el noble, el hermoso, el amigo de todas las romanas de peso, pues a este jovenzuelo le tiraban las gordas, como a Benedicto XIV y como a cualquier faquino de los muelles del Tíber. Una lluvia de pétalos de melocotón le caía del techo, y a su lado, señorial y displicente, un lobezno de los Alpes, compañero inseparable del dueño de la casa, se rascaba con las puntas de sus manos las nostalgias impuras que le comían la piel; dos esclavos, negros como la noche de San Juan, daban aire al señor, y en uno de los extremos del cubículo, una esclavina de cinco primaveras sentada cabe una fuente de agua tofana, pulsaba un plectro ancestral, mientras dejaba escapar por sus bermejos labios el arrullo tierno de una cancioncilla de Armenia:

„Baldomera, Baldomera,
saca, saca la cadera;
sácala, sácala, sácala", etc.,

repetía la esclava con deje oriental.

Al ver a Cayo Flavio destacarse sobre el fondo conciso de un ciruelo silvestre, saltó Tar-

quino del lecho, interrumpió la esclavina su canción, y el lobezno, abandonando sus preocupaciones, irguió su busto señorial y doméstico.

— La Diosa te acoja, Cayo; te esperaba con ansia.

— Ella te guarde, Tarquino; vengo con retraso, pero te traigo *un porción* de noticias; ya sabes que cuando Cayo Flavio quiere saber algo, todo Roma le enseña sus misterios. Los hados permiten que mis nuevas sean más bien adversas que prósperas; pero... aún es tiempo de buscar remedio al mal; tú lo sabes: si persistes en tu propósito, allá tú; yo cumplo con anunciarte el peligro.

— Te agradezco el interés, Flavio; pero ya sabes que no puedo volverme atrás; tres días faltan para las nupcias; pero si tres siglos faltaran, igual sería mi decisión; idéntica mi tenacidad.

— ¡Por Vesta que exageras! ¿No hay otra joven en Roma? ¿Va a faltarte a ti, al Apolo del *Juvenalia*, una chica núbil, con quien ir a la Vicaría? ¿O es que tu pasión es tan grande que, fuera de Tulia, no concibes a Cupido?... Te creí más ponderado, más sereno. Pero, en fin, veremos si los hechos te convencen más que mis razones: de ayer a hoy he sabido cosas que horripilan, que estremecen, que hacen pensar en los tormentos del Averno y en las angustias de Medea.

— ¿Pero qué has sabido, rejúpiter?

— Todo; anoche, en casa de la Augusta, mientras después de la cena jugábamos la acostumbrada partida de *rentoy*, Fulvia, la camarera mayor, empezó a hablar de Salvia, repitiendo las historias que tú y yo conocemos y que tú no has querido creer hasta ahora, y yo he sospechado, por lo menos, veraces: habló de sus adulterios, de sus excursiones nocturnas a la Suburra, de sus amores sacrílegos con el gran sacerdote de Diana; en una palabra, de cuanto Roma entera conoce y sabe y de algo más que todavía ni sospecha. ¿Sabes su última hazaña?... Hace tres días, en la casita que en los alrededores de Prenesto posee Sempronio Graco, se inició un pequeño incendio, que presto acudieron a sofocar los bomberos de la villa; trabajando en el ala derecha del palacete, sitio donde el fuego era más vivo, creyeron escuchar los lamentos de una criatura de tierna edad, que, con voz dulce y quejumbrosa a un tiempo, pedía socorro insistentemente; creyó el jefe de los operarios que se trataba de alguna víctima del caluroso elemento, y algo extrañado, pues suponía la casa vacía, mandó a parte de su gente derribar el ventanal tras el cual se seguían escuchando las voces de auxilio. Funcionaron los picos y cayó el ventanal con estrépito, ofreciendo a la vista de todos un espectáculo digno de la última hora del Domiciano: en el centro del

cubículo, una matrona, con el mismo traje que llevaba la madre Venus al emerger de las aguas, tenía soterrado con todo el peso de sus ochenta kilos a un mancebete de diez años, de aspecto enfermizo y efebal; ambos habían llegado a aquel punto amoroso en que, según dice el maestro Ovidio, nos olvidamos de todo menos del movimiento; y lo que en ella eran sollozos contenidos por una larga experiencia amatoria, eran en el jovenzuelo quejidos ingenuos de placer y de dolor a un tiempo; de ese dolor que experimenta el hombre cuando se aventura por primera vez en los senderos del bosque de Príapo. La pareja, al verse sorprendida por aquellos hombres que habían acudido a apagar un fuego y se encontraban con un volcán inextinguible, rompió los lazos súbitamente y sólo se ocupó en buscar la huida; pero... ¡era tarde! El escándalo estaba dado, y los bomberos, que ya habían conseguido sofocar el incendio, consiguieron sofocar también a la noble matrona, que, más colorada que el manto de Augusto, se cubrió el rostro con una jofaina y dejó todo lo demás a la admiración sincera de los operarios, que bien presto sintieron en sus sienes el fuego asfixiante que no se apaga con mangas. El jefe de la partida mandó retirarse a la gente; penetró de un salto en el cubículo, y, cubriendo piadosamente con sus respectivos trajes a ella y a él, les hizo salir por una puerta falsa, aunque no

tan falsa que no pudiese pasar por ella una pareja de disolutos. El escándalo en cuantos presenciaron el copo fué enorme: bien pronto las murmuraciones de aquella canalla asalariada salpicaron el ambiente de las tabernas de Prenesto, y bien pronto llegó también a Roma el murmurar grotesco de una aventura indigna. Hasta ahora sólo cuatro iniciados estamos en el secreto; pero, ¡por Juno!, que no es difícil predecir que dentro de unas horas la befarda noticia se habrá extendido por la ciudad, y desde el centinela de la Puerta Metronia hasta el ostiario del último prostíbulo de la Vía Saturnalis, todos sabrán que un hijastro del César ha sido vilmente pervertido por alguien que en la mansión de la hija de Augusto ocupa un alto puesto, sólo debido a la pureza y al civismo. Porque, ¿sabes, Tarquino, quiénes formaban la feliz pareja que hace tres días daba al aire en la campiña romana la hermética impudicia de sus carnes?... ¡Él era Lucio César, el hijo de Agripa y de Julia, el adoptivo de Augusto, el tierno niño que, en compañía de su hermano Cayo, constituye toda la esperanza y todo el porvenir de su abuelo del pueblo; el embrión que el César quiere convertir en robusta planta que el día de mañana, con la ayuda de los Dioses, dé frutos ciudadanos y sombra irrefragable sobre el jardín vetusto del Estado; el jovenzuelo inocente y puro que su protector quie-

re librar de toda malicia, para que el culto de Venus no turbe prematuramente en su alma al dedicado a Marte y a Minerva! ¡Y ella (horroriza pensarlo), la mujer de confianza de Julia, de la hija predilecta del César, la mano derecha de la propia madre del jovenzuelo sacrificado a la impudicia de una carne decadente; Salvia, la propia Salvia; la que dentro de muy poco, si Apolo no lo evita, será tu madre de cognación; la que ya es, por mucho que aparentes ignorarlo, la madre de tu futura esposa.

— Nada de esas infamias tiene que ver con Tulia, con mi Tulia, a quien adoro, y que nadie, ¿lo entiendes bien?, nadie, ni tú mismo, que eres para mí maestro y padre, podrá arrancar de mis brazos si no me envía antes con las parcas.

— Pero, desdichado, ¿no ves que si persistes en tu idea, dentro de muy pocos días habrás cobijado bajo el techo de tu *domus* a esa mujer de quien Roma entera se jacta haber recibido las caricias de una noche?

— ¡Eso no! ¿Por qué ha de venir ella a morar a la casa de los Tarquinos?

— Porque así lo quiere, y no se oculta para decirlo; desde hace una semana está haciendo almoneda de su casa de la Vía Flaminia, que piensa abandonar para seguir a su hija e instalarse con ella en casa de su marido... Y además dice que obedece a súplicas tuyas.

— No, no, te diré: yo la dije una vez, por cor-

tesía, que puesto que ella, sola y sin hijos, iba a quedar abandonada después de nuestras nupcias, podría disponer en mi casa de cierto número de habitaciones donde viviría con absóluta independencia.

— ¡Abandonada! No le faltaría por la siesta, ni en las calladas horas de la noche, algún jovenzuelo que distrajese su abandono y prodigase sus caricias a ese montón de grasa disoluta...

— ¡Basta, Cayo! ¡Basta, amigo mío! Por el cariño que me profesas te ruego que no sigas hablando en ese tono, que no atormentes mi espíritu; aunque todos esos rumores fueran ciertos, yo no habría de volverme atrás. Soy un débil, soy un abúlico..., soy un esclavo de Eros.

— Bien, Tarquino, no insisto. Sólo te diré, por lo que pueda convenirte, que hay algo más grave que cuanto te he contado... La narración de Fulvia sobre el suceso de Prenesto produjo anoche entre los tertulios de la Augusta el espanto natural: todos nos asombramos; y como Quinto Vinicio, el patricio de guardia, aventurase una expresión de duda sobre la veracidad del relato, Libia, la propia Augusta, el espejo de honestidad, la romana más honrada del Lacio, la que antes dejaría morder su boca por la sierpe de Laconte que dejar salir por ella una especie calumniosa, hubo de intervenir en el diálogo

con estas palabras: „No, Vinicio; cuanto acaba de decir Fulvia es tan cierto como la muerte de Eneas; será preciso constriñir a Octavio para que obligue a su hija a abandonar la compañía de mujer tan... inverecunda. Y en cuanto a Tarquino, a ese pobre jovenzuelo que presto va a caer en las redes de la astuta Salvia, bueno será hacerle saber que si no desiste de su empeño, habrá perdido nuestra estimación y nuestra amistad..." Ya sabes, pues, a lo que te expones: cuando dentro de unas horas asciendas las gradas del templo de Diana dando el brazo a tu nueva madre política, podrás escuchar, si no eres sordo, las contenidas burlas de la plebe al verte conducir a la litera la mujer más disoluta de Roma; pero al mismo tiempo, y si aguzas un poco más el oído, percibirás que desde la cumbre del Palatino desciende a ti la enemistad del César y la indiferencia de su corte. Con un solo acto te habrás atraído el desprecio de la canalla y el enojo de quien por sus méritos está puesto por Júpiter en la cumbre del Estado.

A este punto llegaba el diálogo de los dos patricios, cuando en la puerta que comunicaba el peristilo con el resto de la casa se dibujó, precedida del ostiario, la noble figura de un nuevo personaje. La sombra blanca de sus vestidos destacaba con gravedad sobre el verde del follaje, y en el claror de aquella serena tarde de Mayo parecía su figura, moviéndose con grave

dignidad, una blanca paloma perdida entre la disolución de un gallinero. El recién venido era Cayo Licio, primo de Flavio, y que con él y Tarquino formaba el triunvirato inseparable de la amistad y del talento. Era hombre de unos treinta años: gordo, pero bello; astuto, pero no mal parecido, y de un espíritu tan complejo, que no comía nunca más que en casa de los amigos, y sólo se depilaba la barba cuando llovía o se jugaban fieras en el circo; hijo de un cónsul del 43, vivía solo y sin familia en una casita de la Vía Sacra, comiéndose los cuatro sestercios que su padre le legara como fruto de arcaicas rapiñas; algo dado a los placeres de la inteligencia, prefería, sin embargo, los de la mesa, y entre un libro de Platón y un plato de angulas del Po, se quedaba siempre con el plato; no era, pues, un cerebral, sino más bien un estomacal, y por esto último precisamente era por lo que los bolsillos de su túnica estaban siempre repletos de invitaciones de comidas, banquetes, etc., pues es indudable que en estos actos ayuda siempre mejor a la digestión un estomacal que un mental. Por lo demás, dormía veintiséis horas diarias y se le conocían tantas concubinas como las Doce Tablas: a una por Tabla.

Penetró en el cubículo después de los saludos de rigor, y, acariciando al lobezno, se dejó caer sobre un taburete.

— Bueno, jóvenes; supongo que por mí no cortaréis el diálogo. Me figuro de lo que hablabais, y también me figuro lo que te ha contestado éste, Flavio.

— Talento te sobra para imaginarte mi respuesta; mas dime, Licio: ¿apruebas mi resolución?

— ¡Qué duda quepe! — gorjeó el recién llegado — ; yo, en tu caso, no sólo me casaría con la hija, sino que haría mi concubina a la madre; así como así, no todas tienen su ciencia amatoria: y, además, sus cuarenta años y sus ochenta kilos están lo suficientemente distribuídos y bien llevados para hacerla todavía apetitosa. ¿No crees lo mismo, primo?

— No estoy para chanzas — contestó Cayo Flavio — ; yo miro las cosas bajo otro aspecto que tú... Además, puede que ignores todavía lo que ocurrió hace tres tardes en la villa de Sempronio Graco.

— ¿Ignorar?... No traigas a mis labios la risa... Lo que tú ignoras es que fuí yo, yo mismo, el que trajo la noticia a Roma; y no para dar pábulo al escándalo, sino para excitar la admiración de los que aún sean capaces de admirar lo bello y lo grande. ¡Ahí es nada, sacar del Palatino y de la austera vigilancia del abuelo a un jovenzuelo como Lucio, hacerlo conducir a Prenesto, encerrarse con él en una villa y convertirse en la iniciadora de un nieto del Cé-

sar, del que tal vez mañana ocupe el sitio del abuelo! Y, según parece, el muchacho está encantado; hastiado de las ñoñerías y pudibundeces que a diario le enseñaba el cursi de Verrio Flacco, el jovencito está como impúber con sandalias nuevas, y parece ser que desde la entrevista con Salvia se ha despertado en él tal ardor sexual, que no hay desde hace tres días *ancilla* segura en el Palatino, ni sierva que detrás de una cortina no tema encontrar los brazos de Lucio César. El hombre ha tomado con calor el oficio, y ya se habla de mandarle una temporada a Bayas para ver si los aires de Neptuno calman un poco los ímpetus de Venus. ¡Cuán grande debe ser su agradecimiento a la noble matrona que en una puesta del sol le enseñó el camino del templo de Eros!

—Tus bromas, Cayo, me hacen el mismo efecto que las veras de tu primo; nada de eso quebranta la firmeza de mis designios: Tulia será mía; en cuanto a su madre... ¿qué me importa su conducta?

—Tu inexperiencia te ciega—dijo Flavio—. ¡Quiera Minerva que algún día no te arrepientas de esas palabras!... Pero di, Licio: dices que fuiste tú mismo quien trajo la noticia a Roma. ¿Cómo fué eso? ¿Acaso estabas en Prenesto aquella tarde?

—Ya sabes que tengo allí a Marcela desde que el casero la despidió del pisito que yo la

había puesto en la Puerta Binicia. Pues bien; esa tarde, como muchas, fuí a verla, y al regreso, como me detuviera a tomar el chocolate en la taberna de Petreyo, sentí ruido en la estrada y vi que los bomberos acudían precipitadamente en dirección a la villa Sempronio; yo, curioso como buen gastrónomo, les seguí, y... ya te supondrás lo demás: presencié la escena de la sorpresa, y por Marte, juro que no me pesó; nunca he visto cuerpo de matrona más torneado ni líneas mejor dirigidas que las de su torso; y por lo que hace al joven, os aseguro que no haría mal papel en las noches verdes del *Juvenalia:* ¡bello cuerpo el suyo, por Baco! ¡Qué bien alegraría las veladas de alguno que yo me sé!... Después me enteré de ciertos detalles: la villa de Sempronio Graco está a la disposición de Salvia desde que aquél y Julia se ven en el propio Palatino. Ya sabéis que la compró con el solo objeto de que albergase sus entrevistas con la hija de Augusto; pero teniendo ahora sitio más cómodo, se la ha cedido temporalmente a Salvia para que en ella se dedique a... las labores propias de su sexo. ¡Hay cosas que nacen con la protección de la Diosa, y una de ellas es la de Sempronio! ¡Júpiter, si hablasen sus muros, qué de odas podrían inspirar a Ovidio!

— Cayo, ¿por qué no hablamos de otra cosa?... ¿Qué se dice en Roma de nuevo? Ha una semana que no me ocupo de nada.

— Todo va bien, desesperadamente bien; no hay asunto sobre qué extender la murmuración. Si no fuera por esos ridículos puritanos que aún se mueven y peroran, acabaríamos por perecer de tedio entre tanto placer; afortunadamente, nunca faltan histriones de la más noble estirpe que, en medio de un banquete o en el descanso de las termas, le asalten a uno con lamentaciones como ésta: „Pero ¿has visto qué tiempos, noble Cayo? Tú, como eres joven, no ves la diferencia; pero ¡si hubieras conocido a la madre de los Gracos!“ Uno se sonríe, y si tiene gana de diálogo contradice y se pasa el rato...

— Y por el Domiciano, ¿ha mucho que no vas?

— Anoche estuve; divertidísimo. Dan ahora una pantomima de la guerra de Troya, con Dido en traje de baño, que quita la cabeza. Lo malo es que para final nos soltaron otra vez ese esperpento de *La nodriza de Rómulo*, ese narcótico en tres estancias: un gabinete, el cuarto de la nodriza y la caballeriza de la casa de Numa; pero ¡estos arcaizantes que quieren convertir el teatro en aula de Clío, son insoportables! ¡Resucitar el Teatro Nacional! Pero si no hay de qué... Por supuesto que la tal nodriza se llevó lo suyo; ni que decir tiene.

— Y ¿de quién es?

— De quién ha de ser: del insoportable Tito Livio; del ramplón entre los ramplones; del

monstruo más grande que ha salido de cabeza de matrona romana. Ese pingüino cree que con imitar a Virginio ha resuelto el problema. ¡Cuándo vendrá la ola redentora que barra para siempre tanta estulticia!... En cambio la pantomima deliciosa, lubrificante; y luego, esa siria, esa Melanao, es un prodigio de voluptuosidad y de caderas.

—¿Mucha gente?—apuntó tímido Cayo Flavio.

—Un océano; eso sí, público dividido, para todos los gustos. En la derecha, la Augusta con su séquito: una docena de matronas vetustas y de senadores hipocondríacos que parecían asistir al entierro de Druso; y en la izquierda, Julia, la divina, la excelsa y perínclita Julia, la de los ojos de tormento y labios de terremoto, rodeada de lo más exquisito de la juventud romana: Sempronio, Julio Antonio, Marco Lido, el poeta Ovidio, Cayo Mesala y otros tan distinguidos y disolutos. ¡Qué bien representaban ambos bandos la lucha sorda que aún se viene librando entre los arcaicos y los modernos, entre los eternos predicadores de lo pasado y lo vetusto, y los que queremos vivir en nuevo ambiente y en un mundo de mayor variedad y más intenso colorido! De creer a ellos, a los puritanos, habríamos de pasarnos el día en el Foro y en el Senado, y de cuando en cuando, como solaz, darnos una vueltecita por el archivo de los ediles, con el fin de averiguar qué hacían nuestros

abuelos el día tal de tal mes de tal año, después de haber conquistado la Panfilia; nosotros en cambio, queremos algo más humano, más justo: dar a Marte la mañana, y aun la tarde a Cibeles, pero, al llegar la noche, recluirnos en Citerea y avivar nuestros nervios con el divino latigazo de sus sonrisas.

— Pues en el Palatino parece que están más con ellos que con nosotros.

— Naturalmente; el influjo de ese idiota de Tiberio, que no ha vivido nunca más que entre legionarios, tiene que pesar mucho en el ánimo del César; pero no olvides que en ese mismo Palatino vive Julia, y que en su propio cubículo se prepara el virus antitradicionalista que quizá dentro de poco acabará con tanto hipócrita lacrimoso. Allí, sobre una de las siete colinas de la madre Roma, recibe Julia todas las tardes el homenaje de sus fieles adoradores; y mientras el misántropo de su marido visita la Castra Pretoria de la Porta Tiburtina, ella, la nueva Venus rediviva, entrega el tesoro de su cuerpo a Sempronio Graco o a cualquier otro afortunado joven del barrio del Esquilino. . . Ella predica con las obras, y ya son muchas las romanas que se deciden a imitarla. ¡El triunfo es nuestro, por Ceres!

— Ya sabes que pienso como tú, pariente, pero una duda me atormenta: si Tiberio, cansado de las infidelidades de su esposa y rendido

al peso de su propia cabeza, se decide un día a usar el derecho que le concede la ley, y obliga a Augusto a poner fin al escándalo, ¿qué va a ser de Julia y de los que formamos en sus filas? Ya sabes que no falta quien le azuza a romper con todo; y si se decide...

— No lo temo: Tiberio es un estúpido; pero es inteligente, y sabe que si el pueblo le soporta es por consideración a Julia; el día en que se decidiera a luchar contra ella, tendría que sufrir el desprecio de todos, y ese desprecio no es lo que más conviene a un ambicioso como él.

— Opino como Licio — dijo Tarquino —, pero..., volviendo a mi asunto, porque por más que intente, no puedo dejar de pensar en él, ¿cómo es, Flavio, que siendo tú de los de Julia, es decir, de los nuestros, te opones a que yo traiga a mi familia a Salvia, a la amiga más íntima de aquélla, a su confidente, a su... ya sabes?...

— Pero, ¿no lo adivinas? Yo soy de los vuestros porque no le veo más fin a la vida que el placer y la risa; porque odio el recogimiento y la ñoñería de que quieren rodearnos los puritanos, y gusto de beber en todos los vasos y de reclinar mi cabeza en todos los pechos. Yo sigo a Julia porque sé que no se la sigue en vano, y porque aspiro a llegar con ella adonde han llegado Sempronio y otros amigos, y, además, porque su ejemplo es llave mágica que nos abre a los gozadores las puertas de muchos

cubículos y el corazón de muchas jóvenes. Pero esto no empece a que yo considere empresa digna de un germano el querer traer a la propia casa y a la propia familia la corrupción que yo prodigo en otras familias y en otras casas. ¿Me entiendes ahora? Yo quiero el libertinaje en los demás, pero no en mis lares; por eso, a pesar de las leyes del Augusto, soy y seré siempre soltero.

— Eso indica, Flavio — dijo Tarquino levantándose —, que soy menos egoísta que tú: quiero tanto el libertinaje, que no vacilo en traerlo a mi casa, aunque instalándolo en habitaciones aparte... Y basta, amigo, basta de chanzas; cuento con vosotros para los pequeños detalles que aún faltan por arreglar de aquí a pasado mañana. Me ayudaréis, ¿no es cierto?

— Yo, con alma y vida — dijo Cayo Licio.

— Y yo lo mismo: respeto tu designio; pero antes de marcharme, dime, Tarquino: ¿insistes en la boda? ¿No habrá nada que te haga desistir?

— Nada; ¡ni aun el mandato de Júpiter!

— Él te guarde y haga que mis temores se truequen en bienandanzas.

— ¿Adónde vas? — preguntó Licio.

— Al Senado; hoy discutimos el impuesto de la décima. ¿Me acompañas?

— Hasta el Foro nada más; he de ir a Prenesto. A ver si tengo la suerte de anteayer. ¡Soberbio espectáculo!

Saludaron ambos a Tarquino, y atravesando el jardín, que ya fallecía con los aromas del Vésper, ganaron el tablino, y a poco, la calle.

Había comenzado la animación vespertina, y ya se veían por las aceras rostros satisfechos que acababan de dejar el cubículo. En las puertas de las casas las esclavas tejían ramitas de mirto, y de cuando en cuando una litera dibujaba el contoneo de su andar suave y silencioso. En las inmediaciones del Foro la animación crecía por momentos y todo indicaba que había llegado para los romanos la hora de Venus, que se prolongaba hasta el amanecer. De trecho en trecho, una nobie figura de mujer expandía en el aire el afrodisíaco de sus perfumes, y un joven, desde la acera opuesta, la devoraba con la vista; de pronto ella se perdía en el hueco de una casa, y tras ella avanzaba el joven con paso torpe y rostro tumefacto.

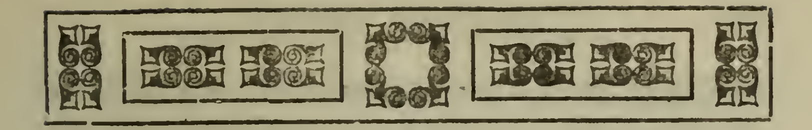
El Foro hervía de canalla; los gritos, las risas, las disputas, animaban aquel trozo de histórica belleza, y pululando por entre los varones, varias docenas de cortesanas arqueaban sus curvas y hacían desgranar su sonrisa.

En el cielo, y por encima del Janículo, moría el sol con agonía sangrienta.

Flavio y Licio se separaron.

—¿Irás esta noche al Domiciano?

—Sí, voy con Julia; después, ya sabes: a las dos en casa de Casca.



II

LAS BODAS DE TARQUINO

El templo de Vesta se alzaba con grandiosa sencillez en la vasta planicie adherida al Foro Romano; frente a él, y en línea irreprochable, se mostraban los arcaicos edificios de la Vía Sacra, destacando la pizarra de sus techumbres sobre la floresta centenaria del campo Vaccino; la Vía Miranda y la Maurina terminaban su trazado al encontrarse con la elegancia de su mole, y a la izquierda, un tanto respaldado, el templo de Cástor y Pólux ocultaba la silueta cenicienta de la Cloaca Máxima, mientras un poco más al centro el templo de Julio César contenía con el brusco saliente de sus muros la ola humana que del Foro venía en los días de las grandes solemnidades. Hacia la derecha se extendía ilimitable la amplia estrada de piedra berroqueña, sólo adornada de

trecho en trecho por estatuítas de un simbolismo primitivo, y al fondo, con elevación vigorosa, se alzaba la prestigiosa mole del Palatino, con el verdor de sus jardines y la blancura de sus *domus* patricias.

Un día de plenitud de sol y de aromas de leyenda vertía sobre este escenario el brillar de sus luces y el irisal de sus efluvios, y extendía por el espacio el velo místico de un sensualismo bizcaitarra. La calma del ambiente y la serenidad del cielo hacían destacar con violencia los murmullos de la plebe, que en grupo abigarrado se extendía en doble fila desde la escalinata del templo a las losas de la Vía Sacra, contenida en fuerza de amenazas por el caracolear continuo de los caballos de la guardia del prefecto y el parpadear amenazante de los lictores que de trozo en trozo se extendían. Una lluvia de fuego caía mansamente sobre aquel montón de carne humana, y sólo los más próximos al templo podían hurtar sus cabezas a los rigores del padre Febo, gracias al amplio toldo que desde el frontis del edificio cubría la escalinata y una parte reducida de la estrada. En primera fila, los madrugadores, impúberes en su mayoría, excitaban la envidia de los retrasados, que para ver mejor se alzaban sobre las puntas de las sandalias, y recibían de cuando en vez, como carga aneja a su privilegiada situación, el rocío de los detritus intermitentes de

los caballos, amén de algún que otro pisotón de tan nobles bestias.

En aquella mañana, y dentro de breves horas, iban a celebrarse en el templo de Vesta las justas nupcias de Tulia Nipa, hija de Salvia, y de Cneo Tarquino, hijo del famoso procónsul de las Galias.

Todo el que se haya tomado la molestia de saludar, aunque no sea más que con la mano, la historia de las instituciones jurídicas de Roma, sabe que las ceremonias nupciales se verificaban siempre en el domicilio de las víctimas; cosa, a mi ver, muy puesta en razón, pues así los recién maritados tardaban menos en pasar de los enojos de la ceremonia a los goces inefables de la consumación del acto. Al lado del tablino estaba el cubículo, y muchas veces, mientras el funcionario del orden civil encargado de testimoniar la realización del acto musitaba las últimas preces de ritual, ya los novios, en la habitación inmediata, habían empezado a ponerse ruborosos y tímidos, acabando por arrojar lejos de sí las vestimentas arcaicas y entregarse a la segunda parte de tan solemne institución. Con esto se evitaba ese peregrinar ridículo de las bodas de hoy día, en que la feliz pareja, ardiente de curiosidad ella, y de torpeza mental él, tienen que soportar los saludos y felicitaciones de los invitados, la fotografía al magnesio del periodista, el *lunch*, la recepción, y, como nota final,

estrechar en sus brazos a los parientes más próximos, siendo así que lo que entonces se desea estrechar es únicamente al cónyuge respectivo. ¡No cabe duda que los romanos tenían un sentido práctico admirable!

Pero no ignorarán tampoco los que hayan buceado en el seno conciso de la Historia que, en virtud de un *Senatus-consulto* de la época de Julio César, aquellos varones que habían prestado servicios eminentes a la República tenían reconocido derecho, para sí y sus descendientes, a efectuar nupcias públicas en uno de los dos templos más distinguidos de Roma, que eran el de Apolo y el de Vesta; es decir, el San José y las Calatravas de entonces. Los ascendientes de Tarquino figuraban por derecho propio entre esos varones ilustres del pasado; sobre todo, Publio Tarquino y Cneo Tarquino, padre del actual. ¿Que qué habían hecho estos socios para merecer de la República tan señalada distinción? ¡Pues una pequeñez! El primero, Publio, siendo prefecto de Roma, en la época de la Monarquía, encontróse ante un conflicto espantoso, irresoluble: por efecto de una pertinaz sequía, las fuentes que proporcionaban el agua a los acueductos de la gran urbe quedaron de pronto exhaustas; de la noche a la mañana se encontró la ciudad de los Césares sin líquido con que humedecer sus fauces, y, lo que es peor, sin elemento donde sumergir su cuerpo ancestral. Los

primeros días el conflicto no revistió proporciones alarmantes, gracias a las aguas del Tíber, que, como suele decirse, dieron para todo, pues no obstante su marcado sabor a cloaca, eran deglutidas por los hijos de Rómulo cual si fuesen agua de Loeches; pero bien pronto el cauce del río imitó en su sequedad a las tuberías de los acueductos, y en aquel punto empezaron para los romanos las contrariedades y los aprietos. Se apeló a todo; las mujeres cuyos ojos tenían el húmedo color de que habla el poeta, fueron entregadas al populacho para que saciara en ellas la aridez de sus gargantas; la Vía Aqua Pononia fué puesta a disposición del público para que, paseando por ella, se hiciera la ilusión de que se bebía el rótulo; se sacaron del archivo de los ediles todas las antiguas leyes *de aquae tollendi*, y era de ver cómo la gente paseaba por el Foro con un ejemplar de dicho cuerpo legal, pasando ansiosamente la lengua por sus apergaminadas páginas para ver si con este sistemita se calmaba el ardor de sus intestinos. ¡Todo inútil! El peligro arreció, y la vida en la Ciudad Eterna se iba haciendo sencillamente insoportable: las relaciones sociales se desenvolvían con una sequedad antidiluviana; los que bebían los vientos por alguna dama no tuvieron siquiera este recurso para calmar su sed, pues el viento había cesado conjuntamente con agua, y todo conspiraba contra el buen

pueblo romano. La muchedumbre pasaba las horas muertas ante los acueductos, esperando que un milagro de Júpiter hiciera brotar en ellos el licor de la vida, y el horror de esta tortura infernal veíase aumentado por una fatal coincidencia alimenticia, pues un mes antes había llegado al puerto de Ostia un cargamento asirio de sardinas de Jericó y de mojama de Alicante, alimentos que los romanos sólo conocían de referencia, y que habían recibido tan excelente acogida entre los hijos de la metrópoli, gracias a su baratura y a su elegante presentación, que eran ya el alimento de todas las clases sociales y el manjar de moda entre patricios y plebeyos. La sed llegó, pues, al quinto día de sequía a un límite tal, que las defunciones comenzaron y la peste hizo su aparición en las miserables viviendas de Transtíber y la Suburra.

En tan críticas circunstancias, Publio Tarquino tuvo una idea genial: poseía él una hermosa finca de recreo situada a unas tres millas de Roma, y en el centro de la cual un estanque de varias hectáreas de extensión servía al firmamento de mágico espejo de sus bellezas; aquel agua, de una dulzura inenarrable, brotaba sempiterna de las entrañas de la tierra, sin que la afectasen para nada las sequías ni la lluvia. ¡Ah, si pudiera él trasladar a Roma, a aquella ciudad donde ya varios patricios rabiaban como canes, el agua pristina de su virginal estanque! Pero,

¿cómo?... ¿Cómo?... Ya estaba la solución; había encontrado el medio. ¡Al día siguiente Roma tendría agua hasta para escribir, y los romanos apagarían su sed hasta la cuarta generación! Siendo Publio uno de los patricios más ricos del suelo itálico, poseía sólo en Roma mil esclavos de diferentes sexos; y siendo *prefectus urbis*, tenía a su disposición dos mil soldados encargados de custodiar el orden en la ciudad y de dar guardia a su interesante persona. En un momento dado reunió aquellas tres mil criaturas, y haciéndolas a todas proveerse de ánforas, jarritas y lebrillos, emprendió con ellos en el silencio de la noche el camino de su finca. Llegados que fueron a ella, y apagada espléndidamente la sed de los improvisados acueductos (aguadores, que diríamos hoy), llenaron sus vasijas en el lago milagroso y emprendieron el regreso a Roma por las soledades de la campiña, acompañados del canto de los grillos y de los reflejos metálicos de la luna. De vuelta en la ciudad, se encaminaron con el mayor sigilo al Circo Máximo, y allí, como dioses de un nuevo culto, fueron vertiendo en la Naumaquia de la pista central el divino tesoro de sus vasijas; una tercera parte del amplio recipiente quedó llena del húmedo elemento, y vuelta otra vez la comitiva al campo; y vuelta de nuevo a Roma; tres viajes hicieron en aquella noche gloriosa los súbditos de Tarquino, y a estos viajes pode-

mos atribuir el origen de la frase que aun hoy se usa mucho en Madrid cuando se dice a la sirviente: „Eudosia, tráigame usted agua de los antiguos viajes". ¡Cuántos que hoy pronuncian esta frase ignoran que rinden un tributo irrefragable a aquellos esclavos y soldados que en una noche célebre hollaron con sus sandalias los campos de Roma!

A la mañana siguiente, cuando el sol, levántándose de su lecho de gasas, doraba amoroso las cumbres de las siete colinas, pudo reflejar el fuego de sus rayos en la tersa superficie de la Naumaquia del Circo Máximo; y cuando los romanos, levantándose de sus lechos lacustres, recibían en las calles las caricias de ese mismo sol, pudieron leer en todas las esquinas *papirus* con una inscripción del tenor siguiente:

Ciudadanos: Si tenéis sed, id al Circo Máximo. Hay azucarillos. Vuestro prefecto, PUBLIO TARQUINO.

Jamás un tenor ha satisfecho más a un público que el de la inscripción que va transcrita. La noticia circuló por la ciudad como un reguero de pólvora, y media hora después todo Roma, con el rey a la cabeza, estaba en la pista central del Circo Máximo formando innúmeras colas alrededor de la Naumaquia. Como el perímetro de ésta tenía dos kilómetros de longitud, podían beber varios ciudadanos a un tiempo; pero el número de los que esperaban era tal, que a cada

momento se escuchaba la frase de „¿quién da la vez?", lanzada por los recién llegados, y los vivas a Tarquino, gritados entre buche y buche por los ya satisfechos bebedores. Y para mayor alegría de la plebe, lo de los azucarillos era una realidad inconcusa, pues, amigo el prefecto de cumplir lo que prometía, y hombre de una esplendidez heroica, había hecho recorrer a sus siervos todas las confiterías de Roma, y haciendo en ellas una verdadera *razzia* de azucarillos, los había mandado arrojar a la Naumaquia, donde, gracias al reflujo que producían tantas bocas en función, iban ganando pudorosos la orilla, donde eran devorados por los concurrentes. No faltó más que el aguardiente en aquella fecha memorable; pero ¡sabido es que en la vida no hay nada completo, ni siquiera contando con la buena voluntad de Tarquino!

Éste, de pie sobre la grada del Circo y rodeado de sus guardias y esclavos, parecía recibir el homenaje augustal de todo un pueblo, que como el nivel del agua de la Naumaquia era igual al del suelo, todos los que se acercaban a saciar su sed tenían que postrarse de rodillas y doblar la cerviz (amorrar, que decimos los técnicos) si querían que el líquido acuoso humedeciese sus fauces; y parecía aquella masa postrada ante el prefecto una multitud oriental que en un culto desconocido rindiese homenaje al fetiche secular. Mientras tanto, la banda de mú-

sica de la prefectura, situada a la derecha de Publio, dejaba oir los alegres sones de un pasodoble primitivo.

El Senado decretó el triunfo para el prefecto, e hizo grabar su nombre en el frontis del Panteón, concediéndole el título de Acueducto Máximo para sí y sus sucesores, al mismo tiempo que el derecho de casarse en público de que más arriba hemos hecho mérito. Y el pueblo, ese pueblo que en Roma como en Bruselas expresa siempre su admiración de un modo más tierno, si bien no tan solemne como los poderes oficiales, hizo también a Publio Tarquino la ofrenda de su sacrificio personal: desde aquel día, y en tanto que las generaciones venideras guardasen memoria del gran suceso, la calle en que se alzaba el histórico palacio de los Tarquinos sería todas las tardes espléndidamente regada por treinta ciudadanos romanos, para evitar al salvador del pueblo las molestias del polvo de la vía. ¡Delicado tributo de un pueblo de artistas a un hombre de corazón magnánimo! Y era de ver cómo alternaban por turno riguroso en el cumplimiento de la sagrada ofrenda todos los habitantes de Roma: desde el empingorotado patricio al sencillo menestral, desde el sacerdote de Júpiter al modesto cochero de punto, desde la excelsa matrona a la humilde vendedora del mercado Toranio. Todas las siestas, treinta individuos provistos de rega-

deras litúrgicas marchaban a la Vía Julia, y, una vez en ella, recogiéndose la toga para evitar las salpicaduras del barro, dejaban caer sobre el ardoroso pavimento el refrigerio de sus vasijas, mientras balanceaban sus cuerpos para extender mejor el rocío vivificante; contribuía a solemnizar el acto una banda de música que, colocada en el pretil del río, daba al aire el prestigio de sus notas.

Por largos años continuó el pueblo romano realizando tan ejemplar homenaje, hasta que un nieto de Publio Tarquino, que sufría con dolorosa frecuencia intensos ataques de reuma, hubo de rogar a los improvisados regantes que suspendiesen su simpática tarea, pues era evidente que la humedad del suelo de la calle perjudicaba gravemente su débil naturaleza. La costumbre cayó en desuso, y ya no quedaba de ella más que el recuerdo. Pero la empresa de Publio Tarquino tuvo consecuencias históricas, pues la cantidad de agua depositada en la Naumaquia fué tan grande, que con la que sobró, después de apagada la sed de todos los romanos, se establecieron unos aguaduchos en el jardín de Mecenas, que bien pronto fueron el punto de cita de los jóvenes disolutos y de las romanas caprichosas: se abrían al caer de la tarde, y no se cerraban hasta que la luz del nuevo día rasgaba la penumbra de las alamedas del histórico jardín; y era de ver cómo en

ellos corría libremente el soplo de Venus y se agitaba con callados vagidos el pecho eflorescente de más de una doncella. Después, en una época de reacción puritana, un perfecto misógino los habia hecho cerrar, y Roma perdió para siempre aquellas arcas de tres generaciones amorosas. ¡Y fué una lástima! Porque, si hemos de creer a la tradición, fué en uno de esos aguaduchos donde se tramó la conjura contra César, y fué en el borde de su mostrador donde se afilaron los puñales que unas horas más tarde habían de descoser a puñaladas el cuerpo del primer hombre de su época, haciéndolo caer como piltrafa sangrienta a los pies de la estatua de Pompeyo, su eterno rival. ¡Ya veis qué de recuerdos sepultados en la ceniza del olvido por la bárbara orden de un prefecto impotente!

En cuanto a Cneo Tarquino, padre del actual, no consigna la historia con precisión cuál fué el hecho culminante que elevó su nombre a la altura de los eminentes: hemos consultado 6.372 volúmenes de diferentes autores antiguos y modernos, y en ninguno de ellos hemos encontrado la menor referencia al hecho que en la vida de este hombre culminase su personalidad con el prestigio de un servicio eminente a los intereses del Estado. Sábese de él que fué en su juventud procónsul de las Galias, y que se dió tal maña para armonizar los intereses pecunia-

rios de la República con los suyos propios, que en cinco años que usufructuó el cargo logró duplicar el tesoro patrimonial de los Tarquinos, ya de antiguo bastante caudaloso; a su regreso a Roma pasó a prestar servicio a las inmediatas órdenes de Augusto, sirviéndole de consejero intimo, y quizá de esta época date su elevación al rango de eminencia, pues intervino en un suceso que si la historia no lo refiere, es porque ciertos acontecimientos no pueden mostrarse al público sin ofender un poco a los que en ellos toman parte. Es el caso que estando una noche el César en su acostumbrada tertulia, de sobremesa, rodeado de la media docena de patricios que formaban su corte habitual, alzóse la cortina que ocultaba la puerta, y, previa la venia de Augusto, se personó en la estancia el *nomenclátor* de guardia; acercóse respetuosamente a la persona del César y musitó en voz baja breves frases, que ninguno de los presentes pudo oir; levantóse Augusto todo trémulo, hizo una seña a Tarquino, que formaba entre los tertulianos, de que le siguiese, y, autorizando a los demás para retirarse por aquella noche, salió de la estancia con premura. Estaba el César casado a la sazón con Scribonia, mujer de una obesidad de pesadilla y de unos celos de pantera; viuda dos veces, presumía por esto de perfecta conocedora del corazón masculino, y ejercia sobre su marido una vigilancia continua para evitar, según su ex-

presión, *que se la pegase.* No andaba muy descaminada la Augusta en sus temores, pues el jefe del Estado, que fué durante su juventud muy dado a Venus Citerea, se hallaba a la sazón ligado con una hermosa planchadora de la Puerta Esquilina, que reclutaba su clientela entre los altos dignatarios de palacio y los senadores de abolengo. La noche a que nos venimos refiriendo habíase personado la linda artesana en la puerta de la casa del César, y con grandes voces y ademanes trágicos indicó su deseo de pasar inmediatamente a la presencia de su augusto concubino. En vano los pretorianos hiciéronla ver lo desatinado de su propósito; inútilmente los funcionarios de escaleras abajo trataron de disuadirla, mientras procuraban rozar al desgaire las amplias curvas de la muchacha: ésta seguía firme en sus trece, y alzando cada vez más el tono de la voz, repetía con estridencia su designio. Hicieron los hados que en tan críticos momentos tornase la Augusta de su paseo por los jardines de Palacio, y, atravesando el vestíbulo donde la singular batalla se sostenía, enteróse de todo, y no necesitó más para montar en cólera y tomar una decisión sangrienta: subió a sus habitaciones, despidió a sus acompañantes, y sin encomendarse a Júpiter ni a Diana, encaminóse rauda al extremo opuesto del Palacio, donde estaban las habitaciones de su augusto esposo. Ocurría esto al

mismo tiempo que Augusto, avisado por el *nomenclátor* de lo que en el vestíbulo pasaba, salía de sus habitaciones seguido de Tarquino, con el fin de calmar por sí propio las iras de la ardiente planchadora. El encuentro entre Scribonia y su esposo fué inevitable; halláronse frente a frente en la amplia galería que circundaba el patio central del edificio, y el choque fué inmediato. Scribonia, con una agilidad que sus carnes no autorizaban, despojóse de una sandalia, y blandiéndola como arma vengadora en la diestra, echó a correr tras de su esposo, mientras con la siniestra se recogía los pliegues de la túnica hasta más arriba de los riñones. Augusto, seguido siempre de su fiel Tarquino, dióse a correr en dirección opuesta, pensando ganar con tiempo la puerta secreta de su cubículo, que daba sobre la galería. Fué un acoso de fiera: la Augusta, irritada por la cobarde huída de su esposo, lanzaba bufidos antagónicos y repetía con coraje: *¡Ibas a buscarla, mal hombre! ¡No te escaparás, mal César!* Los pretorianos, que inmóviles daban la guardia en los ángulos del amplio corredor, presenciaban impasibles la escena, pensando que tal vez se tratase de alguna broma de familia o de un ejercicio violento recomendado por los médicos a la Augusta con el fin de aligerar el peso ingente de sus carnes. Llegados ya los augustos seres a la puerta deseada por Augusto, precipitóse el desenlace de

la catástrofe: el César pretendió salvarse por ella; pero la encontró cerrada por dentro, y forcejeando en la falleba, dió tiempo a que la masa informe que le perseguía llegase junto a él. La sentencia de la Augusta iba a cumplirse; la ira de la esposa ultrajada iba a desfogarse, y blandiendo en el aire la sandalia, como Hércules su maza, se disponía a castigar con la afrenta de un golpe en la mejilla la torpe conducta de un esposo disoluto; pero... ¿para qué estaba allí Cneo Tarquino? Comprendiendo que sus manos mortales no podían atreverse a posar sobre los cuerpos de sus soberanos, y comprendiendo también que la premura con que los acontecimientos iban a desarrollarse no le permitían mediar con palabras de paz, optó por una solución extrema: de un salto se interpuso ante la divina pareja, y cuando la sandalia vengadora llegó al término de su viaje, vino a caer sobre el carrillo izquierdo del descendiente de una estirpe de Tarquinos, mientras Augusto, abierta ya la puerta por el vigor de sus puños, huía por ella, dejando en la parte de afuera a su fiel consejero con la mano en la mejilla, y a su amada esposa, que al ver frustrado su intento, sólo tuvo ánimo para exclamar: „¡Me alegro, Tarquino! ¡Para que te metas donde no te llaman!“

En los días sucesivos, los que se honraban con la amistad del consejero pudieron ver a éste

con el carrillo hinchado, cubierto pudorosamente con una venda de gasa secular. Así concurría al Senado y así continuó frecuentando la tertulia nocturna del César, teniendo que contestar a cuantos preguntábanle por la causa de su mal, que sólo era debido a una mala interpretación de los augures.

Estos fueron los grandes servicios prestados por los ascendientes del joven Tarquino a los intereses de la República, y éstos los que permitían que en aquella alegre mañana de primavera la muchedumbre se agolpase en los alrededores del templo de Vesta para presenciar el desfile nupcial de dos estirpes nobilísimas. Eran estas ceremonias muy raras, pues no siempre se encontraba un joven que, descendiendo de linaje sin par, hubiese aquistado el derecho de maritarse públicamente; y tan raros eran estos actos, que cuenta la fama que un hombre del pueblo, presenciando en cierta ocasión las bodas de dos nobles romanos, también celebradas públicamente, quedó tan maravillado de la suntuosidad del espectáculo, que juró ante el ara de Minerva no cortar sus cabellos ni arreglar su barba hasta tanto que otras bodas de esta clase hiriesen sus ojos con el fulgor de su grandiosidad; y ocurrió que pasaron los años y las bodas no llegaban, y el pobre hombre llegó a disfrutar de tan prolongada pelambrera, que al ir por la calle se la hacía conducir, cual manto

regio, por dos esclavos, pareciendo el anuncio de un específico capilar.

Esto explica la enorme expectación que el suceso había despertado y el continuo afluir de gente a la planicie en que el templo se alzaba. La ola humana rebullía con sacudidas de serpiente, y los gritos femeninos daban la medida de la general ansiedad. „¡A ver si va a poder ser!“, plañía de vez en cuando una moza de los arrabales, a quien un grupo de horteras del *Felabrum* estrujaban con sadismo. „¿No podrías tocar a la diosa Juno, gachó?“, decía con desgaire una amplia matrona de incitante pechuguera y esferoidales contornos, a quien un mozalbete incrédulo atormentaba con el cepo de sus manos. „¡Cuidado con los callos, que es vigilia!“, musitaba con quejumbre una anciana liberta a quien el vecino abrumaba con el reverso de sus sandalias...; y todo esto dicho en aquel celeste idioma del Lacio, que parecía fabricado para dialogar con los dioses y los astros. Por encima de aquel océano de cabezas, los guardias del prefecto revolvían sin tregua sus caballos, quebrando al sol el brillar de sus cascos y el refulgir de sus armaduras.

En la suave pendiente de la Vía Miranda dibujóse de pronto la silueta de una biga; bajaban los caballos a todo el impulso de su majestuoso galopar, y tras ellos brilló al sol el bordado de unas túnicas excelsas. Comenzaba el desfile de

los invitados, y pronto el estridente sonido de un clarín rasgó la calma pesada de la atmósfera; en lo alto de la escalinata del templo apareció la noble figura de un anciano vistiendo la blanca túnica de los sacerdotes y encuadrando el armiño de su barba con el oro brillante de una tiara triangular; era el gran sacerdote de Vesta, que rodeado de seis jóvenes vestales, flameando al viento los pliegues de sus velos, salía a recibir a los invitados y a dar la bienvenida a los novios.

El público afluyó sobre la primera línea; los guardias multiplicaron sus movimientos para contener la formidable avalancha, y bien pronto el centro de la explanada quedó limpio de curiosos, que, replegándose en doble alineación, formaron con sus cuerpos una muralla inmóvil, por el centro de la cual avanzaban ya, conteniendo el paso, los potros piafantes de la biga.

Detúvose ésta ante el primer peldaño de la escalinata, y de ella se apearon dos jóvenes patricios: Cayo Licio, a quien ya conocemos, y Publio Antistio Laveon, tribuno de la segunda cohorte pretoriana: el primero con toga de púrpura leonina y cintillo violeta, y el segundo con el uniforme de su alta jerarquía militar.

Ganaron los nueve escalones precedidos de dos vestales que habían descendido a recibirlos, y llegando junto al gran sacerdote, besaron su

mano mientras recibian el saludo augustal; después se apartaron a un lado del intercolumnio, y allí esperaron la llegada de nuevos personajes, que no se hicieron esperar.

Un nuevo carro a doble tronco de yeguas castañas ganó la línea de la multitud, y llegando bajo el toldo detuvo el brio de su carrera; una dama y un hombre de edad madura lo ocupaban. Ella, Marcia Semprina, la bella dama de honor de Julia, que imitaba a su patrona en las costumbres y en el tocado, y que, a semejanza de ella, tenía convertida la cabeza de su esposo en un bosque secular; él, su marido, Jauno Marco, vividor impenitente y despreocupado, que lucía con garbo la *lacticlavia* (toga de los magistrados) y tomaba las infidelidades de su esposa como un accidente de naturaleza sideral.

Seguían llegando los carros; al dejar a sus dueños ante el templo, daban la vuelta adosados al muro e iban a estacionarse a la espalda, junto a la Vía Nona, esperando pacientes la hora del regreso.

El templo alzaba la esbeltez de sus columnas corintias, y sobre ellas abrían su cúpula, de una sencillez africana rematada en un florón egipcio; bajo el intercolumnio se alzaban los muros lisos, cortados en el centro por una puerta que llegaba hasta el techo, y tras de la cual podía entreverse desde la calle el ara de

la Diosa con el trípode del fuego sagrado. En lo alto de la escalinata se agrupaban ya los invitados en número considerable, y aquel conjunto de bordados, pedrería, sedas y casquetes se veía sin cesar engrosado con el continuo arribar de carrozas.

De cuando en cuando los guardias del prefecto, ya inmóviles en sus caballos, alzaban con gravedad la diestra a la altura de sus cimeras y la dejaban caer de nuevo con elegante pesadez: era que en el ya ininterrumpido cortejo pasaba algún magistrado o militar, o algún funcionario del Palatino o del Senado. El pueblo guardaba súbito silencio, y con su inmovilidad respetuosa rendía a sus superiores el debido homenaje.

Unos tras otros iban llegando los indispensables: Marcos Lollio y Quincio Crispino cruzaban ante la plebe con sus caras pálidas de viciosos incorregibles; Cayo Flavio, ocultando a medias su preocupación y su disgusto, se hacía acompañar por Julio Antonio, joven elegante del estado de Agripa; Aplo Claudio y Corbino Mesala prestaban a la fiesta el prestigio de su presencia. Pero de pronto, de las últimas estribaciones de la apiñada muchedumbre llegaron hasta el templo sordos murmullos de admiración y de gloria: en una biga de áureas ruedas y de aterciopelados asientos cruzaban dos hombres de singular apostura, levan-

tando tras sí la estela inextinguible del público comentario. El de la derecha, joven de unos ventiocho años, llevaba el rostro completamente afeitado, y dejaba caer con descuido sobre su frente los negros rizos de una cabellera de niña, sus ojos, circundados de un nimbo soñador, miraban abstraídos a la masa, y el pliegue de una sonrisa forzada encogía su rostro en mueca de idilio. Vestía túnica morada con filete plateado, y sobre ella una especie de *chaquet* sin mangas hacía resaltar el saliente del busto varonil y proteico. „¡Viva el poeta!“ „¡Vítor, vítor!“, rugía la canalla con espasmo admirativo; y él, fingiendo agradecer el tributo de todo un pueblo, forzaba más su risa e inclinaba la cabeza con singular euritmia. Era Publio Ovidio Nason, el poeta del amor y de la vida, que, recogiendo con habilidad la herencia de Virgilio y Horacio, hermanaba la épica castiza del uno con la visión naturalista del otro, fundiendo entrambas, con un arte irreprochable, en una nueva métrica todo luz y sensualidad. Representante vigoroso de un nuevo sentido de la vida, derrochaba a diario los encantos de su musa en un eterno himno al goce y a la dicha; era por esto el favorito de las mujeres de alta estirpe y el ídolo popular, pues si las primeras encontraban en sus versos la completa justificación de sus extravíos, hallaba el pueblo en él al libertador de una nueva era que

llamaba a todos a la batalla contra el puritanismo arcaico e hipócrita y contra la opresión de una moral ya por fortuna en decadencia. Hombre de mundo y de una exquisita cortesanía, era, sin embargo, popular entre la plebe más humilde, pues la religión de amor que él predicaba lo mismo hacía adeptos entre las perfumadas damas del Esquilino que entre las sucias mujerzuelas de los muelles del Tíber. ¡Que el amor lo mismo prende en un pecho bien lavado, que en la dura y costrosa epidermis de una esclava solterona!

No perdía la plebe ocasión de vitorear al poeta siempre que en público se presentaba; y en aquel día, en que una masa enorme de criaturas rodeaba su carroza, los vítores ensordecían, y el clamor de mil pechos en tensión hacía temblar la barba del gran sacerdote de Vesta. Aquellas pestilentes plebeyas, que en sus casas, mientras pelaban las patatas o freían los barbos, canturreaban rutinariamente los más famosos versos del artista, al verle ahora sonriente y hermoso como un dios en vacaciones, echaban por su garganta todo el aire de sus pulmones, como si quisieran expresar con sus aullidos toda la gratitud que al poeta debían por haber sabido excitar con sus cantos el celo sexual de sus respectivos maridos.

Y cruzando entre aquella apoteosis de su gloria, iba el poeta risueño, sí, pero con una

tristeza eterna e infinita en la mirada, como si presintiese la amenaza de lo que pocos años después iba a suceder. ¡Aquella persecución carnicera e inhumana con que habían de atormentarle los viejos cornudos que no se resignaban a serlo; aquel aullar de los puritanos, que achacaban con razón al poeta la causa de las veleidades de sus esposas o de sus hijas; aquel destierro con que el César, débil y torpe, castigó el delito de su erotismo, alejando para siempre de Roma, la ciudad amante, al más preclaro de sus cantores! ¡Triste epílogo de una existencia venturosa, que tronchó el tirso jocundo del poeta del amor y de la risa, convirtiéndolo en el elegíaco rimador de la nostalgia y de las lágrimas!

A su lado, ocupando la izquierda de la biga, se exhibía un patricio de treinta y cuatro años, aventajada estatura y semblante de líneas perfectas por demás: frente amplia, coronada de rubios y abundantes cabellos; ojos azules de una transparencia de amatista; boca sensual y barba corta de un rubio de oro, que encuadraba a maravilla el óvalo clásico de su rostro. Se desprendía de toda su figura un no sé qué de erótico y ancestral, que revelaba bien a las claras al hombre nacido para el amor. ¡Bien había sabido escoger la diabólica Julia! De fijo que entre todos los hombres que, según su fama, había estrechado en el lazo perinclito de sus

piernas, ninguno aventajaba en belleza a este Apolo maduro; por eso, sin duda, era el que más tiempo duraba en los favores de la hija de Augusto, hasta el extremo de que sus amores, merced a ciertas tolerancias de él, habían tomado el carácter de permanente, con gran asombro del público, acostumbrado a ver a Julia cambiar de amante como a un pollo del *Juvenalia* de calcetines.

La presencia de Cayo Sempronio Graco al lado del poeta colmó las medidas del entusiasmo popular; pues si Ovidio excitaba a todos con el solo recuerdo de sus versos, Sempronio llevaba la mente de los espectadores al cuerpo adorable de la mujer más hermosa de Roma, a quien este hombre estrechaba a diario entre sus brazos y acariciaba con el aroma de sus besos. Una ola desenfrenada de lujuria se extendió por la multitud agrupada en la vasta planicie, y la envidia hacia el poeta del amor y hacia el amante de la divina mujer del Palatino se tradujo en rugidos de un sensualismo salvaje; bien pronto los cuerpos de tanto paria del amor se acercaron unos a otros con sed de violaciones; y aquellos espectadores que habían tenido la suerte de caer al lado de una hembra no despreciable, se apretaban contra ella sin disimulo, erizando los pelillos de su nuca con el hálito de sus bocas ardientes; las manos vagaron sueltas por las curvas femeninas más

propincuas, y aquellos que, por desgracia, no tenían en sus contornos hembras a quien adorar, dirigían los ojos desorbitados en busca de un mancebo barbilindo y febrisciente a quien dar el torpe martirio de sus manos atenazadas. Una bocanada de feroz bestialidad emergía de aquella masa, ya inconsciente, y pronto sobre el mar de cabezas se vieron a miles los ojos en extravío y las bocas tumefactas. ¡El dios Príapo se paseaba triunfante sobre aquella pira sin pudor, y dejaba caer de sus labios la más tremenda de sus carcajadas y la más horripilante de sus muecas!

. . . .

Siguió el desfile de patricios; damas, tribunos, senadores, ediles, augures y pitonisos atravesaban la estrada con la variedad de sus uniformes, adornos y tocados, yendo todos a aumentar la ya compacta masa que en el pórtico aguardaba la llegada de los novios.

Pero, con ser grande la concurrencia de patricios y altas damas, había en aquel conjunto algo singular que se tradujo en una parcial decepción del público. Faltaba en aquel cortejo imperial algo, y alguien que en Roma significaba mucho, y que con sólo su presencia daba realce extraordinario a cualquier ceremonia. Sabido es que entre la numerosa familia de Octavio Augusto se dividían el influjo y el predicamento en el ánimo imperial dos personas

ligadas al César con sagrados vínculos, y habitantes las dos en las amplias mansiones del Palatino.

Era la una Livia, la cuarta mujer de Augusto, hembra de una honestidad a prueba de abstinencias, y de una perspicacia intelectual a prueba de sofismas y de embrollos; mujer de conducta intachable y de virtudes domésticas inconcusas, representaba en Palacio a la perfecta *mater familias* de los primeros tiempos de Roma, pues lo mismo sugería a su esposo la solución de una intrincada cuestión de política mundial, que fregaba la vajilla de los banquetes imperiales, y con igual ardor presidía en las grandes crisis del Estado el *concilium princeps*, supremo órgano consultivo del César, que, poniéndose al frente de sus *ancillas* y camareras, corría, empuñando unos zorros, a perseguir cucarachas por los sótanos de la mole palatina para exterminar la plaga de estas alimañas, que los cortesanos se encontraban hasta en la sopa. Mujer de tan relevantes prendas, poseía una dulzura y una bondad sin fronteras, que esparcía generosamente sobre cuantos la rodeaban. Al prestigio de su figura de santoral habían acudido los jefes del partido puritano para que por sus consejos influyese en el ánimo del esposo, a fin de que éste acabase con mano severa con la corrupción de las costumbres, ya rayana en el marasmo. Ella era, pues, la repre-

sentación del tradicionalismo moralizador en la mansión de los Césares; pero, por desgracia para el tradicionalismo, la Augusta no sabía llevar a la lucha otras armas que las del amor y la mansedumbre; estando, como estaba, plenamente convencida de la bondad de las ideas moralizadoras, se resistía con tenacidad a emplear en su propagación medios de astucia y de violencia. El consejo, la exhortación, la mansedumbre, eran los lazos que tendía a la irresoluta actitud de Augusto; y cuando algún amigo oficioso la refería el último escándalo de su hijastra, de la sin par Julia, ella se limitaba a lanzar un suspiro y aconsejar prudencia a los puritanos impacientes, y pasando a las habitaciones de la acusada, se echaba a sus pies y le rogaba con lágrimas en los ojos que cesase en sus devaneos inverecundos. La pecadora, que sentía por la mujer de su padre un cariño y un respeto efusivos, prometía enmendarse, se avergonzaba de su pasado..., y aquella noche volvía a compartir su lecho con el amante de turno.

Julia, la hija de Augusto, la esposa de Tiberio y madre de Cayo y Lucio César, era la otra persona que, con sus hechos más que con sus palabras, influía en el vacilante espíritu de su padre contribuyendo a mantener en él aquella indecisión que por tanto tiempo fué la característica de la política del segundo de los Césares.

Amada por su padre con locura pasional, era en las vastas mansiones del Palatino la personificación del partido de la juventud, que, teniendo el lujo por enseña y el amor por norte, ansiaba convertir a Roma en la capital del placer del mundo entero. Rodeada siempre de una corte de jóvenes distinguidos, llevaba la depravación de su vida al extremo de haber convertido su casa en el prostíbulo mayor de la ciudad inmortal. Su ejemplo iba extendiendo por la ciudad todo un ambiente de aire de sensualismo, y en pocos años había cambiado la faz moral de todas las clases sociales y había hecho nacer aquel desenfreno orgiástico cuya exaltación formaba la medula de los versos de Ovidio.

Augusto, que, aparte del amor filial, iba sintiendo ya la senil debilidad de los cariños del abuelo, se encontraba en absoluto supeditado a Julia desde que ésta, dando a luz a Cayo y Lucio, había sabido sembrar en el ánimo de su padre la esperanza de que estos dos jóvenes fueran en el porvenir los continuadores de las glorias de la familia. Así es que, si bien reprobaba la conducta de la hija y lamentaba sus extravíos, se abstenía de emplear su autoridad paterna y augusta para impedir su continuación.

Así ocurría que mientras en las sesiones del Senado y en los espectáculos públicos el odio entre puritanos e innovadores se exteriorizaba

con disputas continuas, llegando a veces a trascender a las masas del Foro, allá arriba, en las cumbres palatinas, la atmósfera de luchas se desvanecía, y los tumultos de los dos bandos quedaban trasformados en las cámaras de la corte en llanto y súplicas de Livia y en rubores y promesas de enmienda de Julia: mientras el César, a quien a diario abrumaban los arcaicos con peticiones de medidas severas, extendía sobre todos el manto de su escepticismo, y cruzando en camiseta las logias del Palacio, iba a pasar la noche con la más joven de sus esclavas.

Pero llegó la boda de Tarquino. Circuló con rapidez la noticia por los círculos de la ciudad, y, escalando la colina palatina, hizo su presentación en las tertulias de Augusto y de su esposa. Aquello era demasiado: bien estaba que los romanos se arrojasen los trastos a la cabeza por si las leyes sociales habían de castigar el adulterio, o, por el contrario, habían de elevar a la categoría de diosas a las adúlteras; bueno que en el Senado se recitasen los versos de Ovidio entre caramelo y caramelo; pase que Julia, la propia hija del augusto guardador de las leyes, convirtiese su cubículo en una sucursal de la Suburra; pero que Tarquino, el descendiente de una estirpe de honestidades, el heredero de una de las familias más prestigiosas de la República, el joven que había venido

al mundo por un verdadero milagro de los dioses, pues es fama que sus papás eran de una moralidad tan exagerada que dormían con un esclavo rubio en medio de los dos para evitar las tentaciones de la carne, tomase en matrimonio a Tulia, la hija de Salvia, de aquella enciclopédica lujuriosa, que perseguía a los hombres como los canes a las canas, esto era ya sencillamente intolerable, y marcaba a qué grado había llegado la licencia y a qué extremos el libertinaje.

De Tulia nadie tenía nada que decir; flor de castidad y de pureza, admiraba a todos por el candor con que había sabido pasar los primeros años de su vida al lado de una madre que era la quintesencia de la perversidad. Pero unir Tarquino su suerte a la de una familia en que figuraba un ejemplar tan valioso de la impureza, era algo así como el colmo del disparate y la apoteosis de las nuevas doctrinas.

Los miembros más influyentes del partido puritano trataron de disuadir al joven del cumplimiento de su propósito, y sólo cuando se convencieron de que nada conseguirían, acudieron a Augusto para que con su autoridad prohibiese al descarriado jovenzuelo consumar la vergüenza de una estirpe gloriosa. Augusto vaciló al principio, y después de varias conferencias con Livia y Julia (esta última partidaria decidida del matrimonio), accedió a que extraofi-

cialmente se hiciese saber a Tarquino el disgusto con que él y los suyos verían que la boda se realizase, anunciándole además que, de ocurrir esto, las puertas del Palatino se cerrarían para él, como castigo a su ligereza.

No era esto lo que deseaban los puritanos; pero comprendiendo que por el momento no podían obtener más del ánimo indeciso del César, decidieron sacar el mayor partido posible de las circunstancias. Había que hacer contra Tarquino la conjuración del abandono; cerrar para él y su familia las puertas de las casas que aún se conservaban puras y nobles, y dejar que su boda se celebrase en medio de la mayor indiferencia y soledad. Las matronas viejas de rostros arrugados y formas exhaustas; las que por su total carencia de feminidad no podían merecer ni una mirada indiferente de los jóvenes y esbeltos patricios; los senadores asmáticos y cetrinos que no alcanzaban a considerar los deslices de sus esposas como una simple manifestación artística; las solteronas incurables que, no habiendo encontrado todavía quien las dijese *buenos ojos tienes*, hablaban a todas horas del mal gusto de los pollos actuales: en una palabra, cuantos se sentían impotentes para practicar el nuevo culto de amor y devaneos que Ovidio predicaba con la pluma y Julia con su cuerpo, corrieron a engrosar las filas de la conjura puritana. Y era por esto por lo que, en

aquel cortejo que en un día luminoso de Mayo cruzaba frente a la histórica mole del Foro, se notaba la ausencia de una buena parte de la aristocracia romana y de la totalidad de los funcionarios palatinos de las casas de Augusto y de Livia.

Pero esta ausencia se veía con creces compensada por la presencia en el pórtico del templo de lo más brillante de la juventud romana. En aquel polícromo mosaico que la luz solar tamizada por el toldo llenaba de nimbos lacustres, estaba la plana mayor del partido innovador, la flor y nata de la elegancia y la belleza, el contente prestigioso del talento y la hermosura. Todos habían venido a rendir a los desposados el tributo de su adhesión y de su cariño, y, desafiando el enojo de la mole palatina que sobre el templo se alzaba, daban al aire con sus risas el desprecio de rancias y ñoñas preocupaciones.

Sin embargo, en aquel montón de elegancias que, no cabiendo en el intercolumnio, se desbordaba ya por los primeros tramos de la escalinata, había una sombra de temor y de duda.

Entre las últimas carrozas de los rezagados cruzó la biga de Salvia, la heroína de la fiesta, ya que ella, con su historia, era la causante del aspecto político que la boda había tomado. Un sordo murmullo se elevó de la multitud: las bri-

llantes figuras del pórtico se removieron curiosas, y entre las filas de espectadores avanzó triunfal la impúdica matrona. Indudablemente, era una mujer hermosa: de cabellos negrísimos y ondulados, ojos azules rodeados de una cinta de pestañas, pechos prominentes que bailaban como gelatinas al trotar del carruaje, y caderas de exuberante tonelaje, tenía todo el aspecto de la maestra refinada en lides de amor y de la hembra temible en los accesos de lujuria. Al enfrontar con el templo entornó un poco los ojos, y, haciéndose pantalla con la mano, examinó la concurrencia. Pareció satisfecha; mirando a la plebe sonrió, como diciendo: *¡Están todos! ¡He triunfado!* De vez en vez apartaba veloz la mirada de la fila de curiosos, y, mirando hacia adelante, se teñían sus mofletes de un ligero carmín: era que sus ojos habían descubierto entre la multitud el rostro áspero de un gladiador a quien pocas noches antes había vampirizado en un casucho del Transtíber, o la sonrisa familiar de alguna esclava con quien había subido días antes al santuario de Lesbos.

Al llegar al pie de la escalinata alzóse majestuosamente del asiento que ella sola ocupaba, pues su capacidad no permitía compañía; entonces se vió mejor el total de su abrumadora hermosura. El final de la espalda se dilataba en curva interminable hasta cerca de las corvas, y en aquel hemisferio sensual un

profundo surco dividía en dos partes la masa augusta de la carne. Vestía túnica de un rojo llamarada, y llevaba los brazos al aire, así como gran parte del pecho; en la cabeza una ramita de laurel circundaba el ébano brillante del pelo, que enmarcaba a la perfección el blanco lechoso de la *facies;* los labios de vampiresa daban escalofríos de terror a las vértebras de los circunstantes.

Cayo Sempronio, destacándose del grupo, bajó la escalinata, y ofreciendo el brazo a la recién llegada, la condujo al pórtico; Salvia, recogiendo con habilidad de maestra la parte inferior de su túnica, dejó al descubierto unas piernas salomónicas de diámetro colosal. Al llegar junto al gran sacerdote y besar su diestra, ambos sintieron colorear sus mejillas con el rojo del recuerdo; el pueblo sonrió indulgente, conociendo los antiguos amores del anciano y de la jamona, de aquel anciano cuya vitalidad amorosa supo reanimar la maestrísima con artes de un poder irresistible. Los más inquietos se aproximaron a Salvia: *¿Viene? ¿No nos dará mico?* La hermosa tranquilizó a todos; al salir ella de su casa la comitiva despuntaba por el extremo de la calle; antes de un minuto estaría aquí.

En efecto, en la revuelta de la Vía Sacra resonó el estampido triunfal de un clarín; contestó la trompa del guardia apostado en la esquina

de la Vía Miranda, y pronto un diálogo de notas marciales pobló el aire de sonoras armonías. La multitud se arremolinó presurosa, los del pórtico compusieron sus tocados, y el gran sacerdote, seguido de todas las vestales, descendió gravemente al pie de la escalinata. En el centro de la plaza los guardias redoblaban sus esfuerzos, y los lictores cuidaban desesperadamente de la perfecta alineación de la masa.

Doblando la Vía Sacra apareció, por fin, el fulgor de un casco de oro y el prestigio de una púrpura cortesana; sobre un hermoso caballo negro, el clarín de los pretorianos anunciaba al pueblo la presencia de una persona augusta, y tras él el *signifer*, con el pendón de los Octavios, precedía a cuatro batidores de rostro sereno y majestuoso continente. El andar pausado de los caballos daba gravedad a los movimientos de los jinetes, y hacía que las cimeras de los cascos se alzasen alternativas de las galas; un tribuno con manto rojo y gladio de puño de oro precedía a la cuadriga palaciega, que ya desembocaba en la planicie al paso contenido de sus cuatro briosos trotones. Los vivas llenaron el espacio y acallaron por un momento el brillante estridor de los clarines; los rayos del sol quebrándose en las hojas de las espadas, en las lanzas, en las rodelas, en el oro de las guarniciones y en los cascos, rodeaban a la comitiva de un nimbo glorioso; y el continuo piafar de

los animales daba al conjunto una vivacidad de gloria y de leyenda. Dos negros semidesnudos, con faldín de púrpura recamado de oro, contenían de la diestra a los caballos de la carroza; a los lados de ésta, y ocultando con sus cuerpos el fulgor de la pedrería de los tableros, marchaban dos lictores con togas moradas y casquete oriental, y dos *nomenclátores* con manto de púrpura benicia y fajín con borlas imperiales; un poco hacia atrás, y en soberbios potros castaños, el jefe de la casa de Julia, Servio Marco, y el patricio de guardia, Cayo Lucio, realzaban sus varoniles figuras con el manto verde acacia y el peto de pedrería, mientras empuñaban en la diestra el cetro dorado, símbolo de su alta función.

En los asientos de la cuadriga, de terciopelo celeste con botones de marfil, Julia, la divina, la ínclita, la hija del César y la reina de la hermosura, reclinaba con indolencia su busto soberbio de celestial hechizo, llevando a su izquierda al mayor de sus hijos, Cayo, y al frente al segundo, Lucio; Julia era la propia estatua de la voluptuosidad: sus cabellos, de un color castaño obscuro, tenían una ondulación rebelde que asemejaba su cabeza a un mar de virutas; llevábalos partidos por una raya central y recogidos sobre la nuca en forma de rodete de Rodas, cayendo en cascada de rizos sobre la frente y sobre las diminutas orejas, que casi desaparecían entre la

catarata de sus ondas; sus ojos, unos ojos negros como la lujuria, de un brillo mortal e irresistible, tenían la particularidad de que no podían ser mirados más que a traición, pues al cruzar sus fulgores con los de algún contemplador, producían tal impresión de terror y de fascinio, que la vista se apartaba agotada, quedando a ciegas durante algunos momentos. Algo de lo que ocurre cuando los ojos humanos se atreven a mirar insolentes al sol: ¡caen rendidos por su brillo, y es preciso cerrarlos un instante para que recobren el funcionamiento de sus luces! Unas pestañas espesísimas y unas eternas ojeras de gozadora impenitente daban a las órbitas el tinte sombrío y violáceo a un tiempo, ante el cual no había voluntad humana que no se rindiese ni capricho erótico que no cediese a su dominio. La nariz, pequeña y recta, tenía el continuo aleteo de una ansia jamás satisfecha, y debajo de ella la boca, de labios de incendio, lucía una dentadura que, al desgranarse en risas, mostraba la suprema forma de un sensualismo homicida. Y todo esto encuadrado en un rostro de blancor de almendra y de óvalo irreprochable, que bajaba a unirse por un cuello de paloma con el seno, de bolas rectas y prominentes. La línea eterna de la belleza continuaba por el vientre y la cintura, a dilatarse en la cadera, de curva reentrante, de la cual partían unos muslos de estatua, duros como palimpses-

tos, que bajaban a terminar la obra de la diosa en unos pies de cordera diminutos y serenos. Nada había en este cuerpo que no fuera adorable, y a todas, absolutamente a todas sus partes podíamos llevar nuestras caricias, seguros de encontrar en ellas pasto para nuestro anhelo de homenaje.

Muy amiga de la sencillez en el vestir, no llevaba hoy más que una túnica morada completamente ceñida al cuerpo, y una banda de gasa estofada cubriendo la parte baja del pecho; su cabeza estaba libre de adornos, como si no quisiese ocultar con ellos la irisación de su cimera castaña, y lo mismo el cuello, que completamente al descubierto, ocultaba con las pomadas algunos restos violáceos de las últimas noches de amor.

Acogía los saludos de la canalla con sonrisa de afecto, sintiéndose deseada por todos; de vez en cuando miraba maternal a sus hijos, que serios y dignos, aparecían un poco aturdidos entre aquel mar de vítores y aclamaciones. Vestian los dos la toga pretexta y mostraban, sobre todo el menor, Lucio, la belleza heredada de la madre. Los ojos tenían igual brillo deslumbrante, y el color pálido de la epidermis daba a sus rostros un nimbo de simpatía interesante. Lucio, el recién sacrificado a la lujuria de Salvia, orlaba sus pupilas de profundas ojeras y miraba inquieto a las mujeres del público, como en una elección de futuros desahogos solitarios.

Bien pronto los aplausos sucedieron a los vítores, y de todo aquel montón de carne humana salió un estruendo admirativo hacia tanta belleza y sensualidad: una diosa y dos efebos recibían el homenaje de un pueblo de gozadores; había para todos los gustos. Y en aquel conglomerado de pasiones, que no distinguía de sexos cuando se trataba de calmar el fuego interior, estalló vibrante un rugido de fieras en acecho bajo el manto caluroso de un sol de ardores de fiebre.

Los guardias del prefecto rendían al paso de la carroza el saludo reservado para las personas augustas. Los individuos de la ronda secreta, armados del indispensable roten, qué aún se conserva a través de los siglos, circundaban desordenadamente el vehículo, dirigiendo a la masa miradas amenazantes y dispuestos a lanzarse como jauría sobre el primer bigardo que hiciese la menor demostración de irreverencia. Cerrando el cortejo, veinticinco pretorianos a caballo, con las lanzas en derechura y el escudo bajo, contenían vigorosos el avance de sus bestias, que caracoleaban inquietas haciendo sonar los arneses.

Llegada la comitiva al templo, el entusiasmo redobló: una triple inclinación de los invitados acogió el arribo de Julia, y una salva nutrida de aplausos y de vítores formó su cortejo, hasta que, precedida del gran sacerdote, traspuso el

umbral del recinto interior. ¡Por fin estaba allí! Habían triunfado los innovadores; la indirecta prohibición de Augusto no había tenido fuerza para retener a la hija en su cubículo, y acudía allí con fastuoso alarde acompañada de sus hijos, de los probables herederos del poder supremo del Estado. El partido puritano estaba derrotado.

Pero bien pronto la atención de todos llevó la vista a las alturas de la Vía Miranda: se acercaba al final del desfile; llegaba el cortejo de los novios. Y el pueblo, veleidoso como reunión de ostras, olvidó presto a Julia para admirar a los jóvenes esposos. Una doble fila de doncellas desnudas y guardando el candor de sus cuerpos con unas ligeras gasas de un convencionalismo que nada ocultaba, iban sembrando de violetas el suelo de la estrada, mientras la miel de sus cabellos, rubios como panecillos, poblaba la atmósfera de un aroma penetrante. Tras ellas, y sin más cortejo, la carroza nupcial, arrastrada por tres machos cabríos, ofrecía al público el soberbio espectáculo de una virginidad en capilla. La novia a la derecha, rubia, de pie de nácar y ojos de crepúsculo, ceñía su cabeza con un velillo de lentejas de coral, y completaba su tocado con una túnica blanca de distintos pliegues, pliegues que pronto caerían al empujón brutal del novio, pues sabido es que era práctica constante en las familias patricias de Roma

desgarrar el traje que la novia había lucido en la ceremonia, y convertir sus pedazos en trapos de cocina. ¡Delicado símbolo de un pueblo artista y refinado, que hermanaba el sentido estético con la pulcritud de las habitaciones! El novio, algo azorado, lucía su hermosura varonil, mostrando una cierta inquietud de toro padre y una toga de un gris ensaimada que estaba diciendo: *comedme.*

La sencillez del cortejo contrastaba con la aparatosidad del precedente, y hacía resaltar la candorosa actitud de los jóvenes, que miraban tímidos a la plebe que los festejaba. En Roma, donde los escrúpulos de las sociedades modernas hubieran resultado anacrónicos, no chocaba a nadie que los novios fueran juntos y solos en la misma carroza, aun antes de haberse celebrado la ceremonia. ¿Qué mal podía haber en ello? Rodeados del pueblo y vigilados por su curiosidad, no podían establecer entre sí más contacto que el de las almas, y, si acaso, el de las rodillas; si algo más substancioso hubieran intentado, pronto el público, con sus toses y cuchufletas, hubiera cortado la comunicación telepática. Por eso, solos en la carroza, estaban los jóvenes atentos a que ningún gesto de malicia descompusiese el cuadro; y la situación de ambos resultaba embarazada aun antes de la boda, pero mucho más después, sobre todo por parte de la novia, que era la más embara-

zada. ¡Hoy lo hemos arreglado de otra hipócrita manera, y después de veinte siglos de cristianismo, si queremos pasear en carruaje con nuestra prometida, ha de ser a hurtadillas y bajando las cortinas, para entregarnos al coloquio de dos almas y de cuatro manos! ¡Triste signo de los tiempos y triste sino de los cocheros!

Al llegar los novios frente a la escalinata, una lluvia de flores arrojadas por las vestales, ya vueltas a su puesto del pórtico después de haber acompañado a Julia, cubrió los cuerpos de los prometidos; ascendieron raudos la escala y penetraron en el templo seguidos del tropel confuso de los invitados. Afuera, la multitud siguió a pie firme aguardando el desfile final, y los que estaban en primera fila alzaban sus cabezas pretendiendo ver lo que en el interior del edificio pasaba; la ceremonia era breve, y la espera corta: fué aprovechada por los guardias para desentumecer sus miembros en aquel relativo descanso y pasear con gravedad sus caballos, ya sin los empujones de los curiosos.

En el interior del templo los invitados, de pie (en los templos de Roma no se conocían los asientos), cuchicheaban tenuemente, haciendo el comentario de los trajes más llamativos y de los tocados más excelsos. La arquitectura del templo era de una sencillez artística irreprochable; los blancos muros de mármol de Vetelo se alza-

ban privados de adornos, y abriéndose en el centro un amplio ventanal cuadrado, que daba al recinto el claror de una mañana de primavera; un filete de oro bastante tierno coronaba la parte superior de los lienzos de pared, y desde él partían hacia el techo, un poco abovedado, veinte guirnaldas de bronce de Calatayud, que se unían en un florón central de piedra de jaspe; tres columnas corintias dividían a cada lado el recinto, y en el centro, un poco hacia el fondo, el ara de la Diosa se erguía sobre un escalonado pedestal de mármol negro, alzando en volutas milenarias sus dobles arcos de aroma de tragedia. En el fondo, y en una especie de hornacina, la imagen de la Diosa de una ridiculez espantable, cruzaba los brazos sobre el pecho como diciendo: *¡Ahí me las den todas!* Ante ella el áureo trípode elevaba recto las llamaradas del fuego sagrado, y junto a él las dos vestales de tanda, provistas de arcaicos fuelles, soplaban sin cesar para que la divina llama no apagase su fulgor. ¡Así como así, las pobrecitas no tenían otra cosa que hacer, y todo su oficio se reducía a este soplo eterno y medioeval!

En el primer peldaño de la base, el gran sacerdote, de cara a la Diosa y con las manos en alto, parecía estar cogiendo algo de una viga imaginaria. Ya en el suelo, y sobre una pequeña plataforma, Julia, inmóvil, lucía el divino perfil de sus curvas, teniendo a izquierda y derecha a

sus dos hijos; detrás los dos funcionarios palatinos contemplaban con gravedad el dorso de su ama, y de vez en cuando pasaban la humedecida punta de su lengua por los labios, como en un recuerdo vago e incestuoso.

En las primeras filas de invitados estaban los más distinguidos, y en ella Salvia miraba con ojos de una ternura indecible a Lucio César, mientras el joven lanzaba a los pechos de su iniciadora ojeadas furtivas de becerro soltero. En el aire un conjunto de aromas de intensos perfumes poblaban la mente de visiones de gabinete con alcoba.

La ceremonia comenzó. Los novios, de pie frente al ara, juntaron sus manos y bajaron la cabeza. El gran sacerdote volvióse al público, y con voz de toro reumático musitó unas frases en un idioma extraño que se asemejaba mucho al vascuence; acto seguido dos vestales se interpusieron entre los fieles y los novios, y extendiendo entre los dos una gasa tupida, ocultaron a la vista del público a la gentil pareja. No sabemos lo que pasó entre ellos en los dos minutos que duró la bromita; pero lo cierto es que por encima de la gasa se vió al gran sacerdote cubrirse el rostro con las manos, se vió al fuego del trípode ponerse más rojo que de costumbre, y se vió que las vestales del fuelle soplaban con más violencia, como queriendo huir de una pesadilla. Cuando el velo desapareció volviéronse

a ver las figuras de los novios inmóviles y un poco sonrojados; el gran sacerdote descendió hasta ellos, y juntando sus cabezas, les obligó a besarse en la frente. La ceremonia había terminado. Las voces angélicas de las vestales rasgaron el espacio con las primeras notas de una jaculatoria alusiva.

«Corazón santo,
tú reinarás;
tú nuestro encanto
siempre serás», etc.,

repetía el coro mientras empezaba el desfile de los invitados, que se detenían en el pórtico, abriendo calle para el paso de los cortejos de Julia y de los nuevos esposos.

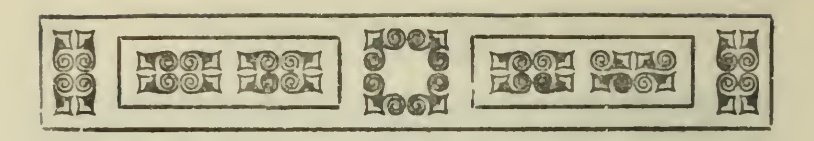
Afuera, el sol, cerca ya del cenit, arrojaba sobre la plaza la lluvia seca de sus incendiadas saetas; tornaron los guardias a su misión ordenadora; ocupó Julia con sus hijos la cuadriga, y cediendo doce de sus pretorianos para escolta de honor de la feliz pareja, partió al galope de su cortejo entre los vivas renovados de la muchedumbre sudorosa. Al pasar los novios irrumpieron las exclamaciones de la plebe: *¡Que sea para bien! ¡Buen provechito! ¡Cuidado con los rateros!*, y demás flores del jardín de la canalla.

El desfile siguió rápido a la desbandada; los peatones, rotas ya las filas por tolerancia de los guardias, se descomponían en racimos, cruzan-

do murmurantes en todas direcciones. Era la hora del yantar, y el buen pueblo se retiraba satisfecho en busca del cocido.

En el centro de la plaza, ya semidesierta, se irguió la figura escueta de un hombre de avanzada edad; extremadamente delgado y de aventajada estatura, tenía rostro de terracota y ojos grises de carátula; su boca desdentada y su cabeza esférica y pelona, con cuatro mechones de lacios peluchos cayéndole sobre la cerviz, daban a la figura el aspecto repulsivo de un habitante del Averno. Llevaba una túnica que fué blanca en sus mocedades, pero que hoy lamentaba la ausencia del jabón con su colorido gris de hornilla, y lucía en toda su extensión una nutrida sarta de lamparones ancestrales y una pletórica profusión de manchas de un verde virulento. Era Verrio Flacco, el preceptor de los hijos de Julia y el representante del partido puritano en las cámaras de la hija de Augusto.

Él solo parecía descontento del esplendor de la fiesta que acababa de terminar, y que había presenciado, recatándose, desde el centro de la plaza; volviéndose airado hacia la Vía Miranda, por donde desaparecían los últimos invitados, exclamó con un fulgor extraño en los ojos: „¡Ya caeréis, ya morderéis el polvo, o dejo de ser Flacco!" „¡Tú caerás, mujer proterva; lo juro... por mis cabellos!"; y se llevó la mano a la calva.



III

ENTRE DOS LUCES

Las últimas luces de la tarde recogían pudorosas sus reflejos por encima de los montes Albanos, y la paulatina negrura de la noche iniciaba su invasión en la ondulada campiña de Roma, auxiliada por las brumas que del cauce del Tíber ascendían lentas como oraciones de agonizante. La silueta de los agrestes caseríos se esfumaba poco a poco en aquella derrota de la luz, y de las calles de la ciudad subía al Palatino el rumorear cálido de una multitud bulliciosa y el trepidar nítido de unos acordeones belicosos. Julia, de pie ante el amplio ventanal de su cámara, golpeaba el suelo con dejos de impaciencia y aspiraba con avaricia el fresco aroma que las manchas verdosas de la campiña enviaban a la cumbre de la colina. Un gesto de contrariedad arrugaba su frente y constreñía

sus labios, y sus ojeadas escudriñadoras se paseaban anhelantes por el sendero en zig-zag que desde la urbe subía a la casa de los Césares, bordeando su trazado con dobles filas de olmos y de eucaliptos; de pronto sus ojos, brillantes de despecho, alzaban el foco de sus luces al cielo, y, como presintiesen en aquel atardecer melancólico nuevas desgracias y nuevas penas, se cerraban herméticos, mientras lanzando un suspiro, susurraba casi en voz alta:

—¡No vendrá!... ¡Se ha cansado de mis caricias!

Tres tardes llevaba repitiendo la espera, y tres días en que, fiel a su amor, no había querido apagar el ardor de su carne con caricias de otro cualquiera de sus admiradores. Tres días de abstinencia para una naturaleza como la suya, era algo así como un lustro de sequedad para aquellas mieses que ante su vista desmayaban el oro de sus cimeras al faltarles el rayo vivificante del padre Sol; y aquella mujer, que hubiera convertido el día en mes y las horas en semanas para más ampliamente disfrutar de la aureola de su vicio, llevaba setenta y dos horas sin abrir su alma a los juegos del alado niño, cosa que no le ocurría desde que por primera vez recibió la visita de la criatura. El fuego de su carne llegaba ya en su intensidad a lo insufrible, y pocas horas antes, al tomar el penúltimo baño del día y sentirse acariciada por las

expertas manos de la esclava que la auxiliaba en sus abluciones, tuvo que realizar un verdadero esfuerzo sobre sí misma para no coger a aquella niña por la cintura y hacerle caer sobre los cojines vecinos en un vértigo de bestia desdeñada; después, y ya sola en su cubículo, sufrió un ataque de furia amorosa tan pronunciado, que los gritos atrajeron a la cámara a la alta servidumbre, ya escamada de la honestidad prolongada de la señora. Por fortuna, un chocolate con unos bizcochos y un vaso de agua con nueces fueron bastante a tranquilizar un poco a la agitada belleza, que aguardó con calma la hora del Vésper, confiando en que la Diosa la enviase aquella tarde el consuelo celeste de la esperada visita.

Al aproximarse la hora, salió al ventanal y aguardó; la calma del crepúsculo contrastaba con la batalla que en su interior se estaba librando, y a medida que el calor y la luz del día se iban extinguiendo en el ambiente, resurgían en su cuerpo las punzadas violentas de la sangre rebelde. Las primeras luces del escaso alumbrado público estallaron en las tinieblas de las calles, y los balidos de las burras de leche poblaron el aire de aromas de nodriza; abajo, en la explanada que circundaba el Palacio, hormigueaban lentos los guardias y los ujieres, apagando en la ausencia de luz el brillo metálico de sus cascos.

De repente, el son de una trompa pobló el ambiente con el cristal de sus notas: era el centinela destacado en el arco de entrada a la explanada, que anunciaba a la guardia la aproximación de un funcionario palatino. „¿Será él?", pensó Julia con crispación nerviosa. La hora era la exacta; pero ¡llegaban tantos para las tertulias nocturnas del César y de la Augusta!

Una litera, conducida por dos esclavos, apareció cabeceante por el sendero de la colina; imposible distinguir a tal altura a quién guardaba en su seno. Pronto cruzó el arco, desembocó en la explanada, y, dirigiéndose en derechura hacia la puerta principal, desfiló ante los siervos de la augusta mansión, alineados y con las manos en alto; a los pocos momentos sumergióse en la puerta que orlaban los pretorianos.

Julia, impaciente, abandonó su atalaya, salió de la cámara, y, cruzando por una extensa galería, fué a asomarse a uno de los patios interiores de Palacio. Allí la obscuridad era absoluta, y sólo un farol, colocado en el arco principal, rasgaba las sombras con la estrella de sus reflejos. Bajo él se detuvo la litera, y el esclavo que conducía el delantero corrió a abrir la portezuela de uno de los lados; del interior salió un hombre de aventajada estatura, que recibió de plano los rayos de la luz de la linterna, destacando en aquel nimbo el brillo metá-

lico de sus rubios cabellos. Dió una orden al esclavo, y, terciándose el pliegue inferior de la toga, cruzó el patio con majestuoso balanceo.

Era él; era su cuerpo de apolíneos contornos y desenvueltos ademanes; Julia no podía dudarlo, y satisfecha se volvió a su cámara saboreando ya el deleite de un próximo desmayo.

La habitación en que la hermosa penetró, y que era la misma a cuyo ventanal se asomara poco antes con impaciencia, era un cuadrado de muros azulados y de techo de artesón de oro que comunicaba por un arco con el cubículo de la hija de Augusto; frente a la puerta de entrada que se abría sobre la galería se mostraba el ventanal de que antes hemos hablado, y en un rincón, disimulada en el muro, había una puertecita secreta que daba sobre la antecámara y las habitaciones de la alta servidumbre. El decorado era de una sencillez primitiva y de un lujo fastuoso, pues nadie como Julia para hermanar en artístico compendio estas dos columnas de la elegancia; adosados a los lienzos de pared, unos divanes de tela persa sonreían con el capricho de sus arabescos y ofrecían al visitante la blanda caricia de sus muelles hirsutos; unas jarritas de ramas de verbena poblaban el ambiente de aromas de pasión, y en el centro una mesa con tableros de paja sostenía el artístico grupo en bronce titulado „Empédocles y sus treinta y seis concubi-

nas", en que aparecía el popular guerrero de Esparta blandamente acostado con todas ellas, y haciendo esfuerzos por mantener en alto el pabellón glorioso de una estirpe de atletas. Por el suelo se desperezaba indolente un cónclave de marta cibelina (que había pertenecido a Cibeles), y en el triforio aleteaba raudo un ventilador eléctrico con el vertiginoso valsar de sus aspas. En el alero de la puerta de entrada una jaulita de hierros de oro aprisionaba a una púdica gallina escéptica que compartía con la dueña de la casa el ardor inconcuso de sus convicciones. Por el arco se veía el cubículo, y en el centro de él el lecho de palo de alabastro y cojines de aceite de palmera, ofreciendo al visitante la eterna tolerancia de su tercería en cuestiones de amor; pero... no hacía falta: con los divanes de la antecámara y la blanda molicie de su pavimento había más que suficiente para resolver todos los problemas que a dos amadores expertos pueden plantearse cuando la hora de las acciones frisonantes es llegada.

Esta habitación era el santuario amoroso de Julia: en ella recibía el homenaje incondicional de sus amadores, y a ella había trasladado sus entrevistas con Sempronio Graco desde que, atropellando toda clase de consideraciones, se decidió a introducir en Palacio el culto galante de su propia molicie, hasta entonces refugiado en los tapadillos del Esquilino o en la casita

agreste de Prenesto. En estos muros, testigos de sus geniales impurezas, resonaba muy de tarde en tarde la voz aguardentosa de su marido Tiberio, y es fama que cuando el acuartelado varón visitaba la cámara de su esposa, empezaba a sentir cierto germinar inconsciente en los vértices de su frontispicio, que le obligaban a buscar súbito el aire libre de la calle en una huída vergonzosa: ¡era la semilla ancestral de su coronación, que, al ponerse en contacto con una atmósfera impregnada de recuerdos infieles, pugnaba por salir a la superficie en forma de asta de ciervo!

Tenía este departamento de Eros cierto tufillo de tragedia: meses antes, por aquel ventanal que se abría sobre el idilio de los campos romanos, había desaparecido en un amanecer esplendoroso el blanco cuerpo de un tribuno pretoriano; un joven que, habiendo pasado la noche en brazos de Julia, había recibido tales muestras de afecto de la refinada, que en un descuido dejó escapar sus sesos por el amplio canal de la medula tortuosa, dejando la vida entre los labios de la oficiante glotona. El pobre mancebo, enloquecido por la *fineusse* de la traidora, había pasado del reino de Citerea al de las Parcas, siendo arrojado su cuerpo por el marco de la ventana en virtud de órdenes de la Venus homicida, que quiso evitar a las galerías de Palacio el espectáculo de un cadáver sin

cerebro. La masa encefálica del joven quedó artísticamente extendida por el pavimento, y recogida poco después piadosamente, podía admirarse todavía en un frasco de alcohol que se erguía a la cabecera de la cama de Julia; la perversa enseñaba aquel despojo a sus visitantes como un trofeo de epopeya, y los visitantes la contemplaban como un aperitivo que excitaba su gula de igorrotes.

Un *nomenclátor*, previa la venia de la hermosa, abrió paso, alzando el cortinón de la puerta de entrada al patricio recién llegado. En el marco de la puerta se dibujó la airosa figura de Sempronio. Los primeros momentos fueron de un embarazo fulminante; el brillo de los ojos de Julia, cargados de reproches, se aferraba a la *facies* del patricio, que, correcto e impasible, parecía aguardar la señal de un permiso de caricias.

— No sé a qué vienes, Sempronio; pudiste pensar que en tres días me habré acostumbrado demasiado a tus ausencias.

— Bien sabes, Julia, que cuando dejo de gozar los dones de tu presencia es porque ocupaciones inaplazables me vedan tener tal dicha.

— Pues si hay para ti ocupaciones de un interés superior a nuestro amor, corre tras ellas; nada tienes que hacer aquí.

Julia hizo ademán de retirarse por el cubículo; pero Sempronio, conocedor de la supe-

rioridad de los actos sobre las palabras, fué hacia ella, y, rodeándola el cuello con el brazo derecho, cogió su barbilla con la mano izquierda y depositó en la bermeja boca de la amante un beso profundo, insondable, siniestro; el cuerpo de ella se estremeció, y, juntando sus manos sobre el pecho, cerró los ojos derrotada. La tempestad que estuvo a punto de estallar tornóse, por el contacto de sus labios, en calma serena de mutuos hechizos. Sentáronse muy juntos en el diván más próximo, y, reuniendo sus manos, siguieron ya más serenos.

— ¿Por qué no has venido? ¿Por qué me has atormentado con tus faltas? ¿No sabes que un día sin verte, sin reclinarme en tu busto de pórfido, es para mí peor que el garfio de las Gemonías?

— Tu pregunta me atortola, Julia; tú sabes muy bien que si mi ausencia es para ti martirio, la tuya es para mí agonía. Cuando transcurren unas horas sin que tu cuerpo me haya dado el divino regalo de sus locuras, siento en mí los tormentos de los condenados y el mal sabor de boca de los malditos de los dioses. Por eso, ¿puedes tú dudar que han sido razones potentísimas las que me han tenido alejado de ti por tres días? Ayer tarde tuve que marchar inopinadamente a Prenesto, llamado con urgencia por Cayo Licio, mi primo, que, como sabes, tiene allí ahora a esa piltrafa de Marcela. Parece ser

que el *souteneur* de ella, ese Vinicio, que fué su iniciador, dió ayer un escándalo a Cayo, so pretexto de que se bañaba con poca frecuencia y dejaba las ropas del lecho con un olorcillo a betún de Judea que, más que lecho, le hacía parecer lechonera, y luego, cuando iba él por las noches a participar del óbolo carnal convenido, tenía que taparse las narices o frotárselas con abrojos olorosos, llegaron a las manos, y Vinicio acabó pidiéndole a mi pariente una indemnización de dos mil sestercios del ala, que tuvo que pagar para evitar mayores males. Por cierto que al volver de Prenesto vi de lejos nuestra casita, nuestro nido...; ¿te acuerdas?

Julia sonrió, y, abrazando a su amante, apoyó su frente en los hombros de Sempronio; éste aprovechó la ocasión para estampar un sonoro beso en la brillante cabellera de su amada, impregnando su olfato de un mareante olor a violetas. La hermosa alzó de nuevo el rostro.

— Eso fué ayer; ¿y anteayer?

— Anteayer... no estuve tan lejos de ti como tú supones. Estuve en la cámara del Augusto; había solicitado audiencia el día antes, y el bueno de tu papá tuvo la comodidad de señalármela para la hora del Vésper, sin duda con la santa intención de estorbar por un día nuestra entrevista.

— Pero, ¿y a la salida?

— Fué inútil; entre lo que esperé en la antecámara y la hora y media larga que duró nuestro diálogo, no quedé libre hasta la hora de la vigilia.

— ¿Hora y media? ¡Siempre se exagera! — dijo la chulona de Julia.

— Como lo oyes; vine a pedir el favor de tu padre para Tarquino. Después de la boda, la preocupación de Salvia no es otra que la de lograr para sus hijos la libre entrada en esta *domus*.

— ¡El perdón de Tarquino! Si hubieras consultado conmigo, te habrías ahorrado el *nequaquam* de papá. Nunca le he visto tan empecatado contra nadie; ¡bien es verdad que no es él, no, quien se oblima contra esos jóvenes! Hay alguien en Palacio que trama contra todos, y ese alguien está a mi propio servicio, entre los que debieran serme afectos.

— Lo sé, Julia, lo sé; ese alguien salía anteayer de la cámara del Augusto cuando yo entraba, y al verme, me dijo con ironía: *He sido yo quien ha indicado al César que te recibiese a esta hora. ¿No es ésta la que tienes más libre entre todas las del día?* ¡Le hubiera mascado la nuez si no hubiera temido impregnar mis dientes con la grasa de su epidermis!

— Si en vez de ser un vejete exhausto fuera un varón fogoso, ya nos encargaríamos Salvia y yo de ponerle por completo a nuestra obe-

diencia. Pero es inútil; con Verrio Flacco no valen esas artes.

Sempronio, que no era celoso, hizo caso omiso de esta infidelidad de pensamiento de su amante, y se limitó a decir:

— ¿Por qué no le arrojas de tu casa? ¿Por qué consientes que siga sembrando en el ánimo de tus hijos la ponzoña de un odio oceánico?

— Imposible, Sempronio, imposible. Es la única imposición de mi padre; él, que me lo tolera todo, no consentiría que yo intentase mortificar en lo más mínimo a esa alimaña. Aparte de que, si yo me desprendiese de él, no tardaría en encontrar acomodo en la propia casa del Augusto, y desde allí, más seguro y exasperado por mi despedida, continuaría su obra de reptil. No, no; es menos peligroso estando entre nosotros.

— Pero, mientras tanto, continúa su obra. ¡Bien claro lo vi la otra noche en las palabras del César! ¡Cómo se notaba en su dureza el influjo viscoso de ese saco de víboras!... Su última idea, ¿sabes cuál ha sido? Separar de tu lado a Salvia. Anteanoche me indicó algo de eso tu propio padre.

— ¡Eso nunca! Quieren aislarme, quieren rodearme de enemigos; pero no lo lograrán. Salvia es mi amiga, mi maestra, mi... bueno, tú lo sabes, Sempronio; tú conoces el influjo que esa mujer tiene sobre mí; antes que consentir

que la aparten de mi lado, seré yo la que se aparte del lado de ellos... para siempre. ¡Sí, Sempronio... para siempre!

Disuelta en lágrimas cayó de nuevo en el seno del amante, que con tanto vaivén iba ya poniéndose acuoso; extendió su mano izquierda por debajo de los riñones de la plañidera, y con hábiles manejos fué profundizando en la canal del templo insensato. La interfecta, ante aquel avance, inició un preludio de danza enloquecedora, que vino a terminar en un suspiro aborigen.

— No me abandonarás, ¿verdad, Cayo? No me dejarás sola en estos atardeceres, rodeada de peligros.

— Tonta; no me conviene dejarte. ¡Si tú supieras cuánto he sufrido en estos tres días de vigilia forzosa! Porque, aunque sé que no lo vas a creer, te diré que desde nuestro último encuentro he conservado mi pureza en un ahorro de energías.

— ¿De veras? — murmuró deslumbrada la impaciente; y sonrió dichosa ante aquella divina promesa de deleite guardado sólo para ella.

En aquel momento las manos expertas del patricio separaban los primeros broches de la túnica de la diosa; el día se acababa definitivamente tras el ventanal, y el cortejo de luceros nocturnos irisaba el espacio con sus notas melancólicas. La gallina, en su jaula, dió un mugi-

do de sobresalto; el pobre bicho, consciente de lo que allí iba a suceder, echaba de menos el gallo de la Pasión.

De pronto Julia se vió libre de su túnica, y comprendiendo que en aquel saldo de pudores se imponía la reciprocidad, comenzó con sus manos de gata a libertar de la toga el cuerpo de su amante. Como continuaban sentados en el diván, la operación tuvo sus dificultades; pero todas fueron vencidas con el deseo de llegar cuanto antes al desenlace que animaba a aquel par de caloríferos. Sobre el canesú de la túnica interior de Julia brotaron triunfantes dos bolas de nieve; a ellas fueron raudas las manos del patricio, y en su dureza de queso de bola se posaron mientras la roja lengüecita de la diosa asomaba tímida a la abertura de su boca. Era aquello una invitación en toda regla, subrayada por el entornar lujurioso de los ojos, y claro es que Sempronio aceptó en el acto tamaño ofrecimiento; se juntaron las bocas, y la púrpura de los labios de ella sirvió de fondo al oro de las barbas patricias; las lenguas cambiaban de dueño mutuamente, y tan pronto estaban las dos en una boca como en otra. A los pocos momentos el gallardo romano sintió que sus parajes peligrosos eran visitados por unos dedos poblados de lanzaderas; aquello fué el principio del fin, y, empujando el busto de Julia, lo hizo ofrecerse sobre el asiento del diván.

Quedaba el relativo obstáculo de las ropas interiores, entonces menos complejas que hoy día, y tras breves esfuerzos los cuerpos de los amantes quedaron cubiertos de una desnudez paradisíaca; el calor de fragua de las epidermis imponía a los dos la necesidad de buscar una salida decorosa para aquella corriente de lava que los circulaba por la piel, y uniendo ya la única parte del cuerpo que hasta entonces no se había unido, iniciaron la euritmia de una cadencia vigorosa, mientras sus piernas se enlazaban como rosquillas del santo. En uno de los múltiples vaivenes cayeron del diván a la marta cibelina del pavimento, y el choque de la caída completó la obra iniciada por los vigorosos empujones del patricio. Julia, a quien la caída había hecho ocupar el lugar superior, azotaba con sus pechos la barba del amante, mientras ponía en práctica un juego por ella muy cultivado: apoyándose en el suelo con las rodillas, arqueaba de improviso sus caderas, huyendo así de la terquedad del amante el divino estuche del amor; y cuando él, desesperado por el abandono en que había quedado su virilidad, se alzaba sobre la espalda para recuperar el puesto perdido, volvía ella a dejarse caer de repente sobre su cuerpo, haciendo el nexo más completo y la unión más íntima.

Los preludios del desenlace llegaron para los dos después que Julia hubo repetido varias

veces su magistral estratagema, los movimientos fueron haciéndose más blandos, los ojos iniciaron su extravío, juntáronse glotonas las bocas y las manos atenazaron con violencia el trozo de carne sobre que habían hecho presa... Un segundo más, y los despojos sexuales abrieron sus esclusas al libre circular de una vida que, tumultuosa, caminaba a la agonía.

. . . .

Hubo en ellos unos minutos de inmovilidad de estatua; en el silencio de la habitación sólo se oía el respirar de dos pechos cansados y el tenue cocleo quejumbroso de la prisionera de la jaula de oro... La trompa del centinela de la explanada cruzó con su vibrar el silencio de la noche, y aquel toque marcial de alerta trajo a la realidad a nuestros combatientes.

Separados el uno del otro, habían quedado sobre el pavimento en posturas bizarras: él, con las piernas recogidas sobre el vientre y los brazos sirviendo de pantalla a sus ojos, mortificados por el reflejo de una antorcha que ardía en un soporte pendiente del techo, y ella con las piernas extendidas y dejando al descubierto el brillo sanguíneo de su vértice amoroso, mientras pasaba una mano de detrás de la cabeza y oprimía con la otra la punta rosada de su seno derecho.

No era Julia mujer a quien una sola batalla de la carne rindiese por mucho tiempo; el acto

que acababa de realizar era para su naturaleza ardiente algo así como el aperitivo de un banquete espléndido. Por eso, levantándose perezosa del suelo, fué a sentarse blandamente sobre los dibujos del diván. Contemplaba sonriente la actitud rendida del patricio, y rozando uno de sus muslos con la punta del pie, exclamó insinuante:

— Sempronio, ¿te acuerdas de lo de Prenesto?

Fué en aquella sonriente casita donde el patricio le había iniciado en las ceremonias de un nuevo culto, y por ello la felina, cuando se sentía con ganas de dejarse adorar en aquellos altares, repetía tapándose la cara: „¿Te acuerdas de lo de Prenesto?" Para el amante era esto una evocación deliciosa: alzóse pausado del pavimento, y arrastrándose gatuno, fué a posar su cabeza sobre el muslo de la diosa.

El cuerpo de nácar de la divina ofrecía a su vista la gloria triunfante de su desnudez; desde el ángulo del cuello a la punta diminuta de los pies, una superficie de blanco de almendra se mostraba espléndida en altibajos deliciosos, poblada en la entrepierna y los sobacos de unos bosquecillos de frondosa vegetación capilar; los senos, alzados en derechura, daban al aire la rosa de sus vértices rodeada de una corola espléndida de vestigios de caricias voraces; debajo de ellos extendía el vientre su pequeñez,

adornada en el centro por el remolino del ombligo, y, ensanchándose en curva lujuriosa, se mostraba la amplitud de la cadera ingente de gozadora, que una vez cumplida su amplificación, venía a recogerse por delante en el divino ángulo poblado de promesas, y por detrás en el acanalado conducto de orillas de promontorio, en cuyo centro, según los expertos, reside el compendio y el archivo de todo goce; las piernas, de un alabastro secular, formaban con el vigor de su fibra la base columnaria de aquel templo de carne, en cuyo altar mayor se disponía a elevar Sempronio la más húmeda de sus preces. Dos manchitas negras orlaban en el lado izquierdo del seno el albo resurgir de la epidermis: eran dos lunares ancestrales; y si Julia nos hubiera hecho el favor de volverse un poco sobre el vientre, hubiéramos podido observar sobre la masa de su asiento el perfecto diseño de la suela de una sandalia: era el recuerdo indeleble dejado allí noches antes por el airado patear de un joven a quien Julia, recogida en pudores, habia negado, después de una orgía, el supremo donativo de una *sopleuse.*

Los dos amantes quedaron mirándose largo rato: él reclinado sobre las piernas de ella, y ella indolente sobre el respaldo del diván, acariciando con su diestra los anillos de oro del cabello de Sempronio, y mostrando en el car-

bón de sus ojos entornados el ruego de un comienzo de caricias: este ruego era un mandato para la virilidad de cualquiera.

El patricio se alzó sobre sus rodillas, y asomando entre el brillo de su barba la punta roja de la lengua la osciló a derecha e izquierda, como gladiador que afila el arma de combate: ¡que el hombre, desde la feliz invención de ciertas artes, ha dejado de ser el combatiente de una sola arma en las batallas del amor! ¡Hoy tiene dos por lo menos, y cuando la lanza cae rendida, el suave estilete bucal suple sus impulsos, y a veces los aventaja! Con bríos recientes avanzó el amante su busto hasta chocar con el de la diosa; ésta se removió en su dejadez, y bien pronto las bocas iniciaron el tumultuoso diálogo de dos almas. Recobró su libertad la del patricio, y fué a buscar la oreja diminuta de la entregada, que ocultaba su laberinto interior bajo una cascada de rizos castaños; allí paseó la punta del estilete rojo, mientras Julia comenzaba a agitarse con los ojos cerrados, y descendiendo por la ladera del cuello, siempre rozando suavemente la piel, fué a posarse glotona en el seno derecho con absorciones continuadas; allí la parada fué más larga, y pasando de uno a otro, fué cubriendo de rubicundeces los pechos, descendiendo después mansamente al hoyito del ombligo. El oficiante, visitadas ya todas aquellas capillas amorosas, iba a llegar

al altar mayor, que alzaba el prestigio de sus vestimentas de pelo castaño entre las dos pilastras de las piernas; allí la ceremonia iba a ser transcendental, y el esmero del sacerdote centuplicado.

Empezó por una hábil exploración de los alrededores, como buscando el sitio más propicio para el asalto; dos veces simuló éste por la parte inferior, y otras tantas se retiró el asaltante, provocando las protestas de la ardiente Julia, que en aquel sitio tenía concentrados todos los ardores de su cuerpo de gozadora. Con insensible avance penetró, por fin, la lengua en el recinto, sufriendo primero la impresión de una suavidad de terciopelo, y después el temple de una hoguera de pasiones; al principio fué sólo un paseo lento de arriba a abajo; pero bien pronto el paseo se tornó en una carrera, aumentando con la rapidez la profundidad de de su trazado. Sempronio, experto como pocos, suspendía de vez en cuando su tarea para más excitar el furioso anhelo de la hermosa, y, reanudando sus velocísimos remolinos, pasaba de repente de la parte inferior del vallecillo a la más alta, haciendo así que la atención sexual de la víctima ganase en amplitud lo que perdía en intensidad por el doble esfuerzo. Julia pedía con rugidos cada vez más tenacidad en la tarea; moviéndose automáticamente de izquierda a derecha, crispaba sus manos sobre los

dibujos del diván, mientras con frases incoherentes lanzaba al patricio el imperativo de la continuación; cuando la resistencia física de ella iba a entregarse vencida en un supremo espasmo, el amante suspendía su trabajo con coquetería infernal, para reanudarlo en seguida con más fuerza entre las lágrimas de la hermosa y los aullidos de su carne por un florecer interrumpido cuando se disponía a dar frutos.

Sempronio tuvo un rasgo de poeta: sobrexcitado por el reflejo de la excitación de ella, quiso hacer la faena completa, y bajando un poco la boca, fué a buscar por la línea de la entrepierna el botón diminuto que debajo de la espalda se escondía; afianzándose en él, retorció epiléptica su lengua, mientras el cuerpo de la gozadora convulsionaba sus líneas entre gritos desgarradores de placer, invitando al amante a insistir en su trabajo. Poco faltó para que la violencia del movimiento de Julia la hiciera caer sobre el pavimento envuelta con el oficiante; pero, habiendo recobrado Sempronio el puesto delantero, no sin dejar de guardia en el otro uno de sus dedos, que continuaba la agitación iniciada, recobró aquélla su posición primitiva, cruzando las piernas sobre la cabeza del patricio, que desapareció así bajo aquel doble dosel de alabastro; el final de la interesante ceremonia había llegado, y apretando Julia sus muslos sobre el amante, quiso sublimar aún

más la furia de sus sensaciones mientras el doble juego deshacía sus carnes en una riada de muerte. Con supremo rugido alzó hacia el techo la parte inferior de su cuerpo, que atenazaba el busto de Sempronio, y cayó rendida en un desfallecimiento inefable. La obra estaba hecha.

Él cayó de espaldas al suelo con estertor fatigoso y las manos en la nuca deshecha; ella quedó tendida sobre el diván con los brazos yertos y contemplando en triunfo la boca de su amante, donde brillaba espléndida una espuma blanquecina, como brilla en los labios del cabritillo que acaba de dejar la ubre materna. La fatiga los rindió a los dos, y poco a poco fueron cerrando los ojos al sueño.

. . . .

Cuando despertó Sempronio, el canto del gallo que se erguía en el alero de la mansión imperial pregonaba la media noche; imposible salir ya de aquel paraíso de delicias: las puertas del Palacio estarían cerradas, y sólo por un motivo grave o un asunto de Estado debieran franquear a alguno la entrada o salida antes del amanecer. Mejor; pasaría allí la noche. En este nuevo encuentro con la amante tras la ausencia de tres días se habían excitado sus ansias amorosas, y anhelaba pasar junto a ella toda una noche para deshacerla a fuerza de caricias. Levantóse perezoso del suelo, y

desnudo, como estaba, fué a refrescar el ardor de su piel al ancho ventanal del muro.

Roma dormía el sueño diario de la virgen bajo el manto sereno de la noche; el ambiente, bañado en calma profunda, se erizaba de vez en cuando con la brisa sutil que llegaba de las montañas lejanas; sólo de la parte del río llegaba a Palacio el rumor continuado de su carrera sempiterna.

Volvió el patricio a la habitación; sobre el diván Julia dormía en un total abandono de su carne; y sobre la mesita del centro, Empédocles, con la faz congestionada, continuaba la cadena prolongada de sus esfuerzos para contentar a sus treinta y seis concubinas. Sempronio se acercó a su querida y depositó un beso profundo en la tersura de su frente; después, cogiéndola en sus brazos, la condujo religiosamente al cubículo, depositándola en el lecho, al contacto de cuyas ropas recobró la hermosa los sentidos.

Un deseo de caricias puras, sin mezcla de anhelo carnal, surgió instantáneo en el alma de los dos tras de los rudos espasmos de la anterior orgía de los sexos; arrodillándose él junto al lecho, cogió en sus manos la cabeza de la divina, y fué depositando en ella una corona de besos pudorosos. Ella, cariñosa, le invitó a subir al lecho, y entonces Sempronio, con una sonrisa de excusa, murmuró:

—¿Y Tiberio?

La ínclita soltó una carcajada de sadismo:

—No temas; hace varios meses que no pone aquí su planta.

La imagen zafia del esposo, del hombre que voluntariamente renunciaba a este cuerpo de diosa, se dibujó grotesca en la mente del patricio, que de un salto ganó el lecho, cayendo gozoso en el dogal de los brazos de la amante. Los dos jóvenes reanudaron su idilio. Sobre el triunfo de sus cuerpos se balanceaba amorosa la caricia de la noche.



El toque de matina (tres de la mañana) despertó a los amantes; las trompas de la guardia exterior anunciaban a Palacio el principio del día, y Cayo Sempronio abandonó el lecho con presteza. Despidiéronse los amadores con promesas de próxima entrevista, y Julia, saliendo por la puerta del cubículo, penetró en el baño.

La noche había sido de prueba para su cuerpo, y una debilidad creciente la asaltaba; ¡bien había sabido desquitarse de la forzada castidad de los dias anteriores! Pero ahora un desmayo paulatino iba invadiendo sus miembros, mientras con ayuda de la esclava se sumergía en la piscina, y un velo denso envolvía su cerebro y nublaba sus ojos; afortunadamente, su prolongada experiencia le decía que esta dejadez sería

momentánea. Bien pronto las fuerzas perdidas irían tornando a los músculos exhaustos, y un caudal de energía nueva iría invadiendo tumultuoso el cauce de su vida, despertando al renacer nuevas ansias de goces y de espasmos.

Confortada con el agua tibia y perfumada con violetas, vistió una túnica ligera, y atravesando un pasadizo que se abría junto al baño, salió a una amplia terraza que se alzaba al extremo de sus habitaciones.

El fresco de la brisa nocturna completó en Julia el efecto reanimador del baño; era todavía noche completa, y el refulgir titilante de los astros adornaba espléndido el panorama del firmamento; sólo por Levante una tenue faja de azul menos intenso anunciaba por encima de la cadena de montañas la decadencia del imperio de la noche; la tierra con un frémito amoroso, elevaba al espacio el arpegio polirrítmico de sus sonidos y olores, y en las cañadas de los sembrados el chirriar estridente de los grillos dialogaba a maravilla con el canto de los ruiseñores, venido en ondas lentas de los huertos de la campiña. Las calles de la ciudad rasgaban la negrura de las sombras con el rayo de sus escasas luces, y en el Foro la extensa planicie de piedra blanqueaba con reflejos, como lago de aguas muertas. Las moles del Capitolio y del Viminal recortaban bruscas la indecisa silueta de sus contornos, y de aquel conjunto de tonos

apagados parecían elevarse las notas armoniosas de una extraña sinfonía.

Julia, acodada sobre el pasamanos, aspiraba con voluptuosidad el aroma de la noche; por inexplicable asociación de ideas, pensó un momento en sus hijos, dormidos a aquella hora a poca distancia de las habitaciones de su madre. El mayor, Cayo, de inteligencia despierta y espiritu cultivado, había sido agregado el año anterior a la pretura de la ciudad, comenzando así brillantemente el servicio del Estado; su naturaleza sencilla, que habia heredado de su padre el afán del brillo y la ostentación, se avenía a maravilla con el esplendor de los cargos públicos, y pasaba con cierta indiferencia ante los placeres con que sus jóvenes camaradas mataban el tiempo de sus ocios. Lucio, por el contrario, heredero del temperamento lujurioso y sensual de la madre, parecía no preocuparse más que del deleite de su carne y de los goces de la materia; desde que dos semanas antes habia sido víctima del atentado de Salvia, un impetuoso ardor se había despertado en su alma y una manía gozadora en su cuerpo de efebo. Si no fuera por no faltar al respeto a un nieto del César, diriamos que Lucito, desde su iniciación, se habia convertido en un verdadero mico: era un caso estupendo de satiriasis antiespasmódica y parnasiana. Los patricios encargados del cuidado del procaz jovenzuelo habianle sor-

prendido más de una vez durante las afrodisíacas siestas estivales, con un manojo de postales pornográficas traídas de la Panonia, cuyos dibujos protervos iba resaltando Lucito con ayuda de una lupa; y no era esto solo, sino que cuantas *ancillas* estaban a su servicio habían sido ya malogradas por el mancebo, con tal rigor, que el jefe de su casa se vió en la precisión de ordenar que cada vez que una de esas mujeres hubiese de entrar en la cámara del augustito para actos del servicio, lo hiciese acompañada de dos pretorianos, evitando con esto que la naturaleza ardiente del joven pusiese a prueba una vez más la resistencia de los triclinios de sus habitaciones o la tolerancia de sus cojines. Y era de ver cómo en virtud de esta orden, un poco draconiana, el desayuno del nieto de Augusto era conducido todas las mañanas al lecho de su consumidor entre doble guardia de lanzas y de cascos, como si se hubiera tratado del libro de los arúspices.

Cuando Julia tuvo noticia del suceso de Prenesto, quedóse un momento pensativa; pero bien pronto extendió sobre él el manto de su tolerancia en cuestiones de amor, llegando casi a felicitarse de que hubiera sido Salvia la iniciadora, pues estaba segura de que su docta amiga habría sabido evitar al mancebo el mayor número posible de molestias y dolores. Si Julia ahora, en este amanecer de Mayo, pensaba en

sus hijos, no era por nada que con lo anterior se relacionase, sino porque tras ellos, y como una amenaza, veía alzarse la esquelética figura de Verrio Flacco; recordando la conversación sostenida horas antes con Sempronio, se hacía perfecto cargo de la situación. Era indudable: el partido puritano, por medio del preceptor de sus hijos y con la ayuda indirecta de su esposo, iría minando contra ella y los suyos el ánimo débil del Augusto; día habría de llegar en que la constancia de los puritanos inclinase en su favor la balanza, pues el tiempo que los innovadores empleaban en sus goces y en sus fiestas, lo empleaban los enemigos en ir apretando los tornillos de su conspiración. Y si ese día llegaba, ¿cuál sería la situación de la hija de Augusto? Horror le daba el pensarlo, y para borrar de su mente la perspectiva de una derrota, pensó en Salvia, la hábil, la intriganta, la que enloquecía a los hombres en el lecho y los volvía tarumba en los obscuros pasillos de Palacio; la única que, con sus dobles artes de mujer y de diplomática, podía deshacer la sorda conjura de los puritanos, ya que los demás sólo se ocupaban de hacer alarde de su epicureísmo, sin darse cuenta del nublado que se iba cerniendo sobre sus cabezas.

Pero ante el espectáculo de la Naturaleza era imposible conservar el pesimismo en el alma; la franja azulada del amanecer había pa-

sado su tornasol al blanco mortecino, y después al amarillento insinuante; la luz de los astros iba adormeciendo sus fulgores, y el terciopelo celeste iba recogiendo hacia Poniente el tono obscuro de su colorido como una gasa que, movida por manos invisibles, se descorriese suave sobre sus propios pliegues; escuchóse el cacareo de los gallos en las villas cenicientas, y el esquileo de los ganados a la otra parte del monte Esquilino; del cauce del río se elevaba cada vez más densa la bruma de la mañana, y en la lejanía empezaron a dibujarse tímidos los contornos de Lanuvio, Tibur, Prenesto y demás pueblecillos de la campiña, escoltados por el verdor de sus alrededores.

La luz ganaba terreno en aquella batalla contra las sombras que se reñía en las alturas, y bien pronto en la sinfonía de violines que parecía escucharse en el espacio hizo su irrupción el metal con un contenido fragor de epopeya. La vista podía ya distinguir los puntos salientes de la ciudad y de sus alrededores, y un experto los hubiera señalado a nuestra vista con precisión irrefragable: a la derecha, la cúpula del templo de Pompeyo, y tras ella el montón de edificios del Campo de Marte, sirviendo de fondo a la mole severa del Panteón; el circo Flaminio, un poco al frente; el *Felabrum* y el circo Máximo, y a la izquierda las aristocráticas mansiones del Esquilino, triunfando sobre los

infectos mechinales de la Suburra; y en la campiña, las blancas cintas de las estradas y el verde apacible de las mieses dialogando con el verdor de los olivos y el lejano amarillear de los viñedos.

En el ya cielo no quedaba ni una estrella; la cumbre de los Albanos coronóse de púrpura, y el reflejo del padre Sol preludió con sus tintas heráldicas el presagio de su natalicio. En las calles empezaban a moverse los madrugadores, y en los senderos de la campiña avanzaban como hormigas los campesinos, que se dirigían a los mercados de la ciudad dando al aire sus canciones frescas. Por fin la espera de la Naturaleza cesó en una apoteosis de triunfo: en la línea de las montañas apareció radiante y cegadora la parte superior de la esfera solar. Fué un estallido de luz y un himno de victoria; la orquesta invisible del Universo rompió en una marcha atronadora con el *crescendo* de sus notas. En la explanada palatina las veinte trompas de la guardia saludaron con la diana la aparición de Febo creador; por el espacio corrió un temblor de ventura; los ojos de Julia, brillantes como ascuas, afrontaron con anhelo la primera caricia de los rayos solares.



IV

EL VINO DE ISTRIA

En una de las habitaciones que en el entresuelo del palacio de Tarquino ocupaba Salvia, se hallaba reunida la familia en espera del yantar meridiano. Los recién casados, reclinados en amplias mecedoras, balanceaban lentamente sus cuerpos, mientras al lado de una mesita, Salvia, con aire satisfecho, hacía calceta con ayuda de unos punzones milenarios.

En los rostros de los desposados había esa quebrada palidez que suele ser el cortejo obligado de la luna de miel, y en sus ojos un círculo de ojeras delataba el insomnio amoroso de sus noches.

En aquel ambiente algo caluroso de los primeros días de las Kalendas de Junio, zumbaba pesante un moscardón con toda la sutileza de sus evoluciones.

Digámoslo de una vez: Salvia amaba en secreto a su yerno Tarquino. Esto, que dicho así, después de veinte siglos, parece no encerrar ninguna gravedad, la tenía, y enorme, en aquellos años que precedieron al alborear de la epopeya cristiana; porque, aunque esto de que una suegra se enamore de su yerno es cosa hoy poco corriente, entonces lo era mucho menos, por la sencilla razón de que aquellas almas, poco complejas, no sabían anidar en sus profundidades la doble perversidad del amor de madre (política) y del de concubina. *La doblez* — ha dicho Indíbil en su *Epistolario* — *es patrimonio de los hipertróficos*, y sabido es que en Roma la hipertrofia era una enfermedad poco usada.

Digamos, ante todo, en descargo de Salvia, que su pasión por Tarquino no tenía nada de premeditada: era el fruto esporádico de una revelación instantánea. Recorriendo ella una tarde las amplias habitaciones del palacio tarquinal, fué a parar, a impulsos de los hados, al pasillo que comunicaba los cubículos de los dos jóvenes recién casados; tres días hacía que la boda se había celebrado, y no hay para qué decir que los tórtolos estaban en todo lo suyo, menudeando las visitas de Tarquino al aposento de su esposa, y viceversa, visitas que los recién casados tenían la piadosa costumbre de efectuar completamente desnudos, para evitar trá-

mites enojosos; atravesaban, pues, el pasillo sin más ropa que la cutánea, y en una de estas excursiones del esposo tuvo la suegra la fortuna de encontrarse frente a él en completa admiración de desnudeces. Tarquinito, impasible, se limitó a saludar a la jamona con estas palabras: „Adiós, mamá. Voy a lo mío: a continuar la historia de los Tarquinos". Y la jamona, estupefacta, sólo tuvo ánimos para decir, cubriéndose la vista con los impertinentes: „¡Buen provechito!"

Las formas del joven habían hablado muy elocuentemente a la sensualidad de Salvia, y como era mujer en cuya mente el pensamiento se metamorfoseaba rápidamente en deseo, y el deseo en acción, se dispuso a conseguir que, cuanto antes, aquella historia de los Tarquinos, de que maliciosamente le había hablado su yerno, tuviese una segunda edición, que ella, con sus caricias, se encargaría de poner a la venta en el escaparate de su alcoba. (¡Me parece que la frase es de una brillantez macho!)

Por eso en aquel mediodía caliginoso los ojos de Salvia se alzaban de vez en cuando de trazado de la calceta para fijarse tiernos en la pasional figura de Tarquino.

Un nuevo personaje pobló la estancia. Publio Tito, jovenzuelo de veintidós años y belleza de balada, que era por aquella semana el amante oficial de Salvia.

Tras él apareció en el dintel de la puerta la atildada figura de un esclavo de la Galia, que dijo con acento solemne y algo francés:

— La señora está servida.

Fué aquello como un resorte para los estómagos exhaustos de los presentes, sobre todo para el de Publio Tito, que desde que disfrutaba las caricias de la jamona se convidaba todos los días a comer con la familia, no por miras ocultas y maquiavélicas, sino *por mor* de los doce sestercios (1) que le hubiera costado el cubierto del almuerzo en cualquiera de los *restaurants* económicos del Foro.

Se comía aquel día en el *tablinum* particular de Salvia.

El comedor adonde fueron los invitados era una coquetona pieza tapizada de color carne de impúber, que era el preferido por ella para las piezas íntimas; un soberbio trinchante de bronce de Guatemala, producto de un botín apresado por el tercero de sus maridos y padre de Tulia, en la guerra que hizo a los Parthos, erguía el prestigio de sus bajorrelieves adosado al testero principal del refectorio; dos *vomitorium* (escupideras, que decimos hoy) se alzaban junto a él como savia profilaxis de un posible atracón de los invitados, y en el muro

(1) Unas tres pesetas nuestras...; es decir, del que las tenga.

derecho un soberbio piano de cola de Goma (ciudad arábiga) dejaba escapar, cuando alguien lo tocaba, el nácar de sus notas, mientras un biombo traído por el cuarto marido de la jamona, de Bombay, y un chinero llevado por un mozo de cuerda del Transtíber, del vasto almacén de la Vía Flaminia, completaban el exotismo desopilante de esta abigarrada habitación. Triple arco de mármol pentélico se abría sobre el Tíber, y la mesa en el centro, y sobre ella un centro de mesa, invitaba a los sentidos al consuelo de una comida episcopal espolvoreada con las libaciones de una bodega de convento medioeval.

Ocuparon los invitados sendos triclinios alrededor de la tábula, sentándose la dueña frente a Tarquino y al lado de Tito, y la gentil Tulia frente a éste; presidiendo aquel conjunto heteróclito se alzaba en un rincón de la estancia un busto en bronce del padre de Tulia (el que trajo el trinchante) en la misma postura que tenía al ocurrir su muerte en Persia, donde residía desde un año antes del nacimiento de su hija. Esta circunstancia hacía que entre los familiares de Tulia existiesen ciertas dudas sobre quién fuese el verdadero padre de la criatura.

Cuatro esclavos de África servían la comida, que había empezado ya, en medio de una *causserie* deliciosa.

— ¿Y es cierto — interrogó Tarquino — que

le han puesto un parche poroso a la Augusta?

— Te diré, hijo — gorjeó Salvia — ; no ha sido un parche poroso, sino unos calomelanos. Todo fué porque en el último banquete imperial la estancia estaba algo fría, y la Augusta sintió en sus riñones la trepidación de lo desconocido.

— Iré a darle la enhorabuena — dijo Tito.

— ¿Por los calomelanos?

— No; por la trepidación.

— Y a propósito de trepidaciones: ¿se sabe si se ha entablado ya ante la tercera curia el divorcio de Sipia y su marido? — insinuó la angelical Tulita.

— No; pero se entablará un día de éstos; ¡otro *ménage* deshecho! Y todo por una tontería: porque Sipia se empeñó en ir la otra noche a la cuarta del Domiciano vestida de Sabina.

— ¡Claro! El marido temería el rapto.

Todos rieron la ática ingeniosidad de Tarquino, mientras unos barbos en escabeche rellenaban los carrillos rojizos. Este plato era uno de los más caros de la cocina romana, pues los barbos habían de traerse a pulso desde las orillas del Pireo, y sabido es lo caros que en Roma estaban los fletes, a pesar de la contraria afirmación de varios historiadores. El barbo más exquisito era el barbo hembra, es decir, la barba, habiéndolas de todas las clases: corridas, sesgadas, hirsutas, etc.; en los platos del servi-

cio de Salvia alternaban los machos y las hembras, rodeados todos ellos de un circuito de adormideras próceres que los daba muy buen ver.

— A propósito del Domiciano: ¿habéis visto la nueva revista? — murmuró Tito.

— ¿Cuál? *¿Ya somos trece?* Deliciosa; la vi la otra noche — dijo Tarquino.

— ¿Y es cierto que sale un coro de nodrizas lactando y que se cantan unos *couplets* de un verde frisonante?

— Sí, mamá; los *couplets* de la noche de Júpiter. Graciosísimos.

— Iré a darle la enhorabuena — chilló Tito.

— ¿A Júpiter?

— No, al autor: gran amigo de todos.

— ¿Quién es?

— ¡Quién ha de ser! Plotinio, el cancionero del amor y de la risa.

— ¿El casado con la chica mayor de las de Servio Paulo?

— El mismo; ¡qué estro, qué imaginación, qué fantasía!; pero sobre todo, ¡qué estro!

— Qué estropeada está la mujer; ayer la vi en el triduo del templo de Diana — murmulleó la gentil Tulita mientras se llevaba un barbo a la boca y se limpiaba la barba.

— Lo que me han dicho que está precioso es el paseo de carros del Janículo.

— Hombre, sí, sobre todo cuando no hay

nadie. ¡Qué boscajes más tupidos para esconder en ellos los quejidos de un alma! — dijo Tito mirando acarnerado a su amor.

— Lo cierto es que cada día hay más lujo en Roma.

— Y más follaje.

El segundo plato lo formaban unos filetes de tortuga con salsa perversa; sobre él cayeron nuestros amigos mientras el Ganimedes de tanda vertía en los vasos el oro líquido de cien vinos ancestrales. En el centro de la mesa unas botellas esmeriladas de cuello vuelto ostentaban en su abdomen un pomposo anagrama que decía: *Vino de Istria.* Era un vino generoso reservado para los postres, y recomendamos al lector que no pierda de vista tan sabrosas vasijas, pues en ellas reside la clave de algo que después ha de llamar nuestra atención.

Hechos los honores a la tortuga, la conversación se hizo más lenta, pero no menos chispeante; por debajo de la mesa se disfrutaba un espectáculo curioso: un callado rigodón de ocho pantorrillas había comenzado a bailarse desde el principio de la comida, formando pareja las piernas de Salvia con las de Tito y haciendo el *bis* las de los esposos.

Cuando algún esclavo se bajaba al suelo para recoger cualquier artefacto caído, podía gozar inconsciente de la vista de tamaña orgía de los remos; y con una excitación muy explica-

ble corría a la cocina a contar a cualquier *ancilla fregatrix* los episodios del baile subtabular.

Siguieron unos platos canallas: de ellos gustaba mucho la dueña de la casa, siguiendo en esto la tradición de la aristocracia romana, que, por una extraña perversión, gustaba de mezclar en sus comidas, de un orientalismo lacustre, manjares de burdel y de taberna. Eran estos platos unas alubias con chorizo epicúreo y una ensalada de cebollas agnósticas con pimientos del Piamonte. El diálogo continuó versallesco:

— ¿Es cierto lo que he oído decir esta mañana a la salida de las Termas? — baló Tito.

— ¿Qué es ello?

— Que Diómedes, el tribuno de Agripa, había sido atacado por las Furias.

— Sí; ha perdido el sentido moral a consecuencia de una ducha de agua fría.

— ¡Qué horror!

— Todo el día se lo pasa en su cubículo, sin más ropa que la puesta, es decir, ninguna, pidiendo a gritos que le lleven doncellas y mancebos para calmar su satiriasis.

— ¿Dónde vive? — preguntó Tito.

— ¿Vas a darle la enhorabuena también?

— No; iré a informarme de su salud. Es visita de casa.

—¿Pero es peligroso? — arriesgó Salvia.

— Fuera de su manía, no; en dando pasto a su carne, queda convertido en un cordero. Eso

sí; el apetito es insaciable: no hay quien pueda con él.

— ¿Vive en la Vía Marcina, 69 duplicado? — preguntó anhelante la jamona.

— Exacto.

Por los rostros, congestionados por la comida y las libaciones, pasó una ráfaga de lujuria; la figura del hermoso Diómedes, sin más traje que el de la ducha, devorando impúberes como quien come cacahuete, tenía demasiado relieve en aquel mediodía caliginoso y fluvial, para no excitar al rojo las epidermis de los comensales. La anfitriona, sobre todo, quedó presa de una honda preocupación interna, pensando que no iba a tener más remedio que visitar al loco prodigioso; aquel 69 duplicado tenía demasiado atractivo para ella, que se sentía llamada hacia el enfermo como el imán hacia el acero, o viceversa. El rigodón de las piernas se hizo más intenso, y quizás alguna mano furtiva hizo su aparición en las reconditeces de los bajo vientres. ¡Diómedes! ¡Que perfume de bosque pagano se escapaba de su cubículo! ... ¡Y todo por una ducha! ... Decididamente, la felicidad estaba al alcance de cualquiera. Salvia, previsora, haría tomar en adelante a sus queridos duchas frías a fabulosa presión.

La hora tenue de los postres era llegada: los plátanos, las ciruelas, los pisapapeles, las uvas, los sicomoros y las fresas de Sicilia extendieron

sobre el tablero la policroma variedad de sus cascadas, mientras por debajo de la mesa continuaba la batalla, resolviéndose quizás en otra cascada amorosa. Salvia interpeló al Ganimedes: „El Istria". Y el mancebo, empuñando con elegancia las botellas, fué vertiendo en los vasos murrinos la alegría de los viñedos de la patria de los histriones. Un tenue velo purpurino matizado de reflejos de esmeralda brilló en los cristales, irisando sus paredes de una orgía sangrienta y voluptuosa; la luz cenital doblaba sus rayos en la superficie carmesí del divino néctar, y los efluvios de un licor mareante poblaron el aire de aromas de botillería. El dios Baco sonreía pestilente desde su altura, y las bacantes, desde sus puestos esquivos, invitaban a los hombres a embriagarse con sus risas; fueron las bocas de los invitados a los vasos respectivos, y fueron los vasos a las bocas ansiosas, que ya manchaban la púrpura de sus labios con el bermejo mosto de reflejos opalinos; los ojos se cerraron en éxtasis, los paladares tremolaron con un cosquilleo, y las fauces aprisionaron el líquido con voracidad soñadora.

— ¡Por Psiquis!

— ¡Por Baco!

— ¡Por Diómedes!

Salmodiaron los bebedores, y depositaron en su interior el contenido de las botellas. Por sus venas se desató un volcán, por sus ojos

circuló una nubecilla de ensueño, y de sus cerebros estallaron chispas de optimismo y canto a la vida.

Salvia, que por prescripción facultativa no podía probar más licores que la leche y los rábanos, se abstuvo en absoluto de libar.

¿Qué tramaba la ladina?

Bajo la mesa se había perdido ya toda noción pudorosa; servido el café de la Arabia y retirados los esclavos, los comensales añadían al juego de los pies el de las manos, libres ya de la ocupación de la comida. Salvia, con aquel ardor que la invadía en la hora de la siesta, había remangado su túnica hasta más arriba de las rodillas, dejando aquellos parajes carnosos al libre arbitrio de los dedos juveniles de Tito; las manos de la jamona se perdían en los intersticios de la toga del joven, como palomas torcaces en los senderos de un bosque de pinos.

Por largo rato siguió el doble diálogo de impurezas; al fin Tarquino, en los límites de la incontinencia, lanzó el clásico „¡Que aproveche!", y salió, oprimiendo el talle de su mujer, en dirección al cubiculo, a añadir un capitulo más a la historia de los Tarquinos.

Salvia, al verse sola con Tito, arrojó por la borda rancios respetos, y, cayendo furiosa sobre el joven, le regaló con el digestivo de sus pechos mórbidos y proteicos. Corramos un velo sobre

ambos, y salgamos del comedor en busca de un poco de aire.

. . . .

Una hora después, en el cubículo de la jamona, ésta y Tito se despedían efusivos; chocábale un poco al joven la precipitación con que su amante había dado por terminada aquel día la siesta amorosa; mas como en aquellas relaciones a él le tocaba el papel poco airoso de la obediencia, se dispuso a salir con la miel en los labios y lamentando amargamente la falta de repetición de ciertos desmayos. Salvia, con un temblor nervioso en la frente, ganó el pasillo apenas se vió sola, y, excitada por el aperitivo de las caricias que de Tito acababa de recibir, se dirigió al cubículo de Tarquino.

No se ocultaba a la perspicacia de la gozadora que si atacaba al joven por derecho llevaba las de perder; pues, preocupado Tarquino con las caricias de su esposa, era casi seguro que rechazase las proposiciones de Salvia.

Pero una mujer licuefacta por un hombre halla siempre medios de conseguir sus caricias, y Salvia fuése derecha al logro de sus aspiraciones; cogería a Tarquino desprevenido, lo pondría a su disposición completamente privado de sentido, se arrojaría sobre él..., y ya se encargaría ella de que el despertar fuera tan dulce, que no le quedasen ganas al joven de escapar de los brazos de la maestra.

El vino de Istria, que con tanto deleite bebieron nuestros amigos a los postres del almuerzo, contenía en su seno un suave polvillo de adormideras de Siria; Salvia, escudada en su prescripción facultativa, se abstuvo de probarlo, y asi pudo contemplar serenamente cómo tres seres inocentes apuraban glotones el bálsamo que había de ponerlos a su completa disposición un poco después; despediría al amante para que el efecto del narcótico le cogiese fuera del Palacio; dejaría que Tulia reposase sin sentido, y pasaría ella al lecho de Tarquino, donde éste, vencido ya por el narcótico, se entregaría inconsciente a la lujuria de la matrona.

El plan, como se ve, estaba bien pensado, y ella misma se encargó de verter en las botellas del rojo licor el polvillo ceniciento de las adormideras.

Caminando por los pasillos iba la experta, con las sienes temblorosas y el rictus de sus labios agitado por el deseo. Atravesando por una sala de arquitectura pompeyana, llegó por fin a las habitaciones de los esposos, y lanzándose al pasillo, fué apagando el ruido de sus pasos; al llegar frente al cubículo de Tarquino se detuvo y escuchó.

Un quejido lento y angustioso llegó a sus oídos. La voz de Tarquino se percibía envuelta en un nimbo de quejumbre y amargura, y había en ella algo de lamento desesperado del mori-

bundo; para más aumentar la confusión de la perversa, comenzaron a llegar del cubículo de Tulia idénticos ayes e idénticos gemidos. Un dúo doloroso irrumpió al fin en el tenue callar de la siesta, y el murmullo de la corriente del Tíber, que hasta allí llegaba, iba siendo ya desfigurado por los crecientes gritos de dolor de los jóvenes esposos. De pronto un formidable aullido de bestia herida partió del cubículo de Tulia, rasgando el tímpano de su madre; a él siguió otro y otro, cada vez más intensos, y el instinto materno apartó a Salvia de la puerta del aposento de Tarquino y le hizo entrar con violencia en la cámara de su hija, abriendo con golpe rudo la puerta que daba al pasillo. Un espectáculo aplanante arrasó los ojos maternos; en el centro de la estancia, y cubierta apenas por su túnica de noche, se revolcaba frenética la agonizante figura de Tulia con una palidez mate en la piel y un brillo verdoso en las órbitas; sus manos, con crispación de náufrago, se agarraban anhelantes al vientre como en una suprema evocación de martirio. La madre se arrodilló junto a ella y comenzó a distribuirla sus consuelos: en vano la interrogaba con cariño; en vano pretendía contenerla en sus vaivenes, y viendo que sus esfuerzos eran inútiles para calmar el horrible sufrimiento de la joven, corrió loca a solicitar el auxilio del esposo.

Pero entonces ocurrió algo grotesco: al salir

de nuevo Salvia al pasillo se tropezó con la figura desencajada y mortal de Tarquino, que, con las manos en el vientre, daba ayes muy parecidos a los de su esposa; quiso la matrona detenerlo y contarle lo que en el aposento de Tulia ocurría; pero el patricio, con voz cavernosa, se separó de ella diciendo: „¡Dejadme en paz; no puedo más!“ Y echando a correr, se internó por un obscuro receptáculo en cuyo centro estaban las cloacas.

Volvió al cuarto de su hija, y con ayuda de dos esclavas que habían acudido al ruido, condujo al lecho a la joven, que a poco cayó en un sopor de olvido y de refrigerio. Mientras tanto, Tarquino volvía lento de su visita repentina, murmurando por lo bajo: *¡Maldita tortuga! ¡Siempre me pareció un alimento pesado!*

A media tarde quedó todo en calma en la mansión patricia, y Salvia, viendo a sus hijos en reposo, abandonó las cámaras nupciales, corriendo preocupada a la suya. En el bullir de aquella siesta de angustias había un enigma por resolver, y ella se dispuso a descifrarlo con ayuda de su claro talento. Para ello penetró en un cuartucho que a modo de desván se abría a la izquierda de su cámara, y allí, encerrándose por dentro, se entregó a un minucioso examen. Adosados a los muros se extendían los distintos compartimentos de un armario, poblados de frascos, cacharros y cajoncitos: era aquélla la estan-

cia en que Salvia guardaba sus perfumes, pinturas, medicamentos y filtros amorosos y de agua.

En aquella habitación había preparado Salvia unas horas antes las botellas de vino de Istria, de cuyo adulterado contenido esperaba ella obtener tan sabrosos comentarios; y examinando ahora con detenimiento los cajoncitos de donde había extraído poco antes el material para sus maquiavelismos, vino a caer en la cuenta del craso error que había cometido y que había dado al traste con su plan sabiamente preparado. En efecto; de uno de los cajones extrajo la matrona dos botecitos de idéntico tamaño y colorido igual, en la tapa de uno de los cuales se leía: *Adormideras núbiles*, mientras en la del otro se mostraba este letrero: *Magnesia calcinada y concentrada. — Dos cucharaditas de café para cada toma.* Aquí estaba la explicación del enigma. Salvia, al llenar las botellas, se había equivocado de botes, y había vertido en el vino nada menos que diez y seis cucharadas de sopa de la impúdica magnesia; con tan fatal equivocación había provocado la tragedia en el intestino de sus invitados y había desarrollado la catástrofe en sus estómagos cerúleos. Y, lo que es peor, se había cerrado torpemente las puertas del goce de la carne joven de Tarquino. Pensando en esto con despecho, Salvia derramó una lágrima sobre el bote de la magnesia.



V

LA CUARTA DEL DOMICIANO

La coquetona salita del teatro de la Vía Viminalis aparecía semidesierta; había terminado la sección de las diez de la noche, y sólo cuatro patricios aburridos aguardaban en las butacas el principio de la última sección; los acomodadores, al fondo, poblaban el aire con sus bostezos, y la luz de las antorchas, disminuída para el entreacto, daba sus tenues reflejos con un chisporrotear de pesadilla. La sala no tenia nada de particular en su decorado; este teatro, edificado tres años antes por el cónsul Domiciano en celebración de la muerte de su padre político, tenía toda la apariencia modesta de un lugar de esparcimiento de la plebe romana. Eso había sido hasta ahora, y eso hubiera continuado siendo si un capricho de Julia, inmediatamente secundado por la aristocracia roma-

na, no hubiera convertido aquel mechinal de humilde apariencia en centro de ostentación del lujo y del vicio de las clases elevadas.

Ocurrió que un mercader de la Frigia, llamado Sósimo, arribó a Roma tres meses antes con la bolsa llena de denarios y el ánimo propicio a la especulación y al negocio; unos días anduvo el hombre indeciso sin saber en qué asunto emplear su dinero, hasta que, por fin, aconsejado por un agente de negocios de la Basílica Julia, decidió arrendar el teatro Domiciano para realizar en él una campaña reconfortante, y formó una compañía cómica a cuyo frente puso al célebre histrión Estefanio y al bufón Hylas, y de la cual formaba parte la genial Lija, la favorita del público romano, la que con sus picardías y sus pantorrillas sacaba de quicio a los más robustos miembros del Senado e impulsaba al suicidio a los jóvenes animosos del *Juvenalia*. La compañía empezó a cultivar el género francamente pornográfico, ofreciendo a la admiración lujuriosa de la masa unas revistas y unos *vaudevilles* de un verde furioso, alternando con bailes picarescos y sátiras políticas, entonces muy en boga.

El éxito fué asombroso; una noche, sin previo aviso y sin que nadie lo esperara, se presentó Julia en un proscenio rodeada de su corte de aduladores; la ola verde del espectáculo estaba en aquel momento en la cúspide de su ele-

vación, y la hija de Augusto escuchó complacida y aplaudió a rabiar, entre los vítores del público, qne al ver sus predilecciones sancionadas con la presencia y el aplauso de una persona augusta, desbordó su entusiasmo y convirtió la ovación a los histriones en apoteosis de una mujer y de una tendencia.

No fué menester más; el suceso eclató por toda Roma, y desde la noche siguiente la cuarta del Domiciano fué el punto de reunión de los patricios perversos y de los viciosos elegantes. Para que nada faltase en la ventura del empresario, los puritanos, los graves y austeros puritanos, empezaron a frecuentar el teatro desde que la sagacidad del frigio intercaló en su cartel la representación de dos o tres obras de los ñoños cultivadores del teatro clásico, en las cuales, con una pedantería abrumadora, se hablaba a todas horas de la Roma clásica, de la Roma salvada por las virtudes de sus hijos, y se hacía la apoteosis de la castidad y de la pureza y la condenación del vicio y el sensualismo. Los innovadores escuchaban estos reótoros entre bostezos y cabeceos, aderezados con alguna que otra cuchufleta inofensiva; y los puritanos las oían extasiados, con la boca abierta, sin perjuicio de arrojar miradas subversivas sobre las pantorrillas de las chicas y los chicos del coro. Livia, la propia Augusta, la hembra honesta y virtuosa, asistia de vez en cuando a

estas funciones clásicas, retirándose al llegar la cuarta sección, en que el amor se desbordaba en el escenario y la risa y el deseo en la sala, siendo acompañada en su retirada por la mayoría de los arcaicos, si bien algunos se quedaban con el pretexto de conocer de cerca el mal para maldecirlo y abominarlo. Pero el triunfo era de la hora verde, y gracias a ella gozaba el teatro de su espléndida popularidad.

En aquella noche se representaba en la última sección la revista de gran éxito *Ya somos trece*, donde había de todo: sátira política, danzas, *couplets* y exhibiciones carnales. Cinco minutos antes de comenzar el espectáculo empezaron a llegar los primeros espectadores; en el fondo azul de los aposentos laterales fueron dibujándose las airosas figuras de algunas doncellitas romanas acompañadas de sus respectivas mamás, mientras en el pasillo central de la sala iban apareciendo lentos algunos pollos atildados; el tono obscuro de los asientos de la sala desaparecía bajo las telas claras que vestían los recién llegados, y un murmullo creciente de conversaciones iba poblando el recinto. Al lado del aposento de Julia tenía el suyo la Sociedad de palcos, formada por una docena de jóvenes viciosos y presidida por Cayo Sempronio Graco; en otro aposento del centro se veía la interesante figura de Ovidio, acompañado de su mecenas Mesala Corvino, el abu-

rrido elegante de aspecto tuberculoso; más allá, Cayo Flavio y su primo Licio acompañaban a unas jóvenes conocidísimas en Roma, las de Horacio Lillo, a quien el público, por su historia un poco picante, llamaba *las Mostacillas;* sus ojos se fijaban ansiosos en todo joven de regular palmito y sonreían perversas con sus bocas ávidas.

En un aposento de al lado del escenario apareció Salvia con el joven matrimonio; un varón de diez y ocho años les acompañaba: era el sucesor de Tito, el amante de una semana, que después de aquel suceso del vino de Istria, cuyos efectos sufrió en plena calle, había caído en desgracia con la jamona. Como se ve, ésta iba rebajando paulatinamente la edad de sus queridos: Tito tenía veintidós años; este de ahora, diez y ocho; una de *las Mostacillas* decía con frase feliz que, de seguir así, la suegra de Tarquino llegaría a asistir a los partos de las amigas para esperar el nacimiento del amante. La presencia de Salvia produjo en el teatro, ya casi lleno, un revuelo de deseos y de calentura. ¡Iba guapa de verdad la coqueta! Con el pelo sabiamente arreglado sobre la frente, lucía una túnica verde apoplejía que se separaba en el pecho con un descote prolongado hasta la mitad del vientre. Los globos inmensos de sus senos bailaban gozosos al menor movimiento de la excelsa, y la curva amplia de sus brazos

al aire llevaba a la mente de todos el deseo de un lazo de caricias.

En el proscenio de la derecha apareció Julia. El público, al verla, se puso de pie, y la orquesta, ya en su sitio, preludió en obsequio de la recién llegada la polca de *Los cocineros*, pieza muy conocida, de Plauto. Rodeaban a la hermosa seis o siete jóvenes de los más famosos: Labeón, Tulino Marcino y otros, y al frente de todos Sempronio Graco, con su eterna dejadez de escéptico. El espectáculo podía comenzar. La sala, llena hasta la atrofia, brillaba de aroma y colorido. Las principales familias de Roma, las de Prébulo, las de Tito Graco, las de Colatino, las de Indíbil y muchísimas más alegraban con sus risas el local, mientras varios jóvenes en estado de merecer recorrían al desgaire el pasillo central, adoptando posturas asesinas en cuanto divisaban el rostro jocundo de la pretendida.

En un palco del fondo llamaba la atención la grave figura del senador Marullo; este respetable señor había tomado tan en serio los mandatos de la *Lex de maritandis ordinibus* (que trataba de excitar el celo de los casados para la procreación), que en tres años que tenía de existencia dicha ley había lanzado al mundo la friolera de veintisiete criaturas, todas sanas y viables. Aquella noche había querido llevar al teatro a toda la familia, y para ello había

tenido que tomar tres aposentos, distribuyendo en ellos a su dilatada progenie, casi toda en brazos de unas nodrizas de la Panonia, que era donde se producían las mejores amas de cría del Imperio. Ansiaba Marullo que sus tiernos vástagos comenzasen desde pequeños el aprendizaje del amor para dilatar en el porvenir la estirpe de los Marullos, y allí los tenía en espera de un espectáculo eminentemente excitante, lanzando de cuando en cuando tenues vagidos petitorios del jugo lácteo, o demandantes de necesidades más perentorias; su esposa, fea como la abstinencia, mostraba orgulloso en uno de los aposentos la curva dilatada de su abdomen, en el cual se fabricaba a la sazón el cuerpo sonrosado del vigésimoctavo de los Marullos.

Las más tiernas doncellas de las butacas y de los aposentos miraban con envidia al prepotente senador, que tan grandes pruebas había dado de la energía de su espíritu en los trances supremos del amor, y *las Mostacillas*, mirándole irónicas, le apodaban el „Gran constructor de marullerías".

El movimiento de la orquesta indicó al público que el espectáculo iba a comenzar; por la sala corrió un tremolar de alegrías, y los rezagados se acomodaron en sus asientos. La orquesta estalló en un himno grotesco; se descorrió la cortina, y apareció en escena la con-

trahecha figura de Hylas el bufón, que, en medio de cabriolas y muecas desatadas, explicó al grave senado el argumento de la revista.

Éste era de una sencillez primitiva: el padre Júpiter tenía una hija, Serafina, a quien no encontraba medio de casar con nadie; agotada la paciencia del olímpico, anunció un concurso entre los habitantes del Parnaso, prometiendo que aquel que se decidiese a llevar a Serafina al altar sería premiado por el suegro con la concesión de un doble atributo varonil y del consiguiente aumento de capacidad engendradora; al concurso se presentaron doce robustos mocetones, ninguno de los cuales logró agradar a la esquiva Serafina, hasta que por fin vino el que hacía el número trece, y a su sola vista cayó la doncella en sus brazos deslumbrada de pasión; murmuraban los demás pretendientes: ¿qué poderoso talismán posee este socio, que así atrae a la hija de Júpiter? Al final de la revista se descubre todo: el pretendiente número trece conservaba todavía el perfume virginal con que vino al mundo, pues jamás había tenido contacto con mujer, y esta apetitosa circunstancia fué la que le dió el triunfo. En la obrita se aprovechaba la menor ocasión para hacer alusiones políticas de actualidad, y esto aumentaba su interés; por ejemplo: uno de los pretendientes era Verrio Flacco, y otro el actual *Prefectus urbis*, Paulo Murrino, cuya disipada

conducta y aficiones efebales eran proverbiales en toda Roma.

Comenzó la obra; Júpiter, preocupado por la suerte de su hija, se entregaba a toda clase de desesperaciones.

— ¡Maldito sea el queso! — exclamaba el Divino —. Eso de que yo tenga que cargar para toda mi vida con la alimentación de la chica, es cosa que me encocora. ¡Por vida de las nueve musas! ¿Pero es que no habrá en todo el Parnaso un socio lo suficientemente tonto para cargar con ella? (Quedaba pensativo, llevándose las manos a las narices.)

Entonces entraba el dios Príapo, que era el hombre de confianza de Júpiter y su secretario particular; al ver la aflicción de su principal, le sugería la idea del concurso con el premio consiguiente, y Júpiter, gozoso, la aceptaba, ordenando a Príapo que al día siguiente apareciera en la cuarta plana de todos los rotativos del Parnaso. Acto seguido, y como final del primer cuadro, ambos se cantaban un dúo que tenía un marcado sabor mitológico:

— Yo soy Júpiter Olímpico,
natural de Albarracín.
— Y yo Príapo, el hermoso,
guapo mozo porque sí.
Sí, sí.
— Si caso a la chica, mi dicha es completa.
— Y yo entusiasmado, me hago la... *toaletta.*
(Se ponía a arreglar su peinado.)

Y así continuaban diciendo incongruencias al arrullo de una música retozona.

Cayó la cortina para la mutación, y un actor modesto se adelantó azorado a la batería; el público al verle, hizo un mohín de disgusto, pues preveía alguna sustitución enojosa; pero el golpe fué mayor de lo que todos esperaban; el histrión dijo con voz truculenta:

— *Respetable público: Repentinamente atacada de una erupción cutánea en los apodísticos mamilares, la distinguida atriz señorita Lija se ve privada de tomar parte en la representación de esta noche y constreñida a tomar unos baños de pies, que parece ser que son mano de santo para esta clase de erupciones. El papel de Lija lo hará la robusta y consecuente atriz Merecia la Sorda, que se recomienda a los efluvios bondadosos del senado; también se recomienda por la pastosidad de sus curvas. ¡Ave, patricios!*

— *¡Avechucho!* — gritó una voz de trueno en las alturas, donde se refugiaba la plebe, y la tempestad estalló formidable. ¿Qué iba a ser la revista sin Lija? Porque hay que advertir que el papel de Lija era un papel áspero, rugoso, y el mejor para sacar brillo a las escenas de la obrita; y luego, ¿quién era aquella Merecia la Sorda? Alguna concubina del empresario, seguramente, a quien Sósimo querría lanzar en pago de favores ocultos. Esto era innoble y, además,

inmoral; sí, sobre todo, inmoral: había que protestar con fuerza. Y los gritos arreciaron, llenándose la sala de una lluvia de denuestos. Cayo Licio, desde su aposento, apostrofaba a la plebe. „¡No debemos tolerar esto! ¿Es que nos creen cabritillos lechales?" El público de escaños y aposentos, más correcto, mantenía su queja sorda, y entre aquel mar de protestas de un pueblo a quien arrebatan su ídolo, se corrió la cortina para el segundo cuadro.

Los gritos amenguaron un poco a la vista de la espléndida *mise en scène*, y los más razonables fueron imponiendo compostura.

El cuadro comenzaba con un coro de pretendientes, todos robustos y apolinos, menos el que representaba a Verrio Flacco, que era escueto como una quisquilla; el coro entonó monorrítmico:

— Somos los pretendientes
de la hija de Jové.
Venimos prepotentes
con ganas de... hidro-miel.
En la prensa hemos leído
el anuncio singular,
y corriendo hemos venido
la doncella a enamorar.

En esto salia Júpiter en traje de recepción, siempre acompañado de Príapo y de su corte. El padre de los dioses examinaba uno por uno a todos los pretendientes, y al ver la escuálida

figura de Verrio Flacco y la afeminada del *prefectus* Murrino, les preguntaba si también ellos aspiraban a la mano de su hija; y al oir la contestación afirmativa de ambos, prorrumpía en una olímpica carcajada y cantaba los siguientes *couplets*, acompañados de una música canalla y coreados por los pretendientes:

Un viejo a una doncella
pretende enamorar,
y al acercarse a ella
comienza a babear.
Y entonces la muchacha
le dice con candor:
„Tendrá usted que bajarse
los humos de amador".

CORO. No hay más remedio,
no puede ser.
Cuando la edad se acaba...
se acaba de... una vez.

El público reía malicioso, y pedía a voces e *bis;* Júpiter, complaciente, repetía:

Un súcubo amoroso
siguiendo fué a un galán,
y al verle el movimiento
creció su amor carnal.
Y al ir ambos al lecho
le dijo el rosicler:
„No puedo, caballero;
soy súcubo también".

CORO. No hay más remedio,
no puede ser.
Con dos que hacen lo mismo...
no hay medio de... entender.

La plebe pedía uno y otro *couplet*, y el padre de los dioses los daba con galantería, cada vez más subiditos de color; por la sala se extendió un hálito de lujuria, y los ánimos se iban caldeando para la próxima presentación de Serafina. *Las Mostacillas*, cada vez más rojas, se apretaban distraídas contra sus acompañantes, y Salvia, en su aposento, estrechaba la mano de su amante y rozaba con su pierna las suyas, robustas y ardorosas.

Terminados los *couplets*, un *nomenclàtor* celeste, representado por una linda muchacha semidesnuda, anunció la llegada de la hija de Júpiter; en la sala hubo un revuelo de curiosidad, y en el escenario los histriones se apartaron a un lado para dejar libre paso a la comitiva de Serafina. Apareció ésta completamente desnuda y llevando sobre los muslos una tenue banda de gasa amoría. Era una rubia espléndida, de ojos risueños y formas procaces, que mostraba a la enardecida concurrencia el prestigio de sus pechos, robustos y firmes, y la escultórica proporcionalidad de su cuerpo, de trazos firmes y sensuales; en su rostro habia una diabólica expresión de lujuria, y del rojo mate de su boca se

escapaba un perfume enloquecedor que llenó la sala de deseos. En el público hubo un movimiento de asombro: ¿y era aquélla Merecia la Sorda? ¿Y aquel cuerpo de diosa de la lujuria era el entretenimiento del mercader Sósimo? La memoria de Lija fué borrándose de la mente de los espectadores, ya absortos y embebidos en la contemplación de aquella maravilla de mujer. ¿Qué iba a suceder cuando esta Venus rediviva abordase las voluptuosidades del tango del último cuadro?

La obra seguía. Serafina, desdeñosa y altiva, examinaba con ojos escrutadores la figura de cada uno de sus pretendientes. Rodeada de sus damas de honor, iba rechazando a todos los aspirantes a su mano, y al llegar a Verrio Flacco y a Murrino volvía el rostro asqueada. Júpiter con mirada ansiosa, seguía los movimientos de su hija, y cada vez que ésta despreciaba a uno de los concursantes, el padre de los dioses soltaba una interjección en el idioma del Lacio y se arrancaba un mechón de pelos de la rubia peluca.

Descartados ya todos los pretendientes, se adelantaba Príapo y anunciaba que un mancebo de rostro agraciado y tímidos modales aguardaba en la antecámara el momento de ser admitido a la presencia divina: era un nuevo pretendiente; pero, temeroso de no haber podido competir con los doce restantes, había pacien-

temente aguardado a que Serafina hiciese su elección para, en el caso en que aquélla no se decidiese por ninguno de los presentes, solicitar él la admisión al concurso. Serafina, irritada, se negó a recibir a más solicitantes; pero ante los ruegos de su papá y de las damas de honor, que suspiraban anhelantes por contemplar al mancebo tan bien recomendado por Príapo, accedió a regañadientes y se dispuso a escuchar al nuevo amador.

Un golpe de platillos sonaba en la orquesta, y de la mano de Príapo hacía su presentación en la escena el mancebo virginal, admirablemente caracterizado en el actor Estefanio, jefe de la *troupe* y hombre de una belleza extraordinaria. La hija de Júpiter, ante aquella maravillosa aparición, cambiaba en absoluto de actitud: con el rostro encendido, los ojos en blanco y la boca anhelante se lanzaba al encuentro del mancebo, y antes de que éste pudiera darse cuenta de lo que pasaba, caía en sus brazos mientras decía entre suspiros: „¡Que nos traigan un triclinio!“ Del techo de la escena descendía entonces risueña la imagen del niño Amor, y disparando certero una de sus flechas, atravesaba con ella los cuerpos de los enamorados.

El público, tumefacto ante aquella pareja, que cada vez se achuchaba con más fuerza, aplaudía frenético y desatado; Salvia, olvidada de todo, se reclinaba sobre la barandilla del

aposento, devorando con la vista a Estefanio y dejando casi pendientes sobre la sala las enormes bolsas de sus pechos; Julia, roja y temblorosa, hacía señas discretas a Merecia mientras dejaba escapar de sus ojos un brillo siniestro de deseo implacable; y por la sala toda se extendió un espasmo de bestia, cayendo en medio de él la cortina para el último cuadro.

Serafina y el mancebo se habían casado en el intermedio; al alzar de nuevo la cortina asistimos a la fiesta de sus bodas. Júpiter, con un soberbio terno de lanilla dulce, no cabía en sí de gozo y ocupaba, rodeado de su corte, un magnífico trono de alabastro de centeno. En virtud de la promesa del padre de Serafina, su esposo había adquirido al casarse la doble potencialidad de un varón *duplex*, y con ella y con la ayuda de los Dioses, había hecho concebir en una sola noche a su esposa seis robustos mancebillos, los cuales aparecían aquí en brazos de sus nodrizas, frente al trono del abuelo. Las susodichas amas de cría entonaban un coro que no tenía nada de particular, pues en él se limitaban a cantar las excelencias de su profesión y la emoción especial que experimenta la nodriza al dar por primera vez el pecho a un mancebo:

„La profesión de ama de cría
se echa a perder de día en día;
y es que el oficio de nodriza
es el que más esteriliza", etc.

Seguían luego unas danzas egipcias que el público presenciaba distraído, a pesar de que las bailarinas se traían lo suyo, porque reservaba todos sus entusiasmos para el tango de Lija. Y después de un breve intermedio de la orquesta aparecían los desposados, él con una magnífica levita a cuadros de paño de Esparta, por debajo de la cual asomaba sus piernas de un vello monástico, y ella completamente desnuda de cintura para arriba y con una falda de gasa que la ceñía las caderas y las piernas, terminando en un arete de oro que casi tocaba el suelo. Las damas de la corte miraban lánguidas al esposo doble, y éste paseaba entre todos su indiferencia, sólo pendiente de los ojos de Serafina. El momento culminante se acercaba; el público se arrellanó en sus asientos y fué tomando posiciones perversas. Júpiter, haciéndose eco del sentir de todos, rogó a su hija con frases llenas de amabilidad que regalase a los presentes con una de aquellas maravillosas danzas de Gádex que ella bailaba mejor que el propio David, con aquella polirritmia salvaje y tempestuosa que las gentes llamaban tango, y que las danzarinas de la Bética habían importado meses antes a Roma.

Serafina aceptó: separóse bruscamente del brazo de su esposo, y, plantándose en el centro de la escena con las manos en los riñones y la cabeza hacia atrás, dió principio a la danza,

mientras la orquesta acompañaba con sus sones orientales y el coro de cortesanos entonaba la letra del tango de la *maroma.*

„Tu sangre..., tu sangre...,
tu sangre me hace cosquillas,
tu boca me hace agujetas"...

Empezó la rubia el lento balanceo de sus caderas, mientras avanzaba encogida a derecha e izquierda; sus pechos saltaban retozones, y sus piernas se plegaban bajo la gasa como si fuese a tocar el suelo con las posaderas. De vez en cuando un movimiento brusco de la rodilla dejaba ver la desnudez absoluta de la pierna, y un violento balanceo del cuerpo hacía oscilar rápidamente el admirable promontorio de debajo de la espalda. De pronto cesaba en sus paseos, y, llevándose ambas manos a la parte superior de la cabeza, avanzaba con fuerza el vientre hacia el público, haciendo con él un remolino de locura y de estupor; un rugido salvaje estallaba en la sala, mientras el coro seguía cantando:

„¡No te acuestes nunca sola,
ni te acuestes con un viejo;
que el hambre, cuando es de veras,
no le calman los pellejos!"

Los brazos al aire, agitados en convulsión, descendían de pronto a la altura de la cadera y

allí seguían agitando el castañeo de sus dedos; con un repentino oscilar dió la espalda al público, y arqueando el cuerpo sobre el vientre, ofreció a la sala el escaparate de sus posteridades; la gasa, tenue como nube, señalaba a maravilla los contornos lineales y dejaba entrever, en el centro del canal sexual, la mancha obscura de un bosquecillo de cabellos. La hija de Júpiter, en el vértigo del movimiento, giraba su carne con embriagadora rapidez... Tuvo que suspender el peligroso juego, porque ya los de las primeras filas de butacas, de pie y frenéticos, amenazaban con asaltar el escenario. El coro salmodiaba:

„Qué te quieres apostar,
qué te quieres apostar,
que te enseño mi maroma
y te tienes que entregar".

Entonces ocurrió algo estupendo: la rubia, ya de cara al público, alzaba sus piernas alternativas hasta cerca de sus hombros; de pronto, agarrando con una de sus manos el aro que remataba la gasa, se llevó la otra a la espalda, y con un movimiento habilísimo desprendió de su cuerpo la falda ceñida, único velo de sus encantos inferiores. Las piernas, las nalgas y todo lo demás quedó al descubierto, y en el centro de aquel paraíso de la carne se veía brillante el poblado bosque del amor; dando vuel-

tas rápidas fué enseñando a todos el doble juego anterior y posterior, y en cada una de sus oscilaciones se llevaba a la rastra cien ojos y cien cabezas de espectadores. ¡Aquello era la locura, la apoteosis, el delirio! El público rugía ya sin intermitencias en un continuo balido de bestias; Salvia, revolviéndose en su asiento, echaba espuma por la boca, mientras se pasaba convulsa la lengua por los labios; Julia, falleciendo de deseos, sonreía a la danzante, y los jóvenes de la Sociedad de palcos aferraban con rabia sus gemelos para contemplar hasta el detalle aquella apoteosis de la carne en funciones. En el aposento de *las Mostacillas*, la mayor de ellas había pasado al antepalco con Cayo Flavio, y allí, sin fuerzas para resistir, se dejaba acariciar por el patricio con todo lujo de detalles. Marullo sonreía satisfecho, comprendiendo que nada mejor que aquel espectáculo para conseguir el cumplimiento de la *Lex de maritandis ordinibus*, mientras miraba enigmático a su señora, como en ofrecimiento de nuevas caricias; la prole del senador había roto en un agudo llorar, no sabemos si conmovidos por el espectáculo o contrariados porque a las respectivas nodrizas se les había retirado la leche momentáneamente; las pobres amas estaban algo conmovidas desde aquel corito del principio del cuadro, y con la danza de Serafina acabaron de emocionarse, sufriendo una ausencia

temporal del jugo lácteo, que fué a poblar otras regiones de su cuerpo.

En la escena, Júpiter, conmovido ante el triunfo de la hija, había descendido del trono y empezaba a marcarse un danzón entre los aplausos de los cortesanos; y el esposo de Serafina, perdida ya la timidez, alzó los faldones de la levita por encima de la cintura, y comenzó a hacer el *bis* al suegro, mientras dejaba al aire algo que a la ardiente Salvia por poco hace desmayar.

El telón bajó entre la ovación estruendosa de la plebe, y el público respiró satisfecho, dando suelta al aire que se enrarecía en sus pulmones.

El triunfo de Merecia fué completo. ¿Quién se acordaba ya de Lija? Aquélla era una sosona comparada con esta rubia apocalíptica. El sudor corría por muchas frentes, y una ola de deseos parecía alzarse de las butacas a los palcos y de los palcos al anfiteatro.

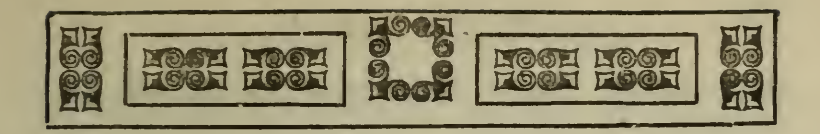
Terminó aquello, y el público ganó afanoso las salidas; todos necesitaban la comida abundante tras de aquel aperitivo, e iban a buscarla con movimientos torpes y rostros congestionados.

La sala quedó en poco tiempo desierta. Afuera, en la calle, la serenidad de una noche de Junio hacía brillar las luces del Empireo; las bigas recogían presurosas a sus dueños, mientras los

peatones se desbandaban en grupo a la luz tenue de la luna.

Las antorchas del frontis del teatro se apagaron; en la calle se entronizó el reino de las sombras. En un tejado próximo un gato y una gata amartelaban sus caricias.





VI

„AMOR CRIMINALIS"

El barrio del Esquilino se desperezaba. La rectitud de la Vía Labicana se ofrecía a la vista con la esplendidez de sus *domus* señoriales, y en el centro de la calzada una doble fila de olmos silvestres derramaba la penumbra en el suelo, aún azotado por el sol vespertino.

Era la hora del Vésper, y los habitantes del aristocrático barrio comenzaban a poblar la calle con el rostro abotagado aún por el sueño; sin embargo, siendo este barrio morada exclusiva de patricios, no se veía en él ese bullir popular que animaba las calles de Roma en las horas del crepúsculo; algunos siervos de casa grande cruzaban rápidos el arroyo, y de vez en cuando una litera portada a brazos de esclavos cabeceaba lenta, guardando en su interior la noble figura de un patricio o la voluptuosa de una

matrona que iba a la novena del templo de Vesta.

Había en el ambiente un algo de aroma de cubículo señoril, mantenido por los efluvios que de las literas salían, y de tiempo en tiempo pasaba al trote largo de sus potros la biga dorada de algún senador o el carro familiar, de vuelta del paseo del Janículo. En el borde de una de las aceras se alzaba un poste rematado en una cartelera de piedra, en la cual se podía leer en gruesas letras el mandato siguiente: *Ite sinistra*, que traducido a nuestro idioma, quiere decir: *Llevad la izquierda.*

Hasta el centro de la calle, y en la acera de la derecha, se alzaba una *domus* recatada y apodíctica; sus ventanales bizantinos se cubrían con estores de cola de vencejo, y su puerta pompeyana ostentaba un biombo de púrpura macilenta. Se desprendía de aquel edificio un aire de misterio y de amor, y del alero de su tejado se desprendía también una teja audaz, mal colocada por algún albañil beodo.

Aquella casa recogida y circunspecta era, sencillamente, un *tapadillo.* ¡Un tapadillo! Nadie que conozca a fondo la historia de Roma puede ignorar lo que eran estas mansiones de amor aristocrático, en el que las más elevadas damas del patriciado ofrecían sus cuerpos al capricho de sus amantes, bajo la salvaguardia perpetua de los dueños de la casa y el dorado

artesón de sus artísticos techos. En aquellas mansiones hospitalarias, presididas por la estatua de la madre Venus, encontraban refugio seguro las notables matronas que, hastiadas de la indiferencia de sus esposos, conferían a un mancebo el sagrado encargo de alimentar el fuego de su carne; los novios impacientes, que estimaban ridículo aguardar el día de la boda para disfrutar de ciertas iniciaciones; los viejos lúbricos, que prendados de alguna doncella la manchaban con sus caricias, siempre inofensivas y sin consecuencias; las lesbianas ardientes, que hacían de su amor unisexual un nuevo culto, y los platónicos amadores de jovenzuelos efebales, que hacían radicar el amor en un punto atrasado y ancestral; en una palabra, cuantos necesitaban para su pasión el escudo de la sombra y para sus caricias el manto protector del misterio.

Al publicarse dos años antes la *Lex Julia de adulteriis*, ridícula venganza de cuatro puritanos cornudos, los tapadillos comenzaron a ser objeto de una persecución solapada; pero bien pronto la realidad se impuso con sus prestigios y la persecución fué cesando lentamente, sobre todo desde que los individuos de la sección de higiene de la Prefectura, en una de sus requisas indagatorias, sorprendieron a uno de los firmantes del dictamen senatorial de dicha ley, que, desprovisto de sus ropas, acariciaba con

malicias a una doncella virginal y pura. Hechos de esta naturaleza y el imperio de la necesidad obligaron a las autoridades a hacer la vista gorda, continuando los tapadillos su vida tranquila y respetable; y si bien es cierto que en la anterior persecución desaparecieron algunos, esto sirvió para acrecentar más la fama y el prestigio de los restantes, pues en los últimos años se habían fundado dos o tres de pobre presentación, que fueron los que la mano del prefecto se encargó de clausurar en holocausto al buen gusto.

Todos ellos radicaban en el barrio del Esquilino, pues su clientela era exclusivamente aristocrática, y la circunstancia de no estar abiertos más que hasta la hora de vigilia (nueve de la noche) les libraba de ser teatro de escandalosas orgías, que parecían exigir para su mayor brillantez el decorado especial de las altas horas de la noche. En estas casas todo era tranquilo, aunque intensamente pasional, y su recinto tenía el doble atractivo de no ser nunca traspuesto por mujeres públicas; la que entraba allí podía asegurarse que era honrada..., por lo menos oficialmente.

La hora del amor se llamaba entre las damas patricias al lapso de tiempo que corría entre el Vésper y la Vigilia; pero si hubieran sido sinceras hubieran proclamado que esa hora se prolongaba para muchas de ellas hasta el ama-

necer; pues cuando, deseando variedad y sintiendo en el banquete del amor patricio la nostalgia de los platos fuertes, buscaban en hombres de baja condición el perfume de lo salvaje, salían envueltas en sus túnicas e iban a derramar a los prostíbulos de la Suburra el don mágico de sus encantos corpóreos; entonces la hora de Venus se prolongaba, y las castas gozadoras de los tapadillos se convertían en mujerzuelas livianas, que frotaban sus carnes perfumadas con la recia epidermis de los faquinos y marineros.

Frente a la casa de que hemos hablado se detuvo una litera en aquel atardecer luminoso; de ella descendió un jovencito de singular belleza y aire amatorio; despidióse de un anciano que se había quedado en el fondo del vehículo, y penetró en la casa. El joven era Lucio César, el nieto de Augusto e hijo de Julia; el anciano era su preceptor, Verrio Flacco, el sucio sujeto que, por mandato expreso de la madre, tenía que sufrir todas las tardes la humillación de acompañar al hijo al aprendizaje amatorio.

En un aposento tapizado de rojo, con techo y triclinio de porcelana de Tebas, esperaba al mancebo su maestra expertísima. Salvia, semidesnuda y con los ojos brillando de ansiedad, aguardaba recostándose en el triclinio la llegada del hermoso Lucito; un fuerte olor a violetas emanado de su cuerpo de jamona, poblaba la

estancia, y el final presagiante de sus piernas matizaba el peluche del mueble con un sonrosado de caricias. Salvia era antigua cliente de la casa: su dueña, la liberta Dionisia, guardaba para ella toda clase de atenciones, y ocultaba impenetrable el secreto de algunos caprichos bizarros de la matrona.

Ella era la que había llevado a su casa una clientela augusta y la sagaz intermediaria de los amores entre Julia y Sempronio, que en aquella misma estancia habían iniciado su aproximación; después, y a raíz del suceso de Prenesto, el nieto menor del César había sido convertido por la suegra de Tarquino en asiduo visitante de la casa, y en ella celebraban sus diarias entrevistas el discípulo y la profesora, con gran orgullo de la vieja liberta. Sí que es verdad que el peso abrumador de Salvia traía en una *débâcle* continua a los muebles de las habitaciones; pero ¿qué importaba esto ante el honor que la casa recibía con aquellas visitas de los moradores del Palatino? El crédito de la *domus* se afianzó, y hoy era el tapadillo de Dionisia el preferido por las matronas de estirpe.

Sonaron pasos en la galería, y Salvia se incorporó; de su boca se escaparon los suspiros gozosos de un deseo próximo a saciarse. Se abrió la puerta, y penetró Lucito con fiebre en los ojos y en las manos.

Un beso profundo juntó las bocas de los

amantes, y juntos fueron a la ventana que daba sobre la Vía; aún no habían hablado; ¿para qué? La sonrisa de la hermosa y su perfume embriagador hacían temblar las sienes del mancebo; de pronto sus manos temblonas se posaron sobre los pechos de la querida. Era su preferencia; aquellos pechos enormes, salientes como balconaje espléndido y elásticos como gomas, enloquecían al joven, que en presencia de ellos no sabía contener sus ímpetus. Salvia, experta, terminó de desnudarse; arrojando el cíngulo y la túnica interior, quedó completamente desvestida, sin más que las sandalias y un collar de corales ilustres que la caía sobre el pecho, escondiendo el *pendentif* entre las dos opulentas masas carnosas.

Aquel cuerpo desnudo era la apoteosis de la lujuria. Hora es ya de que el autor confiese paladinamente que le gustan las mujeres gordas. Podría avalorar su preferencia con la autoridad irrecusable de varias eminencias de la humanidad; pero se limita a recordar que han sido muchos los grandes que se han perecido por las mujeres opulentas. Desde Platón hasta Alejandro VI, desde Witiza hasta Carlos Marx, pasando por Terencio, Timón de Atenas y Fenelón, han sido muchos los hombres-cumbres a cuyo apetito carnal ha hablado mucho mejor la rotundidad de la forma femenina que la esbeltez y agilidad de los fideos con faldas. Mu-

chos son los padres de la Iglesia y los generales Bonaparte que han entregado su alma al cautiverio de una gorda, y ahí está Lefèvre, que no me dejará mentir, y Diógenes Laercio, que no pondrá a mis palabras el estigma de la falsedad. Legisladores como Licurgo y como Mendizábal no vacilaban en arrojar a los pies de una jamona todo el prestigio de su talento; y si el argumento de autoridad no convence, yo os diré que la razón y el buen sentido favorecen también a las mujeres obesas. Porque yo comprendo que para cantar una trova de amor al pie del gótico ventanal no hace falta que tras él se oculte una beldad de cien kilos; me hago cargo de que para bailar un vals boston es preferible una delgada, y no se me oculta que para hacer vida de *ménage*, sobre todo en verano, se recomienda mejor una hembra espiritual y sincera que una gruesa maquiavélica y caprichosa. Pero cuando no se trata de nada de esto, sino del festín supremo de la carne; cuando llegamos a ese punto de la vida humana en que el campo de batalla es el lecho, ¿quién puede dudar que una jamona de formas geológicas llena mejor su cometido que una quisquilla anémica? ¿No se trata del goce de la carne? Pues cuanto más carne haya, mejor.

Por eso el autor, ante el cuerpo desnudo de Salvia, no puede menos de entonar un himno ardiente a la carne esplendorosa. Su cabeza,

coronada por la cimera brillante de los cabellos negrísimos, descansaba sobre los hombros, muy anchos, en cuya base empezaba a dilatarse la curva infinita de los senos; mirando de perfil parecía que aquel desarrollo pectoral no iba a tener fin, hasta que le veíamos terminar en un botón rosado, siempre recto por debajo, del cual tornaba la línea a recoger su desarrollo hasta unirse con el principio del vientre; por delante se podía admirar la tersura de la piel, recogiéndose pudorosa en la entrepierna, y por detrás el promontorio de la nalga abría nuestro espíritu a la contemplación de un espacio sin límites, en cuyo centro radicaba la fuente castalia del goce más sublimado; las piernas, cual columnas de un templo inmortal, alzaban la cúpula de la cadera y guardaban en el centro el divino festón de un bosquecillo rutilante; en las corvas, en los sobacos, en todas aquellas partes en que la carne se replegaba con deleite, había un exceso de grasa que adornaba a maravilla la piel blanquísima y azulada. Las manos, extendidas a lo largo del cuerpo, aparecían regorditas y pobladas de hoyuelos en la base de los dedos, prontas a manipular expertas en los depósitos ancestrales. La púrpura de los labios se contraía en una sonrisa de invitación irresistible, corroborada por los ojos, picarescamente entornados.

Lucio, a quien también las gordas fascina-

ban, se desprendió rápido de sus telas. Tampoco era una tontería el cuerpo tierno y jugoso del mancebo: los ojos de ascua de la madre se abrían ansiosos en su cara, coronada de rizos castaños, y en su boca un pliegue de malicia delataba al varón eminentemente sensual; la nariz era recta y corta, y el belfo agudo y un poco pronunciado. La caja del pecho, torneado a maravilla, se estrechaba al llegar a la cintura para dilatarse en seguida, tenue e insinuante, al llegar a la cadera, sin que ni una sola pulgada de exceso rompiese la armonía clásica de la línea; un desarrollo varonil no sospechado daba al aire su altivez en el nacimiento de las piernas, y hacia él iban rogativos los ojos de Salvia, húmedos y tiernos. Terminaba la pierna irreprochable en un pie diminuto y blanquísimo. ¡Aquel cuerpo de transparencia de caramelo y rostro de niña era un suculento manjar... para los aficionados a esa clase de comidas!

Salvia cogió al chico en los brazos, y dejándose caer en el triclinio, lo sentó sobre sus rodillas; gustaban mucho ambos de esta postura, que a él permitía succionar los pechos de la hermosa con tenacidad de niño, y a ella acariciar el sagrado atributo del mancebo con sus manos habilísimas. Aquello no era más que una preparación; pero la naturaleza exuberante del joven no permitía el abuso del sistema, so

pena de malograr con una delicuescencia prematura al acto completo del amor.

Abreviando trámites, la experta se reclinó sobre el respaldo, y sin abandonar la carga, la fué colocando con movimientos hábiles en postura propincua para el momento supremo; ella quedó debajo y medio sentada, mientras Lucio, de rodillas, avanzaba la boca en busca de la de Salvia. Los muslos de ella se cruzaron aferrados sobre el dorso del joven, y hubo con esto un acoplamiento de sus cuerpos y un rozar continuo de sus epidermis. ¡Cómo gozaba la jamona en este abrazo de una carne joven y tersa! Hembra nacida para todas las expansiones del amor y maestra consumada en todas sus artes, hallaba, sin embargo, desde que había cumplido los cuarenta, un encanto especial en las primicias de los jovencitos; su ciencia amatoria necesitaba derramarse pródiga sobre la inexperiencia de los principiantes, y al encontrarse con uno de ellos entre los brazos, duplicaba sus mañas en un goce sublimado por el deleite que procuraba. El deseo de iniciar a un mancebo le había llevado a cometer el atropello de Prenesto, del que supo aprovecharse con habilidad.

¡Buen discípulo había sacado, por Ceres Allí estaba, con movimientos de profesor, excitando con sus besos bien repartidos el ardor de Salvia, y ayudando con sus manos expertas a

la obra de la naturaleza. Cuando parecía que la obra llegaba a su fin, un aumento de coraje por parte de ella prolongaba el acto, que venía a poco a resolverse en una entrega mutua de los amantes, en medio de gritos de enajenación. Tres veces repitieron la operación sin variar de postura ni de sistema, y al finalizar la tercera se separaron momentáneamente agotados. Por el intersticio de unos cortinajes que lucían en la cabecera del lecho, sonó contenida una carcajada.

Lucio, rendido, se echó a los pies del lecho; todo su cuerpo denotaba el vencimiento, y unas laciedades de agotamiento indicaban el ahito de la naturaleza.

Diez minutos más tarde Salvia se asomaba con cautela por el ventanal: abajo aguardaba la litera el retorno del joven. Por hoy no más.

— Lucio — llamó insinuante.

El joven abrió los ojos y calló; era tarde, y abajo le aguardaban. La hermosa, con caricias, le ayudó a vestirse; él, agotado y con un peso horrible en el cerebro, se dispuso a marcharse al paso torpe de sus piernas que se doblaban.

Se despidieron en doble abrazo. Ella estaba radiante y briosa; para su ardor insaciable, la jornada amorosa no había hecho más que comenzar.

Cuando se quedó sola en el aposento soltó la risa estrepitosa. Se alzaron las cortinas del

lecho, y cayó sobre él el cuerpo divino de Julia. La perversa, la felina, había querido presenciar oculta el aprendizaje de su hijo. Estaba orgullosa. ¡Bien se portaba el mancebo! Con la mitad de lo que él había entregado esta tarde tendrían para una semana de abstinencia más de cuatro presuntuosos varones del Esquilino. Y Julia, con su celeste cuerpo desnudo, sonreía agradecida a la maestra que tan bien acompañaba los primeros pasos de su hijo por el sendero del amor.

La invitaba con los ojos a acudir a su lado, y Salvia, que lo deseaba por momentos, saltó al lecho, cayendo en los brazos de su amiga. Al principio fué un diálogo de caricias inocentes, como el de una niña que juega con su muñeca; la jamona cosquilleaba a Julia, haciéndola estremecerse en el lecho con risas retozonas; pero en uno de estos juegos la mano de Salvia rozó insinuante el bosquecillo inferior de la hija de Augusto, y la cosa se formalizó. Cesaron las risas, los rostros se revistieron de una gravedad anhelante, y los labios se buscaron con prisa y con afán. La gorda extendió sus carnes pecho arriba y colocó sobre ella a la divina; los muslos se enlazaron alternos, los pechos se incrustaron, y un suave movimiento fué balanceando sus caderas... ¡La pálida y ojerosa figura de la poetisa de Lesbos paseaba triunfante por la estancia! Julia ponía en el jue-

go todo el calor de una fragua y toda la conciencia de un anacoreta, y saciando su sed en el mismo vaso en que acababa de beber su hijo, experimentaba una sensación extraña, mezcla de orgullo materno y de complacencia carnal. Salvia, preparada a maravilla por los juegos anteriores con Lucio, tenía en sus brazos a la madre después de haber tenido al hijo, y hubiera tenido más tarde al abuelo si el casto Augusto se hubiese dejado enredar en las mallas de la jamona.

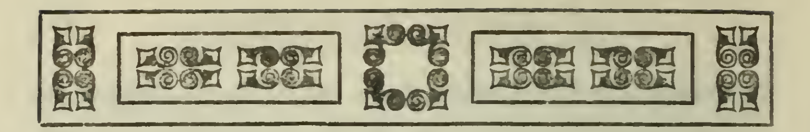
Se movían ambas con furia concentrada; las frases de mutua excitación escapaban entrecortadas de sus bocas, y, apretándose en el centro de su cuerpo, ansiaban penetrarse mutuamente hasta lo hondo de su espíritu. Julia, menos resistente, inició el vencimiento: empezó con quejumbre a extraviar los ojos y crispar las manos, y, ofreciendo verbalmente a Salvia su vida, se la entregó en un supremo espasmo de derrotada. La jamona repitió con la madre el juego practicado con el hijo: sin darse por enterada del don recibido, continuó el balanceo de su cuerpo, mientras aprisionaba con las piernas y los brazos a la hermosa entregada; para aquella ardorosa mujer, el goce no era completo hasta tanto que no se repetía.

Volvieron a la faena, excitada Julia por las palabras atroces de la obesa; un hábil juego de lengua, que se retorcía en sus oidos, la trans-

portaba al Empíreo, y el avance y retroceso del cuerpo de Salvia la hacía desfallecer de estupor. Los rizos de azabache de la una se entremezclaban con los bucles castaños de la otra, y el doble perfume de sus cuerpos jadeantes llenaba la estancia de un aroma enloquecedor.

Llegó el final de la aventura: un rugido de Salvia anunció su ofrenda carnal, y el súbito apresuramiento de su balanceo dió al acto caracteres de torbellino. Julia, enloquecida, arqueó la cintura en un supremo espasmo y cayó inerte sobre el cuerpo de la amiga; ésta abrió sus piernas y cesó en sus lamentos... La... cosa estaba hecha.





VII

UNA NOCHE EN LA SUBURRA

TARQUINO y los dos Cayos cenaron aquella noche en la taberna de Próculo *el Leguleyo;* el *menu* fué selecto y aristocrático: unos callos a la Pompadour con salsa *salus populi*, unos filetes concisos espolvoreados con azufre y unas albondiguillas de carne de esclavo galaico condimentadas con jugo de palimpsestos. La taberna se alzaba en la esquina de la Vía Tiburtina, junto al Foro, y era algo así como la avanzada del vecino barrio de la Suburra. De aspecto modesto y de techo oblongo, era refugio de los más distinguidos *apaches* y *souteneurs* de la República y centro de contratación del vicio más apestoso.

En las grasientas *tábulas* adosadas a los muros se agrupaban procaces unos mancebos con el rostro aureolado de colorete y los tufos

sedeños caídos sobre las orejas: era una banda de invertidos que habían hecho de la taberna su centro de operaciones y aguardaban pacientes la llegada de los parroquianos. Más allá, seis o siete *apaches* apuraban voraces las cráteras de vino de Sicilia, mientras se mordían las uñas en un salvaje avizorar de víctimas. De vez en vez, por la puerta que daba a la plaza Carina, aparecía tímida la figura de una cortesana que, sin pasar del dintel, hacía un gesto advocador a uno de los bebedores; acudía éste, y juntos se iban a la calle a repartirse el estipendio recién cobrado por aquella diosa del placer.

Con intervalo rítmico, un recién llegado se acercaba al mostrador, y arrojando en él dos moneditas de cobre, pronunciaba la frase sacramental:

— Échate un quincito de Chipre.

El mozo empuñaba con presteza un frasco de los veinte alineados por encima de él y vertía en un tazón griego la chorrada amorosa del vino pagano; el oro de sus tintas bailoteaba al caer, y el bebedor, cogiendo el tazón, lo sorbía de un golpe, limpiándose después el belfo con el dorso de su muñeca; eructaba con armonía, y tornaba a salir a la calle mientras musitaba con dejadez: *Ave, cives*.

Sobre la puerta de entrada se veía un letrero encarnado preñado de promesas: *Hay callos y caracoles*. Verdad inconcusa. sobre todo en

esta noche, en que con Tarquino se sentaban a la mesa dos miembros ilustres de la patricia familia Caya.

Siete de las catorce hijas de Próculo pululaban por la estancia serviciales y ofrendosas; la parroquia las miraba con envidia, pero sabía bien que estas perlas no eran para ellos. El sagaz tabernero había hecho de su descendencia un manjar patricio, y sólo el noble que pagaba la carne al peso podía yacer con una de las jóvenes o con las catorce, si así lo creía conveniente; por eso, al ver entrar esta noche en su figón a aquellos tres miembros de la alta clase, había dado suelta a siete de sus retoños, que paseaban por el aposento el balanceo de sus caderas y el guiñar de sus ojos maliciosos: las otras siete estaban ocupadas en la parte alta de la casa; no dice la historia en qué.

Dos de las siete, Blasa y Publia, servían a la mesa a los patricios; realmente, eran dos bocados apetitosos: la una, rubia, con redondeces prematuras, y la otra, morena, con ojos de bacante. Cayo Licio, algo excitado por el ardor de su manjar homónimo, no desperdiciaba ocasión de pellizcar púdicamente a Publia cada vez que la muchacha se acercaba a mudar un plato o renovar un frasco de Falerno.

En las mesas de los invertidos se inició un diálogo canallesco:

— ¡Ay, hija! Pues yo llevo una temporada que no sé cómo voy a salir adelante.

— Sales a detrás; costumbre no te falta.

— Pero si es que no hay quien malgaste un indecente denario en dejarse querer.

— Eso será lo que sea; a mí no puede irme mejor. He encontrado un senador viudo y escéptico que me obsequia con un talento cada vez que yazco con él.

— ¿Y es hombre de talentos?

— Ya lo creo; como que pertenece al Instituto de Reformas Sociales, creado por Tarquino Prisco.

— ¡Ay, Prisco!

— Pues yo os digo que cada uno habla del mercado según como le va en él. Yo os juro por la camisa de Neptuno que nunca ha estado Roma peor que ahora.

— Eso no, porque yo voy todas las noches a casa de unos estudiantes de Anatomía, y aseguro que sólo con eso tengo para vivir.

— ¿Te dan mucho?

— De veinte a treinta sestercios; por lo menos, con eso tengo para el *piri* y para llevarle todas las tardes dos velas a Apolo.

La conversación de los anormales se hizo tan escabrosa, que nos vemos precisados a cortar el relato; Licio había llegado entretanto al décimo filete de salamandra, y la grasa orlaba su barbilla con un dosel pegajoso. Tarquino y

Cayo Flavio deglutían chispeantes, tiñendo sus carrillos con el arrebol de Falerno. El yerno de Salvia, con aquella su eterna afición a las gordas, había sentado sobre sus rodillas a Blasa e introducía en la boca de la doncella tenues rajitas de embutido de Atenas.

— ¿Tienes novio, flor del Pentélico? — interrogóle amoroso.

— Nos ha fastidiao el patricio; tengo uno cada día. Ahora te tengo a ti.

— Pero ¿no hay por ahí algún mancebo que usufructúe tus suspiros?

— Hombre, te diré: tengo un amiguito que está de organista en el templo de Vesta, y que me ha dao tres veces palabra de justas nupcias.

— Pero tú...

— Yo le he dicho que se limpie; no está una pa esos trotes.

Cayo Flavio terció mundano:

— Y dime, Blasita: ¿no te gustan más que los hombres?

— ¡Ya sé quién dices!... Pero no es por ahí. Ya ves, tóos esos del colorete (señalando a los efebos) me han hecho veinte veces proposiciones pa lo de Lesbos..., y yo impasible.

— Pero esos son hombres también.

— A las horas de comer; porque ¡lo que es lo otro!

En medio de esta *causserie* desgarrada, llegaron los comensales a las albóndigas. La car-

ne de esclavo tenía un marcado sabor reaccionario que plació mucho a nuestros amigos.

Era cerca de la media noche, y terminado el condumio, se dispusieron a marchar los aristócratas. La despedida de los jóvenes y las chicas de Próculo fué amenizada por una sarta de besos y de abrazos; los parroquianos, algo enojados, iniciaron la protesta con sus tosecillas furtivas; del corro de invertidos salió una voz plañidera: *A ver si nos lo ponen.* Los nobles próceres, sacando de sus bolsos unas piezas áureas, se las pusieron en la mano a las muchachas: era el precio de sus caricias ocultas. Después, avanzando Cayo Flavio al mostrador, dejó caer en él unos denarios: *Esto para que brinden a nuestra salud los señores;* era la recompensa que tres varones de estirpe daban a aquella canalla por no haber intentado abrirles los vientres. Rendían así tributo a una costumbre antigua.

Salieron a la calle; la frescura de una noche estival refrigeró un tanto sus rostros congestionados por las libaciones. Con paso lento se encaminaron hacia el corazón de la Suburra; el pueblo, ansioso de frescura tras un día caliginoso, se derramaba por las calles con un goce epicúreo. En las puertas de las casas, los plebeyos, en camiseta, formaban tertulias familiares, presididas en su centro por el ánfora de agua fresca y amenizadas de vez en cuando

por algún filarmónico que, recostado en su silla, dejaba oir el canto tierno y bucólico de un acordeón primitivo.

En otros grupos, los varones más audaces extendían en la acera un felpudo silvestre, y sobre él dilataban sus miembros. Las comadres musitaban el eterno romance de sus chismes, y la prole, adurmiéndose lentamente, dejaba escapar de tiempo en tiempo el ruido sospechoso de sus mugidos.

Dos guardias del prefecto, de a pie, paseaban lentos su figura con las manos a la espalda y se detenían a conversar momentáneos con los vecinos más sensatos. A lo largo de la Vía Nomentana se veía el refulgir brillante de unas luces y el agrupar callado de la plebe; nuestros amigos fueron acercándose curiosos: era una magnífica pastelería que se inauguraba aquella noche y que dejaba escapar por sus puertas el torrente luminoso de sus antorchas; frente a ella, en la calle, una banda de música callejera rasgaba el espacio con los sones alegres del pasodoble de *Machaquito.* Varias parejas, muy ceñidas, se marcaban a su alrededor la sagrada danza de las vestales, y en la calma infinita de la noche ascendía lenta al Empíreo la retozona alegría de aquel cuadro. En la tienda, los íntimos del dueño hacían gratuitos un rápido consumo de pasteles, y los carrillos hinchados trituraban sin cesar el hojaldre druidico y la crema ver-

gonzosa; los vasos de agua con azucarillos circulaban raudos en manos de los horteras esclavos.

Nuestros amigos doblaron una esquina y se encontraron en pleno barrio de la Suburra; el pasodoble de *Machaquito* seguía llegando a sus oídos en medio de la soledad de las callejas desiertas.

¡La Suburra! Nombre preñado de recuerdos y de historias infames; lugar de perversiones diabólicas y de orgiásticos espasmos. Por sus intrincados pasadizos se había paseado descocada toda la Historia de Roma desde los primeros años de la Monarquía; en un vil casucho del callejón de Minerva se refugió una noche trágica la madre de los Gracos, huyendo de la sañuda persecución de los acreedores de sus hijos; en el rincón más infecto de la Vía Bermella dió a luz Lucrecia sus cuatro hijos mellizos y aguantó Cincinato los trece golpes de puñal que le dirigió el asesino pagado por el Senado; Julio Molero, antes de arrojarse por la roca Tarpeya, fué a hacer su testamento en el viejo prostíbulo de Celedonia la Bizca, y en el edificio vetusto que se alzaba a la mitad de la Vía Pomona pasó un catarro de tres meses el gran Escipión a su vuelta de la Calcedonia. ¡Todas las páginas de la historia de un pueblo habian dejado su huella en el vetusto barrio, y por sus vías sinuosas parecía correr desalada la sombra negra de una infamia aborigen!

Para formarse idea de cómo era la Suburra en la época de Augusto, hay que forzar un poco la imaginación: figuráos el barrio de las Injurias de Madrid; metedle dentro de los tortuosos arrabales de la Villette parisina; agregad después los infectos zaquizamís del barrio de Witechapel de Londres y del barrio del Sereno, en Ponferrada, y tendréis una idea, aunque pálida, de lo que era aquel mercado del vicio y de la vergüenza. Sus calles eran de una complicación tan pronunciada, que se daba con frecuencia el caso de que un transeunte, caminando un poco de prisa, se encontrase al volver una esquina con su propia efigie: era que la calle formaba casi un círculo, y aún no había entrado una persona por un extremo cuando ya salía por el otro. La población de este microcosmos era toda gente de vicio y de burdel: la casa que no era prostíbulo era taberna, y la que no bazar de ropas hechas; y en la prostitución había para todos los gustos: desde el suntuoso palacete, a cien sestercios la consumación, al infecto mechinal, donde por dos de aquellas monedas saciaban su bestialidad los pretorianos y los cargadores de los muelles del Tiber.

Las casas, en su mayoría de un solo piso, aparecían abiertas de puertas y ventanas, con la guardia perenne de la cortesana de turno, que inquieta y ofrendadora, piropeaba a los hombres con un descoco africano.

De vez en vez una sombra blanca, despidiendo una estela de perfumes, cruzaba lenta por la calle: era una prostituta milenaria que, recogiéndose el borde de la túnica, intentaba pescar con sus encantos la virilidad de algún hijo de Rómulo. En los cruces de las callejas, grupos de mujerzuelas acosaban insistentes al pasajero con la espléndida promesa de un repertorio extensísimo de caricias; a las puertas de las tabernas, los *macros* más acreditados aguardaban estoicos a que su coima terminase la recolección para compartir con ella el producto íntegro del trabajo.

En aquel paraíso de la dicha todos los géneros amatorios tenían su campo especial de cultivo: desde el manual solitario hasta el doble juego combinado del macho y la hembra actuando a un tiempo sobre el parroquiano dadivoso; dos o tres casas se repartían por su fama el mayor y mejor número de clientes: una de ellas, la de Terencia la Sabina, especialista en género francés, ya entonces muy en boga en Roma, como consecuencia de la definitiva conquista de las Galias; la de Casca, experta matrona que con un eclecticismo habilísimo admitía en su casa toda clase de amores, desde el primitivo y normal, hasta el de recientísima invención, llamado del triángulo; y la de la Concha, llamada así porque sobre la puerta de entrada se abría espléndido el soberbio caparazón

de un enorme molusco traído por el confesor de la dueña de la casa del fondo de los mares británicos; en esta casa habían hecho su *debut* una semana antes seis magníficas doncellas de Judea, que parece ser que traían en sus cuerpos el secreto de un arte irresistible y cabalístico. Los que las probaron no dejaban de hacerse lenguas de su *savoir faire*, y su renombre fué tan grande, que bien pronto tuvieron fama en todo el Imperio las judías de casa de la Concha.

Había la casa de lesbianas, en cuya puerta un esclavo mutilado en las partes más nobles de su ser sometía a todo visitante a un detenido examen de conciencia, y sólo cuando se convencía de su absoluta carencia de órganos masculinos, le franqueaba la entrada; lo mismo, sólo que al revés, ocurría en la casa llamada de los efebos, donde un reconocimiento análogo sólo permitía la entrada a los hombres.

La Suburra tenía una calle que venía a ser algo así como el centro y el ágora de aquel pueblo de perversiones; esta calle, la única recta y prolongada, era la calle de Ceres. A ella afluían los asiduos concurrentes al barrio, y ella era la única que durante toda la noche se hallaba poblada por un público numeroso y heterogéneo. En la Vía *Cerii* se encontraban las tabernas más lujosas del distrito, y el prostíbulo de Casca, uno de los tres antes citados, y a ella acudían desde bien temprano las mejores pros-

titutas del *quartier* haciendo su lenta y penosa carrera. Los *souteneurs* más cotizados se exhibían despectivos en sus aceras, y un ejército de *apaches* y chulos de la Bética se alineaban en las cercanías de los biberios, esperando circunspectos la ocasión para el golpe de mano; de tiempo en tiempo rasgaba el silencio nocturno un ruido seco seguido de un ¡ay! repentino y de unas lágrimas: era que uno de aquellos explotadores femeninos reñía con su socia por algún reparto poco equitativo, y para ilustrar la discusión le alumbraba una bofetada que se oía en todo el Lacio.

De pronto los grupos se apartaron admirativos. Un mocetón de cuarenta años y belleza felina cruzaba lento la calle con el contoneo gracioso de su toca: era Cneo, *Tripas de acero*, el guapo más guapo de Roma, la fiera corrupia del matonismo latino, y una especie de terror de las praderas de las infelices cortesanas. Capitaneaba una banda de *apaches* de Numidia, y era el chulo oficial del prostíbulo de Casca; lenguas procaces decían también que *Tripas de acero* era el *souteneur* de Julia, la hija de Augusto; pero como la Historia no dice nada acerca de este punto, y nosotros nos hemos propuesto no recoger más versiones que las rigurosamente históricas, damos de lado a tal afirmación y seguimos adelante.

Cneo tenía su cuerpo poblado de cicatrices

gloriosas; cierto que se las había producido jugando un día en su casa con un gato montés; pero ellas eran su mejor blasón de valiente, así como aquella carrerita que un año antes había hecho emprender en pleno Foro a cien esbirros que le perseguían. Cuando algún altercado se producía en su presencia, Cneo no tenía más que escupir irónico por el colmillo; los contendientes sabían muy bien que aquélla era la señal de la reconciliación, y abandonaban voluntarios la reyerta, pues de no hacerlo se exponían a ser disueltos a fuerza de chirlos por el valeroso mancebo. Su fama de valiente era tal, que hasta las riñas de gallos cesaban en su presencia, y hasta los peces de la Estigia temblaban cuando se bañaba en sus aguas el matón.

Aquella noche iba seguido de dos gladiadores a quienes protegía, y que no le dejaban a sol ni a sombra, y de un tratante en cerdos del Transtíber, que había sido su ama de cría. Los transeuntes se apartaban respetuosos a su paso, y las cortesanas, asomándose a las puertas de sus prostíbulos, le enviaban besos y sonrisas. Él, olímpico, contestaba a todos con un peculiar guiño de ojos, mientras, llevándose la mano izquierda a la oreja, musitaba:

— ¡Ave, borregos!

Al distinguir entre la plebe a Tarquino y sus acompañantes, dulcificó un poco la expresión de su rostro y les obsequió con esta salutación:

— ¡Vaya con Júpiter lo güeno de Roma! Ya sabéis: si hago farta, en la taberna del Ciriaco estoy.

Le conocían de antiguo y le saludaron familiares; él era el que en las *noches verdes* del *Juvenalia* guardaba la puerta del círculo y ahuyentaba a los curiosos puritanos, ávidos siempre de encontrar argumentos en favor de su campaña moralizadora.

La calle continuaba su animación de fiesta; del quicio de las puertas prostitularias emergían insinuantes las palabras concisas de las pupilas; al acercarse un parroquiano posible rasgaban la calma nocturna con la invitación religiosa:

— ¡Pasa, moreno!

Palabras santas de un culto aún no extinguido que expresaban a maravilla el contenido moral de una raza. Aun hoy, después de veinte siglos de cristianismo, resuenan en nuestros oídos como tributo a una civilización muerta:

— ¡Pasa, rico! ¡Pasa, moreno!

Tarquino y los Cayos penetraron en el prostíbulo de Casca; las jóvenes sirias de que tanto les había hablado Licio habían importado a Roma una nueva forma de culto a Venus. Parecía imposible introducir en una sociedad como aquélla algo que tuviese novedad en estas cuestiones; pero aquellas jovencitas arribadas hacía dos días del Oriente misterioso, parece

ser que se habían traído el secreto de un arte nuevo y diabólico: el triángulo.

—¿Qué sería aquello del triángulo? —se preguntaban los romanos que se interesaban por estas cuestiones. Y en todas las tertulias, en el salón de conferencias del Senado y en los confesonarios del templo de Júpiter Capitolino no se hablaba de otra cosa desde hacía cuarenta y ocho horas. En casa de Casca habia cola perenne para asistir a la iniciación del culto nuevo, y las seis jóvenes sirias no daban abasto para tanto neófito; gracias a que en sus escasos ratos de ocio se dedicaban a amaestrar a varias jóvenes romanas, que muy pronto serían aptas para practicar el sublime deporte, y esto remedió algo el conflicto de orden público que de otro modo hubiera estallado.

Los tres patricios penetraron en la casa como dueños; parroquianos antiguos y dadivosos, con ellos no rezaba la cola de neófitos que se extendía por las paredes del atrio.

Los próceres pasaron a un gabinetito japonés precedidos de la encargada de Casca, vieja arrugada que en su juventud había prestado servicios de matrona en el extrarradio, y allí esperaron breves instantes. No tardaron en presentarse las seis sirias completamente desnudas, y de una belleza exótica que sabia a apocalipsis.

De cada varón se encargaron dos sirias, y,

desnudándole amorosas, le hicieron tenderse cara arriba en unas zamarras extendidas por el suelo; una de ellas, la más experta, se dispuso a ejecutar con el patricio que le había correspondido la suerte natural del acto amatorio. La protesta fué unánime en los tres grupos:

— No, no; queremos el triángulo.

— A ello vamos; pero para formarlo tenéis que obedecer.

Colocada, pues, una joven sobre el individuo tendido en el suelo, empezaba a ejecutar con él el acto normal de la generación; pero, apenas iniciado, se alzaba lentamente sobre las rodillas hasta quedar casi perpendicular al varón, sin soltar el vínculo inferior que unía sus dos sexos; entonces la otra jovencita se colocaba de rodillas sobre el rostro del patricio, y, ofreciendo su sexo a sus caricias bucales, quedaba también perpendicular y de cara a su compañera, con lo cual, y con un suave movimiento de avance de los rostros, venían a encontrarse las bocas de las dos cortesanas, quedando así formado el triángulo.

. . . .

. . . .

Eran las cinco de la mañana cuando Tarquino, Cayo Flavio y Cayo Licio tomaban un coche de punto en el Foro, de vuelta de la Suburra.

Al pasar la biga frente al arco de Trajano,

un gallo colocado al azar en el alero del monumento cacareó elegíaco sus chillidos.

¡Era el canto funeral de la Naturaleza ante un patriciado que se consumía en la propia salsa de sus vicios!

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

LOS PADRES DE LA PATRIA

Hacía frío, en efecto.

Después de un verano ardoroso y un otoño espléndido, el invierno se había dejado caer con una crudeza que helaba los pensamientos más recónditos. El reuma y los sabañones, esos dos azotes de los pueblos escépticos, hacían estragos en las clases elevadas de Roma, pues sabido es que en los sitios elevados es donde más se nota el frío.

Afortunadamente, en cuanto se penetraba en la mansión senatorial los cuerpos se bañaban en un suave calor de estufa, y una sensación de terciopelo picado acariciaba nuestra epidermis. Afuera quedaba la calle bañada por el sol de la tarde, y en el dintel de la puerta unos lictores defendían el paso de los profanos;

por angosta escalerilla, situada a mano izquierda del vestíbulo, se ascendía a la tribuna pública, y al pie de ella, una cola de desocupados, mantenidos en orden por los guardias de la prefectura, aguardaba impaciente el momento del ascenso, como cualquier segundo teniente.

Era el día de la sesión solemne de los Idus de Febrero, y el Senado rebosaba concurrencia; desde que por la sabia reforma de Augusto los senadores no se reunían en pleno más que dos días cada mes (uno en los Idus y otro en las Kalendas), las sesiones habían adquirido gran importancia, y a ellas acudía Roma entera con el mismo interés que a los juegos del Circo Máximo. En el día de hoy Augusto asistía a la sesión: por eso las papeletas de invitación de las tribunas se habían solicitado con empeño, y los puestos de la cola de la pública se cotizaban con encarnizamiento. Era de ver, cercana ya la hora de la sesión, cómo aquella turba de harapientos plebeyos ofrecían los puestos delanteros a los recién llegados, mientras los traseros eran defendidos por sus poseedores con poca fortaleza.

—Oye, *ninchi:* ¿cuánto das por el *secundum locus?*

— Cuatro sestercios.

— ¡Y un jamón! Doce acaban de dar por el que hacía el *primum;* conque tú verás.

— Bueno; pero es que yo no tengo ganas de hacer el *primum.*

— Oiga, patricio: doy el tercio por medio denario.

Como se ve, el tercio venía a estar en Roma mucho más caro que en las *brasseries* de la plaza de Santa Ana.

Las damas invitadas hacían también su entrada por aquella parte, y dejando tras sí una ráfaga de perfumes que reavivaban a los ancianos lictores, torcían a la derecha, acompañadas de sus jovenzuelos familiares.

Un pulular constante de individuos de la ronda secreta de Augusto inspeccionaba sabuesa hasta debajo de las escupideras, preparando así la entrada tranquila del señor.

Subamos, provistos de nuestra invitación correspondiente, a la tribuna de los secretarios, y arrojemos una mirada escrutadora sobre el amplio, el solemne recinto donde se ha escrito la mayor parte de la historia de Roma.

Es un espacio semicircular de techo elevadísimo y muros hospitalarios; el color verde lechuga domina en él, y un amplio festón de palmas áureas rodea todo el zócalo, de mármol de Frigia. ¡Son las palmas tributadas a la elocuencia arbórea de Cicerón, que, según afirma Baudelaire, ha sido el orador que más ovaciones ha recolectado! El techo es un mosaico originalísimo: en el centro un fresco de Fidias re-

presenta a maravilla el rapto de las Sabinas, con la presentación del presbítero raptor en el Juzgado de guardia; unos amorcillos cogidos de las orejas rodean a modo de marco la estupenda pintura del genio de Smirna, y unas amorcillas amorfas despiden el tufo delicado de su origen extremeño. Los escudos de las ciento veintiséis ciudades del Lacio completan el adorno de la techumbre, y de su base arranca un amplio ventanal que, dando la vuelta al recinto, inunda de luz el salón cual reverbero visigótico.

Una docena de pendones arrancados a las tropas enemigas y una veintena de retratos de mujeres célebres de Roma formaban el adorno de aquellos muros, que tantas cosas habían visto y tantos hechos históricos comentado.

Los senadores tenían pupitres personales, pues el escaño colectivo había sido suprimido a raíz del asesinato de Julio César, para evitar así las conjuraciones *sotto voce*. ¡Julio César! Allá al fondo del salón, y debajo de la tribuna de la Prensa, se alzaba la estatua en bronce de Pompeyo, a cuyos pies cayó para siempre el cuerpo machacado del primer estadista del mundo; una gasa negra, como boca de abismo, cubría piadosa el escaño en que el vencedor de las Galias dió el postrimer aliento de su vida, y una inscripción en caracteres cuneiformes,

adosada al pedestal, decía poco más o menos lo siguiente:

Aquí cayó, en un atardecer de Marzo, el cuerpo de C. J. César; murió de un accidente natural. Rezad un padrenuestro por su alma.

La concisión dislacerante de estos renglones latinos revelaba a maravilla la idiosincrasia de un pueblo. ¡Ni un elogio! ¡Ni un título de los cien que en vida ostentó el difunto! Y luego, ¡aquella suprema ironía del tercer renglón!: *Murió de muerte natural.* Sí; ¡era natural que el hombre que atesoraba en sí todas las energías de un pueblo, que el calvo ilustre que tenía su cerebro poblado de ideas, cayese víctima de una indigestión de puñaladas! ¡Era de esperar que el primer romántico del mundo tuviese por mortaja la sangre de sus venas, y no la molicie de unos lienzos baratos!

El estrado presidencial se alzaba majestuoso en la parte recta del salón, y sobre él un dosel de púrpura sostenía tres cartelas con las inscripciones siguientes:

SALUS POPULI
SUPREMA LEX ESTO

EXCUSATIO NON PETITA
ACUSATIO MANIFESTAT

RIRA BIEN
QUI RIRA LE DERNIER

Estos tres preceptos venían a constituir el decálogo de los padres de la patria y el índice común de sus obras legislativas.

En la majestuosa soledad de aquel recinto parecía escucharse el reposado perorar del príncipe de la elocuencia latina, los apóstrofes graves de sus catilinarias parecían haber quedado grabados en el pavimento, y aguzando un poco la nariz, parecía escucharse aún el solemne redoblar del *Quosque tandem.* Los dimes y diretes entre Cicerón y el traidor estaban allí redivivos, y con su trepidar lejano simulaban el estruendo de una batalla de odios.

También las últimas palabras de César antes de entregar su vida a las Nonas parecían amartillar nuestros tímpanos: *Tu quoque filius meus?* Tremenda reconvención de un hombre generoso al más bruto de sus protegidos.

Las tribunas, ya repletas, ofrecían el vivo mosaico de los tocados de las damas y el grave refulgir de sus joyas.

Una intensa ola de perfumes salía de aquel conjunto de elegancias, mientras de la tribuna pública emergía un suave olor a bacalao volteriano y a jabón en huelga.

Algunos senadores habían ya ocupado sus pupitres ante la proximidad de la sesión; entraban lentos, miraban desdeñosos a las tribunas, y al ver alguna cara conocida saludaban sonrientes.

Los ujieres, con el galoneado manto de púrpura azul, se alineaban a ambos lados de la presidencia; un murmullo creciente fué ascendiendo de la sala, y el número de los legisladores crecía sin cesar, engrosado por la fila interminable que penetraba por las puertas del fondo.

Se oyó un murmurar más intenso; por la puertecilla de la derecha de la presidencia avanzaron dos lictores; tras ellos la figura redonda y ventruda de un anciano se dejó ver con balanceo tempestuoso: era Tulio Saulo Pristino, el presidente del Senado; los ujieres se inclinaron reverentes a su paso. En un pupitre de la derecha apareció la noble figura de Augusto. El César, cuando entraba en el Senado, quedaba convertido en un senador más; dejando a la puerta todo el esplendor de su corte, aparecía en el salón de las sesiones acompañado tan sólo por su fiel intendente Diómedes y el senador Moratho, antiguo liberto que había sido elevado por él a los altos puestos de la República y guardaba para su protector una sumisión inagotable. Octavio Augusto era un hombre de baja estatura, pero de proporciones armónicas y señoriales; los ojos, vivos y brillantes, amenguaban un poco su brillo en el izquierdo; y aunque esto no quiere decir que fuese tuerto, es lo cierto que guiñaba un poco la vista, pero con tal elegancia, que daba gusto

verle; el cabello era rubio y rizado, matizado ya por ahora de argénteos hilachos; las cejas se unían poderosas sobre la nariz, aguileña y dominante, que encuadraba a maravilla en el perfil robusto de su tez morena; su pierna izquierda se debilitaba con frecuencia, haciéndole cojear inarmónicamente, lo cual le daba cierto parecido con el conde de Romanones.

Lenguas procaces decían que cuando asistía al Senado se ceñía por debajo de la túnica una fuerte coraza de acero, por si acaso sus compañeros de Cámara querían repetir con él la bromita que gastaron a su antecesor Julio César; pero nosotros, estupendamente informados, podemos asegurar que lo que llevaba sobre la túnica interior era un corajudo y prestigioso chaleco de Bayona de las Galias, con el cual, y con las cuatro túnicas que se ceñía debajo de la toga, lograba amortiguar los sufrimientos de su natural friolero e incrédulo.

Abierta la sesión por el presidente, se concedió la palabra a un viejo senador llamado Casio Colatino, para hacer una pregunta a los cónsules, que lo eran aquel año Cneo Tibulo y Paulo Prenesto. Ambos ocupaban sus pupitres a la derecha de la presidencia sin distintivo ni señal alguna.

— ¿Es cierto — comenzó a decir Colatino — que el prefecto de las Galias ha contraído terceras nupcias sin permiso del Senado? Porque

si es cierto, yo me permito recordar a mis queridos amigos particulares, los cónsules de tanda, que ese funcionario ha faltado abiertamente a la *Lex de punentis pescatorum,* la cual, en su artículo...

— No se moleste el amigo Colatino — le interrumpió Cneo Tibulo — ; el prefecto gálico no ha contraído tales nupcias; lo que ha hecho, en uso de sus indiscutibles facultades, es afeitarse dos veces por semana, y ambas en días nefastos; ya ves, Colatino, que la cosa varía, pues no es lo mismo casarse por tercera vez que afeitarse sin licencia del ordinario.

Colatino volvió a pedir la palabra:

— Para dar las gracias a mi querido amigo particular por la satisfactoria contestación que se ha servido darme.

Un sujeto atrabiliario y nervioso, Marco Semprino, pidió la palabra para hacer un ruego; fuéle concedida y empezó a hablar con voz aguardentosa:

— He pedido la palabra para rogar al Senado que, por lo que más quiera, se sirva aprobar la inclusión en el plan general de carreteras de una que, partiendo de Cadalso de los Vidrios, pase por Marsella, los Alpes Apeninos y la puerta de la finca que yo poseo junto al Adriático, para continuar después atravesando este mar, la Panonia, el Asia Menor, la Indo-China, hasta llegar a la propia China, y no más allá porque

todavía no se ha descubierto la América del Norte ni la bahía de los Mosquitos. Yo os juro por Diana...

Un fuerte campanillazo presidencial cortó las frases del orador.

— Me permito recordar al senador que está en el uso de la palabra que está prohibido jurar en el Senado.

— Bueno; pues yo os aseguro por el honor de mis ascendientes que no me mueve ningún interés bastardo al hacer mi petición; quiero sólo facilitar la comunicación entre Cadalso de los Vidrios y el Celeste Imperio, y, de paso, ver si pueden llegar antes a mi finca del Adriático las hermosas naranjas de la China, que aquí, para *inter nos,* os diré que le gustan con furor a mi mujer.

— Lo que tú eres es un ansioso — interrumpió Cayo Flavio desde su pupitre del fondo, donde estaba con otros senadores palatinos.

— Á ese que me ha interrumpido le diré que si tiene madre...

— ¡Fuera, fuera! — gritaron los senadores del Gobierno.

— ¡Orden, orden! — musitó imperativo el presidente.

Y la calma volvió a reinar tras aquel conato de lucha.

— La proposición de Marco Semprino — volvió a decir el presidente — no tiene más in-

conveniente que su excesiva longitud; de aprobarse tal y como su autor la ha redactado, eso no sería una carretera: sería una oda de Terencio. Por lo demás, si Semprino modera sus aspiraciones y reduce el tamaño de su carretera a la centésima parte, puede que el Senado se avenga a tomarla en consideración.

Los ujieres circulaban entre los pupitres repartiendo paquetitos de caramelos presidenciales, que los padres de la patria iban chupando con unción religiosa; las señoras de las tribunas chupaban también, pues hasta ellas habían llegado los dones del presidente. Marullo, aquel senador a quien conocimos en el Domiciano rodeado de su inmensa prole, ocupaba un pupitre debajo de la tribuna en que tenía instalada toda la familia; quería que los chicos, desde jóvenes, aprendiesen también el difícil arte de legislar, y allí los tenía a todos pletóricos y voraces. Él, vuelto hacia la tribuna, iba extrayendo de un paquete unos cuantos caramelos y los arrojaba a brazo por encima de las cabezas de los senadores vecinos hasta que llegaban a las tiernas manos de sus vástagos. La operación se repitió diferentes veces entre el gesto algo contrariado de los compañeros, a quienes molestaba aquella falta de seriedad y las risotadas ingenuas de los chicos de Marullo, que armaban un tremendo zipizape cada vez que un confite llegaba a sus manos.

El presidente tuvo al fin que intervenir:

— Ruego al amigo Marullo que procure no olvidarse del lugar en que está ni del respeto que debe a sus ascendientes, todos ilustres y todos senadores.

Un nuevo senador del grupo de los orcinos (los improvisados por el capricho del César) preguntó a los cónsules qué tal marchaban los asuntos de la Germania. Uno de los cónsules, con mucha *politesse*, le contestó que no se metiese en camisa de once varas, y se entró con esto en el *orden del día.*

Era ya de noche, y las antorchas, colocadas en trípodes por el pavimento, fueron encendiéndose poco a poco.

Se discutía en el orden del día un proyecto de supresión de las clases pasivas, en el cual Augusto había puesto todos sus amores. Levantóse a consumir un turno en contra el prestigioso sociólogo Ferrio Túmulo, y en los pupitres de la comisión seis u ocho senadores, presididos por Sempronio Graco, se disponían a recoger, dialécticos, los argumentos del orador.

En el momento de levantarse a hablar Ferrio Túmulo, siete ujieres, atravesando el salón, fueron a posarse junto a su pupitre; todos ellos llevaban enormes cargas de palimpsestos, papirus y demás artículos de primera necesidad, que fueron depositados cuidadosamente sobre el severo senador: eran los apuntes y las notas

con que pensaba ilustrar su discurso para mejor informar a la Cámara.

Su discurso era una diatriba contra los autores del proyecto y una ardorosa defensa de los pasivos romanos. Estas clases pudorosas no podían quedar desamparadas por el Estado. ¿Qué se pretendía? ¿Que todo funcionario público, al llegar la fecha amarga del jubilen, hubiese de dedicarse a la prostitución para seguir viviendo? De vez en cuando el orador echaba mano al armatoste de papel que se apiñaba a su lado, y leía un decreto de Pericles o unos versículos de algún poema índico, para demostrar que las clases pasivas eran una institución de derecho natural. Las toses y los murmullos del auditorio hacíanle cesar en la lectura, continuando lento su oración, de una pesadez plomiza. Un párrafo redondo caldeó un poco al auditorio:

—¡Es inaudito que un Estado que gasta al año más de trescientos millones de sestercios en fiestas públicas y juegos de circo, regatee con avaricia hebrea el pan fructuoso a sus servidores pasivos!

—¿Eres su administrador? —interrumpió irónica una voz.

—Soy cabeza de familia, y sentiría que mis deudos mañana se viesen cargados de deudas por haber consumido sus energías en el servicio del Estado.

—¡Eso se llama nepotismo!

— ¡Se llama gallinas en vinagre! — rugió Túmulo, ya molesto por las interrupciones.

Se produjo un tumulto que el presidente no acertó a reprimir en sus comienzos. Varios senadores ancianos que, arrullados por la perorata de Túmulo, habían comenzado a descabezar un sueñecito, despertaron sobresaltados, creyendo llegado el momento de la invasión germánica. Las voces y los improperios se cruzaban de un lado a otro.

— ¡Que se afeite!

— ¡Mal latino!

— ¡Eso me lo dirás aquí, pero no en la Vía Sacra!

— ¡Aquí y en la roca Tarpeya!

— ¡Crapuloso!

— ¡Bígamo!

Pasivos y antipasivos iban a venir a las manos; algunos, de pie en sus pupitres, pateaban furiosos pidiendo la cabeza de Túmulo, y en aquel mar de pasiones encrespadas faltaba sólo la chispa eléctrica que acelerase el choque. Y la chispa vino: una voz salida no sé de dónde, dejó oir con audacia estas palabras:

— Defendéis a los pasivos porque os han comprado como a esclavos.

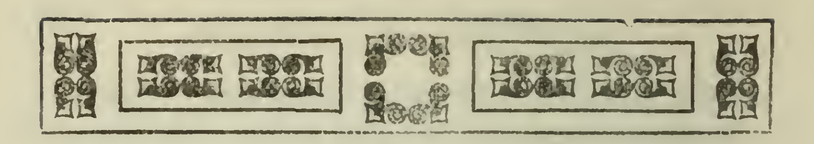
No hizo falta más: el choque sobrevino rudo, impetuoso. El hemiciclo fué invadido por una masa inconsciente y absurda que se obsequiaba con puñetazos proteicos. Túmulo, de

pie en su sitio, blandía con ambas manos un cartapacio de notas, y con él daba en la cabeza de un senador regordete; Marullo y dos más se acogotaban irascibles, provocando el llanto de la prole del primero, que quería saltar de la tribuna para defender a papá; de cuando en cuando dos contendientes rodaban juntos por el suelo, y el que quedaba encima se entretenia en mordisquear al de abajo en el pescuezo o en las posaderas; otros se perseguían saltando por los pupitres, y al alcanzarse se arañaban befardos.

Las señoras, aterradas, se habían retirado de las tribunas; el presidente, cubriéndose la testa con el acta de la sesión anterior, había levantado ésta para apaciguar el conflicto. Augusto se había salvado por una puerta secreta seguido de sus familiares.

¡El Senado de Roma, señora del mundo, continuaba en el hemiciclo resolviendo las cuestiones a coces, capones y bofetadas!





II

„FIVE O'CLOCK" EN „SACRA-FAMES"

El famoso *restaurant* del *Felabrum* reía con la pureza de su blanca fachada; unas ventanitas orientales dejaban caer sobre la obscura plaza el tinte pálido de su luz interior, y el señoril pórtico de entrada se alzaba severo sobre la gradería de piedra blanca. Los balcones del entresuelo callaban discretos el misterio de sus orgías, ocultas a las miradas inquisitivas de la plebe por el púdico manto de unos estores de tela de corcho.

¡El *Sacra-fames!* Nombre inmortal de leyenda galante y crápula distinguida, que compartía con los tapadillos del Esquilino el cetro de los amores patricios y refinados. En sus entresuelos afrodisíacos ¡cuánta virgen había dejado de serlo por primera vez! ¡Cuánta dama de alta estirpe se había iniciado en el arte de coronar

a su esposo! ¡Cuánta cortesana perversa había entregado su cuerpo, al influjo hechicero de un solomillo con patatas y una docena de ostras agnósticas! Cuando algún guerrero afortunado regresaba victorioso de países salvajes y el Senado le decretaba el triunfo, ya se sabía: banquete en *Sacra-fames*, con el áureo cortejo de brindis belicosos; si un miembro del Senado pronunciaba un discurso que hacía romper en aplausos hasta a los amorcillos del techo, al día siguiente se le obsequiaba con una comida en el citado *restaurant*, y a los postres el anfitrión pronunciaba otro discurso que, si no tan brillante como el del Senado, por lo menos se aplaudía tanto, a impulso de unos estómagos tumefactos.

La aristocracia romana se reunía allí todas las tardes durante la *season* de invierno a tomar el té y a murmurar con los carrillos llenos.

Al traspasar el umbral, donde un botones fenicio nos daba las buenas tardes, se hundían muellemente nuestros pies en la blandura de una alfombra oriental, y ensanchaba nuestras narpias el suave olor de cien perfumes arábigos. Una discretísima oleada de luz caía como manto de caricia sobre el salón desde sus repliegues de la escocia, y un tapiz de color de bacalao, de Escocia también, cerraba el fondo con sus irisaciones poéticas. Las *tábulas* estaban casi todas ocupadas por lindas damas y apuestos galanes,

y ocupando nosotros una de ellas, elegantemente arrojados sobre los cojines de sus *petits triclinios*, contemplamos arrobados la fuente druídica que se alzaba en el centro, con el perenne susurrar de sus chorros; el soberbio artesonado de la techumbre, formado de bandejas de plata y abanicos japoneses; las pilastras de los muros, todas discretas y todas elegantes, y el armonioso verdear de las plantas exóticas, tales como los rosales de Jericó, los pamperos de Andorra y los lechuguinos de Damasco.

Los servidores, negros desnudos de cintura para abajo, circulaban incesantes con los servicios de té y otros cereales, mientras lucían el blanco marfileño de sus dientes y el bronceado matiz de sus nalgas. Una orquesta de *tziganes*, colocada bajo un inmenso paraguas de seda frambuesa, dejaba oir las notas mundanas de sus tirsos, violines y panderetas. Los instrumentistas eran todos hombres robustos venidos de los misteriosos confines de la Dalmacia; sus trajes exóticos (una dalmática de pana virgen con incrustaciones de zafiros y unos pantalones de indiana abiertos por detrás) y el poblado bosque de sus cabelleras, les daban un aspecto mítico y puruloso que conmovía hondamente las vísceras de las damas. Al tañer sus instrumentos ponían los ojos en blanco y sacaban la lengua como en éxtasis religioso, mientras, agitando leoninos sus cabelleras, arqueaban las

cejas y estornudaban eurítmicos. ¡Eran la gran novedad de aquel invierno, con sus piezas dislocadas, que las matronas se disputaban auditivas, y los tiernos cantos de su país, de marcado sabor a bicarbonato.

El pórtico arrojó sobre el salón tres figuras conocidísimas: Salvia, con manto de un verde catástrofe; su hija Tulia, con una túnica hechura sastre firmada por Mambrino, y Tarquino, siempre correcto y atildado. Repartiendo saludos y sonrisas fueron a ocupar una de las pocas *tábulas* que quedaban libres. Un negro se les acercó servicial, y demandó versallesco:

— ¿Qué va a ser?

— Té con todo, para las damas; a mí un *coktail* de la Arabia con media tostada de abajo.

— ¿Te has fijado en Marcela y su marido? — interrogó Salvia a su hija cuando el servidor se hubo retirado.

— Sí, madre; ella tan cursi como todos sus antepasados, y él tan meloso como Ifigenia.

En una *tábula* próxima, Cayo Licio y *las Mostacillas* deglutían voraces.

— Oye, Licio: ¿cómo no han venido hoy tus parientas?

— ¿Quiénes, las de Tulio Paulo? Están en el mes.

Hay que advertir que en el templo de Diana se celebraba todos los atardeceres de Febrero la función del mes de las flores de la Diosa,

y a ella acudían muchas doncellitas devotas.

En una *tábula* del fondo había gran concurso de risas y discreteos; el senador Propercio, su esposa, la bella Isquia, y sus tres sobrinas, que eran de las doncellas más bonitas de Roma, tomaban el té acompañados por dos jovenzuelos rubicundos (uno de ellos amante de Isquia) y por el elegante cronista de salones que firmaba con el seudónimo de *Ulises*. La orquesta acometía en aquel momento los desgarrados compases de la danza paraguaya, poniendo así un comentario tropical al flirteo profano de aquellos frívolos.

— ¿Sabéis que la pobre Terencia se ha quedado viuda?

— Me alegro que me lo digas — dijo *Ulises* —, porque así podré darle el pésame.

— ¡Pobre! ¡Y en qué ocasión le coge! Cuando tenía el marido fuera.

— Fuera de cuenta — dijo uno de los pollos.

— ¿Sí?

— ¡Vaya! ¡Como que, según me dijeron anoche en casa de las de Membrino, Polo no piensa volver a Roma.

— ¿Por qué?

— Pues porque se ha casado en la Bitinia con la hija del rey Menelao.

— Me alegro que me lo digas, porque así podré dar la noticia en el periódico.

— ¿Y es cierto — demandó Isquia — que

han nombrado gobernador de Armenia a Tino Celento?

— Cierto; ayer expidió el decreto el Senado.

— Es un nombramiento acertadísimo, porque Tinito en Armenia hará muy buen papel.

— Allí eso no es difícil; ¡con tanta fábrica!— dijo circunspecto el *pater familias*.

— Además, es un chico muy culto; conoce el *Edipo*, de Sófocles, y se sabe de memoria la historia de Tito Livio.

— También me han dicho que le han nombrado de *adlátere* a Capurcio.

— Sí; como aquél es un país algo peligroso, Augusto le ha mandado que se vaya con Tino.

— La que se casa es la menor de las *Furias*.

— ¿Cuál? ¿Indalecia?

— Sí.

— ¿Y con quién?

— ¡Con quién ha de ser! Con su primo.

— Es una boda tardía, porque ella hace lo menos dos lustros que perdió la virginidad.

— A propósito de lustros: ¿sabéis quién se encuentra hoy de cuerpo presente?

— ¿Quién?

— Cayo Saulo. Anoche, a consecuencia de una disputa con su cónyuge, se arrojó por la roca Tarpeya; por cierto que antes de matarse se estuvo aquí tomando el aperitivo. (Era ésta una costumbre muy extendida entre los suicidas romanos, que antes de abrirse la tapa de

los sesos cuidaban de abrirse el apetito para estar prevenidos a todo evento.)

— ¡Qué cuadro el de hoy en su casa! La viuda inconsolable; la prole inconsolable; hasta un esclavo a quien el difunto había criado a sus pechos, derramaba sobre el pavimento el agrio tributo de sus lágrimas.

— Me alegro de saberlo, para no aparecer por aquella casa.

Ovidio y Cayo Flavio, acompañados por la actriz Merecia, atacaban unos emparedados en una *tábula* junto a la puerta. El poeta estaba hoy triste por no haber podido encontrar un consonante a la voz latina *quotiescumquœ*, y contestaba con evasivas a la *causserie* de Flavio y la histriona.

El negro que les servía se aproximó a verter en su taza el contenido de sus cráteras.

— ¿Solo, o con leche? — interrogó el esclavo.

— Me es igual — contestó el poeta —; cuando se tiene el alma poblada de tristes presagios, ¿qué más da un poco de leche de menos?

— Sí que estás elegiaco, poeta — dijo la actriz —; a ese paso pronto te quedarás solo entre la gente de buen humor.

— *Je m'en fiche*... — contestó Ovidio, que había pasado el verano anterior en la Galia Cisalpina.

— ¿Pero qué te ocurre? — demandó Cayo—.

Nada te alegra, nada te conmueve; anoche mismo, y en casa de Casca, parece que estabas como cohibido delante de aquellas chicas.

— Ya sabes, Cayo, que no soy de los que se cogen la sandalia con un papel; pero, ¡por Zeus!, que me carga toda esa gente que no sabe poner en sus caricias un poco de idealidad.

— ¡Toma, y calma tus inquietudes psíquicas! — díjole la actriz mientras le ofrecía un bocadillo de jamón.

Los *tziganes* atacaban ahora la música perversa de *Le petit tonkinoise;* las cadencias picarescas de esta música lasciva hacían correr por los rostros, impregnados de voluptuosidad, una onda de satiriasis aparcelaria. En la murmullante calma de aquel ambiente de perfumes patricios había algo así como la salmodia lúgubre de una clase que camina a su hundimiento. Esto de la salmodia puede que fuera debido a unas latas de salmón a medio destapar que había cabe el trinchante del muro principal, y de las cuales emanaba un sutil tufillo de conservas trágicas; pero lo cierto es que la salmodia existía, sin género alguno de duda ni de cebolleta.

El senador Marullo y su consorte hicieron su aparición en el vestíbulo acompañados del matrimonio Fabricio; eran estos dos unos puritanos empedernidos, de rostro ascético y feal-

dad de tormenta, que estaban unidos a la familia de Marullo por vínculos de cognación. Ocupaban una alta posición en la sociedad romana, gracias a sus innúmeras riquezas y a tener su *domus* en el punto más alto del Esquilino; y aun cuando eran puritanos *enragé*, asistían a algunas fiestas de carácter mundano, llevando a ellas el espíritu vivo de su protesta indomable.

En cuanto la orquesta les divisó, atacó furiosamente el dúo de *Los puritanos*, de Bellini, en obsequio a los recién llegados:

«Suoni la trompa e intrepido
io pugnero più forte;
bello è afrontar la morte»,
etcétera, etcétera.

Fabricio y su esposa se santiguaron reverentemente al escuchar su himno de guerra, y fueron a ocupar con los Marullos una *tábula* indecisa; las notas vibrantes del dúo de la ópera inmortal corrieron por la sala como un huracán de presagios, llevando a muchos cerebros la dispepsia y a muchos estómagos la duda.

— Mira, allí está Ovidio — dijo la esposa de Marullo.

— También ése es de los sentenciados — agregó el puritano con voz de féretro catarroso —; hemos averiguado que ha convertido su

garçonnier de la Vía Flavia en tapadillo inmundo de vicios abominables.

— Pues a mí me parece un excelente mancebo.

— Mucho; pero con su fama de poeta se dedica a oficios que tienen que ver con las Musas lo que yo con las bailarinas de la Bética.

— ¡Esclavo! — agregó interrumpiéndose —, este té es apócrifo y esta mantequilla es arcaica. No se va a poder venir aquí, porque, además, los panecillos parece que los hacéis con gutapercha.

— Será el tiempo, señor — musitó sumiso el esclavo.

— ¡El tiempo! . . . Los tiempos dirías mejor, ¡hijo de la noche! Los tiempos de corrupción que corremos, que lo mismo te corrompen el corazón de un impúber que una lata de sardinas profesas. Cuando las altas clases comienzan por desviarse de su sendero, cuando la propia hija del Augusto acude en mangas de camisa...

— Calma, Fabricio, no te eleves — interrumpióle su consorte —; desecha preocupaciones y dedícate por ahora a las pastas.

— ¡Calma me aconsejas! ¿Se puede tener calma cuando se ve a un pueblo caminar al abismo? Lo menos que se puede hacer es gritarle: *¡Detente, pueblo infeliz! Considera. . .*

— Considera, Fabri, que estás llamando la atención; mira cómo todos se vuelven hacia

aquí. Salvia, desde su *tábula*, se está riendo de nosotros...

— ¡Salvia!... ¡También ésa caerá; también ésa pagará sus culpas lavando la ropa en el desierto!

— Pero ¿tan seria es la cosa? — preguntó un poco alarmado Marullo.

— Sí; de esta hecha triunfamos. A vosotros se os puede decir todo, porque sois seres de fondo puro y sin recovecos. Se trabaja en la sombra, porque con estas gentes no se puede dar la cara; pero el ánimo de Augusto se inclina más cada día en favor nuestro. Ya era hora, ¡por Ceres!, pues a un pueblo no se le gobierna con bondades. El César, para obrar, no exige más que una prueba plena de los crímenes de su hija, y de proporcionar esa prueba se ha encargado Verrio Flacco.

— ¡La verdad es que Roma se despuebla!

— Como que nadie cumple con la cónyuge más que los días de vigilia. ¡Ah, si todos fueran como tú, Marullo! ¡Cómo nos sonreiríamos de los germanos! Pero, no; a los romanos de hoy les asusta el ama de cría, como a los de ayer los galos. ¿Por qué será eso?

— Comprometen mucho; ya ves, nosotros tenemos siete en casa, y hemos tenido que poner un establo para ellas solas.

— No; no es eso, no; es que se ama el vicio, se ama la crápula, se ama la disolución, y ¡cla-

ro!, no queda tiempo para pensar en los hijos ni en las almas. ¡Oh, pueblo enviiecido! Oh, corrupción!

Al decir esto, un par de picatostes impregnados de manteca hicieron irrupción en su boca, y obstruyendo el istmo de las fauces, cortaron violentamente su discurso.

En la *tábula* de Propercio seguía el discreteo; las tres sobrinas, ahora amelonadas con *Ulises* y los dos pollos, musitaban sonrientes:

— ¿Os habéis fijado en la túnica de ella?

— Sí; será de algún saldo.

— ¡Pues y la toga de él!

— Parece el mapa de Germania: lleno de remiendos y salpicado de manchas belicosas.

— Estos puritanos creen que si no van sucios nadie los escucha.

— Ni aunque no lo vayan tampoco: yo no sé cómo Marullo transige con ellos.

— Mujer, porque son de la familia; aparte de que Marullo también es de una pesadez inaguantable.

— Pues a su mujer no debe pesarle mucho.

— ¡Malévola! ¿Qué sabes tú? . . . Aparte de que, con un poco de habilidad, no hay peso que no se aguante.

En la *tábula* de Salvia se animaba el diálogo:

— ¿Cómo has sabido eso?

— Anoche lo oí decir en el *Juvenalia*.

— ¿Pero eso será una broma?

— Muy en serio lo decían, y yo así lo creo.

— Pero si es imposible; ¿cómo va a enterarse ahora el novio de lo que le ocurrió a la novia hace tres años?

— Pues porque ahora es cuando ha hecho la prueba; la escena debió de ser graciosísima. Él, irritado, corrió a pedir explicaciones al padre: „¡Me ha engañado usted! Su hija tiene de núbil lo que yo de ama seca! ¡Esto es una burla!"

— ¿Y qué dijo el padre?

— Figúrate; lo que se le ocurre a cualquiera: que él no respondía más que de la dote; lo demás era irreparable y accidental.

— ¿De modo que la boda se ha deshecho?

— Por ahora, sí; pero... yo creo que volverán. Él no tiene dónde caerse difunto.

Marullo y Fabricio continuaban sombríos:

— Pero ¿supo, por fin, el abuelo lo que le ocurrió al nieto en Prenesto?

— Lo sospecha; hábilmente se le ha puesto la mosca en la oreja, y cuando llegue el momento oportuno sabrá toda la verdad.

— ¡Su indignación va a ser horrible!

— Cardenalicia y detonante; por eso guardamos avaros la noticia: para vencer con ella las últimas vacilaciones.

— Y si se decide, ¿qué suerte aguarda a Julia y a los suyos?

—Horrible, terrorífica; lo que menos esperan.

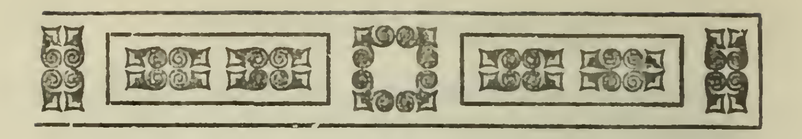
—¿La muerte?

—¡Ca!... Eso sería dulce beleño: sufrir un segundo y luego descansar para siempre. No; algo que les desgarrará las entrañas y les hará apurar el cáliz del dolor mientras vivan.

Por la sala cernióse siniestra la sombra de una amenaza. Por encima de los trajes vistosos de las damas y de los continentes pulcros de los varones se paseaba espectral la silueta negra de un porvenir de lágrimas. Los tarritos de *foie-gras* parecían despedir llamaradas violáceas, y de todo aquel conjunto sibilino emergía la nota desolante de un presagio indigesto.

Se inició la desbandada. Las telas de los trajes femeninos volvieron a dejar oir el *frou-frou* de sus pliegues al cruzar el salón; los esclavos, discretos, iban retirando poco a poco los servicios abandonados. Saludos risueños y retozones volvieron a escucharse en el ambiente perfumado.

La orquesta despidióse con un pasodoble de sabor arcaico; sus notas marciales animaban el desfile. ¡Aquel desfile de un patriciado sin moral y sin conciencia, que iba dejando los jirones de su pasado brillante entre las frivolidades de un presente bochornoso! ¡Aquel desfile del agotamiento de una raza entre música exótica y bocadillos de jamón!



III

LA MISTERIOSA PERSIA

La habitación que en los altos de la mole palatina ocupaba el preceptor de los hijos de Julia era una especie de establo con pretensiones; mezcla apestante de zahurda visigótica y de cueva troglodita, había en ella todos los malos olores de un aduar y todos los repugnantes misterios de una cuadra. Su techo, bajo e inconsciente, se adornaba en los rincones con unas soberbias telarañas *pour sang* y dejaba caer sobre las paredes el tapiz asqueroso de sus costras hirsutas. Extensas manchas de aceite de pino alfombraban el pavimento, y una capa de polvo milenario se extendía irreprochable sobre los objetos allí amontonados; eran éstos una mesa coja de nacimiento, cargada de papirus y latas de pimientos; tres sillas incultas, sin respaldo ni asiento, y un jergón de crin de roda-

ballo festoneado de costurones y remiendos. Enormes montañas de papel servían de habitación a un ejército de ratas, y un baúl-mundo de Caracas guardaba avaro el *trousseau* del dueño de la casa, formado por dos túnicas deshilachadas, una docena de calcetines rebeldes y tres calzoncillos veteranos.

Sólo una nota alegre y limpia destacaba en aquel conjunto de inmundicias: era un amplio ventanal que se abría al sol sobre el perenne verdor de la campiña romana.

Sentado ante la mesa, y con un folio entre las manos, se hallaba a la sazón Verrio, recibiendo en plena calva la dulce caricia de un rayo solar; a simple vista se apreciaba a maravilla que aquel hombre no se había lavado desde la fundación de Roma; una veintena de moscas se paseaba con orgullo por su piel de fregadero, y un suave manto de cochambre daba a su piel la transparencia de un estropajo sin oficio.

De vez en cuando el puritano, abandonando un momento la lectura, se revolvía en la silla con inquietud moral, levantaba una de sus manos huesudas, y dejándola caer violentamente sobre cualquier parte de su cuerpo, la retenía allí con presión continuada, mientras con la otra mano se hurgaba trémulo por debajo de las ropas hasta llegar al sitio en que descansaba la primera; a los pocos momentos tornaba

a sacar el brazo victorioso, y oprimiendo triunfante un objeto menudo y negruzco, lo dejaba caer sobre el pavimento, aplastándolo en seguida con la suela de la sandalia. Era una pulga, uno de esos animales ingenuos y progresivos que tenían establecida su *garçonnier* en el cuerpo apestoso del preceptor.

¡Gran día era aquél para el jefe de los puritanos! Aquella tarde y en la audiencia que Augusto le concedería después de recibir a la Embajada persa, quedarían echados los jalones del golpe definitivo asestado a la cabeza de sus enemigos los innovadores.

¡Floja noticia acababa de traerle aquella mañana uno de sus espías! ¿No demandaba Augusto una prueba concluyente para decidirse a obrar contra los modernistas, aunque tuviese que proceder contra su propia hija? Pues la prueba la tendría definitiva antes de que un nuevo día nos acariciase con sus luces.

Pero abandonemos lentos el antro pestilente donde se oculta la venganza, y trasladémonos a la explanada que se extiende ante la fachada principal de la mole palatina.

Es una espléndida mañana invernal; la caricia de un sol potente puebla la tierra de una atmósfera tibia, y el azul profundo de un cielo sin manchas enciende en los hombres el deseo de vivir; es una mañana de esas en que, dando de mano a preocupaciones angustiosas, se olvi-

da uno de las horas amargas y de los recibos de inquilinato.

Una multitud risueña y juguetona expande sus ocios por la explanada palatina.

Los más bellos *bambinos* de las principales familias patricias corren el aro o juegan al corro sobre el arenisco pavimento, mientras sus criadas anacreónticas despluman tranquilamente la pava con los pretorianos más aguerridos. Es la hora del relevo de la guardia palatina, y un público numeroso se dirige a presenciar la parada que junto al ala izquierda de Palacio se efectúa.

De pronto, del arco grandioso de la entrada principal de Palacio emerge un murmullo resonante; las altas bóvedas del pórtico se pueblan de sones armoniosos, y la gente se agrupa en doble fila a la parte afuera del edificio. Son los pretorianos que salen de dar su guardia diaria en las habitaciones de las personas augustas, y que se retiran a su *castra* acompañados por la banda del Cuerpo.

Saliendo del patio interior aparecen en el vestíbulo los primeros cascos y las primeras lanzas; en la relativa obscuridad del pórtico brillan los metales de las armas con un matiz opaco. El sonido marcial de un pasodoble hiere agradablemente nuestros oídos.

Al llegar la primera fila de pretorianos a la calle, rompen sus cascos y sus armas en un brillo de apoteosis al recibir la caricia del sol.

Ya está en la plaza toda la cohorte; a su frente un tribuno algo obeso luce con garbo, bajo la túnica escarlata, el prestigio de unas pantorrillas esféricas; tras él, y en formación irreprochable, los robustos mocetones del pretorio daban al sol el refulgir de sus cimeras áureas y sus lanzas de acero y el aristocrático flamear de sus túnicas de púrpura.

Los escudos de los soldados y el ancho filo de sus *gladiums* añadían una nota más a aquel conjunto de esplendores; los mofletes de los músicos, soplando en el metal de los bombardinos, enrojecían a compás de su andar rítmico, inalterable.

Después de un rato se vió a la cohorte desfilar por las calles de Roma en dirección de su cuartel; desde aquella altura sólo se veía el perenne brillar de los cascos y de los instrumentos de la banda; la música había dejado de oirse, y asemejaba aquel desfile a un andar perezoso de un monstruo policéfalo que vistiese un amplio *pardessus* recamado de estrellas.

Después de esta comparación a lo Víctor Hugo, será prudente que nos retiremos de la explanada por lo que pueda ocurrir; además, el sol pica irrespetuoso a medida que se va acercando al cenit, y no es cosa de pescar una meningitis timpanosa por curiosear un rato al aire libre.

***

Una Embajada persa había llegado por aquellos días a Roma. De todos los pueblos componentes de ese gran mosaico histórico que se llamó Imperio romano, era, sin duda alguna, la Persia el más cobista y el más adulador para con la metrópoli: apenas algún acontecimiento público o privado se producía en la ciudad inmortal, una comisión del seno de las clases elevadas del reino de los parthos hacía las maletas y, tomando un *no fumadores* en el primer correo que salía para Europa, se trasladaba a la capital del Lacio, con el doble objeto de ofrecer al Senado y al Augusto el pésame o el parabién, y de echar una canita al aire en los prostíbulos de la Suburra o en los infectos *cabarets* de la Puerta Metronia.

Los enviados pérsicos llegaron a ser tan populares en Roma como las mujeres adúlteras, y era muy frecuente que, al levantarse un patricio de su lecho de reposo, preguntase despectivo a su ayuda de cámara, mientras le pedía la Prensa de la mañana:

— Oye, Calipigio: ¿han venido hoy los persas?

— No, señor; pero parece ser que están al caer: ya deben haber atravesado el Helesponto.

La Embajada de ahora sería recibida esta tarde con toda solemnidad por Augusto, rodeado de su corte. Momentos antes de comen-

zar la ceremonia, el salón del trono del Palacio de los Césares esplendía de luz, suntuosidad y pedrería. El techo era todo él una pintura mural representando a maravilla la fundación de Roma: la loba sagrada, uno de los seres más cultos que ha conocido la Historia, se estremecía con los estertores del alumbramiento en el momento de dar a luz sus dos hijos, el Rómulo y el Remo; una comadrona, venida exprofeso para asistir al acto, de los lejanos confines de la Etruria, acariciaba maternal el Rómulo, mientras metía el Remo en un lebrillo de agua caliente, con el piadoso objeto de que se despojase de sus cazcarrias natalicias. Al fondo el párroco de una aldea cercana bendecía la primera piedra de la Ciudad Eterna, que presto iba a ser colocada sobre las siete históricas colinas.

Doscientas cincuenta y seis columnas de mimbre volteriano circundaban el amplio salón, a cuyo fondo se alzaba despreocupado el soberbio trono de marfil de Olimpia, traído a Roma como trofeo después de la segunda guerra púnica, y alineados a ambos lados del solio se extendían en semicírculo los patricios y las damas; las llamadas clases de etiqueta estaban allí con todo el esplendor de sus tocados y todo el prestigio de su historia inmarcesible: allí las damas de honor de la Augusta, con sus túnicas verdes erisipela y la palma simbólica en la

mano izquierda; allí los gentileshombres de casa y boca, casi todos contrahechos y con las bocas abiertas ante la suntuosidad del espectáculo; allí las camaristas secretas de Julia, todas bellas y todas con un extraño brillo en los ojos, denunciador de las noches pasadas en brazos de la hija de Augusto; allí los graves senadores y las opulentas funcionarias de alta estirpe y los jóvenes primogénitos de patricio, casi todos ojerosos y cenceños. Y en el trono, entre esplendores de púrpura y de alabastro, la noble figura de Octavio Augusto, con su espléndido manto de seda irreligiosa y sus sesenta y ocho años muy bien llevaditos; en su diestra, un cetro de marfil de Betanzos simbolizaba el poderío de Roma, y en su frente una corona de hojas de roble daba la sensación de un bosque milenario entre el oro algo marchito de sus cabellos. ¡Por aquella frente que ahora se alzaba potente entre el esplendor de la corte, pasaban a diario los planes gubernamentales del extenso imperio!

Tras él, y con inmovilidad de estatua, se alineaban los altos funcionarios de su casa, con Diómedes el intendente a la cabeza, y los jefes de los pretorianos. En el suelo, y junto al trono, unos triclinios de oro del Darro recibían amorosos en sus cojines las nobles figuras de Livia, la honesta, la impecable; de Julia, la amorosa, la siempre apetecible, y de Cneo y

Cayo César, los efebos druídicos y amables. Detrás de la primera estaban Marcia Lentina, su camarera mayor, y Cayo Flavio, de guardia hoy con la Augusta; tras la segunda se alzaba hermosa, y excitante como nunca, Salvia, la confidente y dama de honor de Julia; y con los terceros prestaban servicio Verrio Flacco.

Ante el trono daban guardia seis pretorianos rígidos y severos, y un número mayor de ellos se extendía por parejas en todos los ángulos de la estancia; la banda pretoriana, ocupando una tribuna frente al solio, se disponia a amenizar la recepción con las más divertidas piezas de su amplio y ecléctico repertorio.

El acto iba a comenzar; centenares de antorchas colocadas en los muros daban al salón aspecto de fantástica caverna y arrancaban destellos asombrosos a las telas y a las joyas de los invitados: un *nomenclátor*, alzando el tapiz del arco de entrada, llegó hasta el centro del salón y, saludando reverente, dirigió a Augusto estas palabras:

— Señor, los enviados del Rey de los parthos solicitan audiencia de tu augusta persona.

— Por mí, que entren — contestó Augusto con voz fatigosa.

Volvió a salir el funcionario, y a los pocos momentos apareció en el arco la noble figura del primer introductor de Embajadores, el anciano Tibulo Cecino. Tras él avanzaron con len-

ta gravedad los cinco representantes de la Persia; la banda pretoriana, desde su altura, blandió amenazadora los instrumentos; bajo la techumbre histórica resonó un murmullo atronador de leyenda; las primeras notas de la marcha de *Tannhäuser* acompañaron graves, heráldicas y circunfusas el majestuoso avanzar de los enviados de los parthos; uno de ellos era cojo, y con su andar arítmico acompañaba los sones vibrantes de la orquesta.

El jefe de la Embajada era un prestigioso general, Mizi-Morzi-Cayupelis, vencedor en cien combates y separado de su mujer por haberla sorprendido en el lecho con un sacerdote de Osiris; vestía un ranglán amarillento de telas orientales que le llegaba hasta más abajo de los talones, y llevaba sobre él un verdadero escaparate de joyería de la *rue de la Paix*. Los zafiros, las turquesas, los topacios, las croquetas y demás piedras preciosas formaban una verdadera coraza alrededor de su cuerpo, y hacían cerrar los ojos, deslumbrados ante aquella magnificencia. Otro de los embajadores era Mirko-Sánchez-Apaplugis, hombre de humilde cuna, pero que gracias a sus méritos había logrado elevarse a alturas inconmensurables; tenía un almacén de fideos y albondiguillas al por mayor en la calle principal de Teherán, y aun cuando se pasaba el día despachando cucuruchos de pasta para sopa, parece ser que

era una fiera para el derecho internacional. El resto de la Misión lo formaban dos hombres buenos y otro regular, que era el cojo. Todos ellos eran de aventajada estatura, y llevaban la cabeza libre de cascos o cualquier otro cobertor; de manera que, resumiendo, podemos asegurar que eran hombres de dos metros y cabeza libre.

Augusto, deferente, les preguntó por la familia, y tras las cortesías de rúbrica, alzó la voz y les dijo, en medio de un silencio sepulcral y de una expectación enorme:

— Sentáos.

— Gracias; estamos mejor de pie — contestó cortés el general.

El ofrecimiento de Augusto no era más que una cortesía, pues si los parthos hubieran querido sentarse, lo habrían tenido que hacer en el suelo, a falta de otro sitio más tenue en que reposar sus nalgas.

— Permite, ¡oh Divino! — musitó el embajador — , que antes de entrar en el fondo de la cuestión que aquí nos ha traído, te hagamos ofrenda de los presentes que nuestro soberano nos ha dado para tu augusta persona.



Se volvió hacia la puerta, y haciendo una seña al *nomenclátor* de guardia, esperó unos momentos; al cabo de ellos hicieron irrupción en la estancia un esclavo negro llevando sobre sus hombros un cofrecillo de ébano, y un mozo

de cuerda del Transtíber, que alzaba sobre sus espaldas encorvadas un enorme rollo de no se sabía qué materia. El general tomó en sus manos el cofrecillo, y abriéndolo, sacó de él un soberbio collar de perlas de Tabriz; extendiéndolo con las manos, dijo, dirigiéndose a Augusto:

— Esta valiosa presea ha pertenecido hasta ahora a la tia política de nuestro soberano: dicha virtuosa dama lo recibió en propia mano del dios Ormuz como recompensa a una cataplasma de linueso que la susodicha tía entregó al susodicho dios un día en que se vió fuertemente atormentado por un divieso capilar. La voluntad de nuestro rey es que desde hoy luzca en el cuello de tu augusta consorte; tómalo y cuida de guardarlo bajo siete llaves, porque, a lo mejor, en estos palacios hay cada socio que Zoroastro tirita.

— Dime — gorgojeó Augusto — : ¿y tiene mucho empeño...?

— En el Monte de Piedad de Tabriz han dado por él últimamente doscientos millones de escrúpulos.

— ¡Rediana! ¡Sí que son escrupulosos al tasar! — dijo Augusto.

— Pero vale mucho más, señor; puedes tomarlo en la seguridad de que podrá sacarte de un apuro.

— Que me place — murmuró Augusto mien-

tras afanaba la joya — ; pero mi pregunta no era esa. Yo quería decir si tiene mucho empeño vuestro rey en que esa joya vaya a parar al cuello de la Augusta, porque yo pensaba haberme hecho con ella una botonadura completa, y el resto destinarlo a pisapapeles.

— Allá tú, Divino señor; tú mandas en el Imperio del mundo y en las botonaduras familiares... Ahora permite que te ofrezcamos algo más valioso, algo más simbólico, algo que lleva en sí el espíritu de un pueblo y de una raza.

El mozo de cuerda se había acercado a una señal del almacenista; dobló la rodilla en tierra y dejó caer al suelo el cargamento que le agobiaba.

Los enviados de Persia, con ayuda de los negros, comenzaron a desatar el fardo; bien pronto de aquel envoltorio de telas surgió un rollo alargado pintado de verde, que lucía en sus extremos unas cenefas de tela basta; Sánchez-Apaplugis y Morzi-Cayupelis cogieron, cada uno por un extremo, de aquellas superficies arrolladas; en los cortesanos hubo un movimiento de curiosidad; las cabezas se alzaban ansiosas para contemplar el misterioso objeto traido de un pais de leyenda.

— Aquí tienes, señor — dijo el general — , el testimonio más grande del afecto de un pueblo; al venir enviados a ti por el alma milena-

ria de la Persia, hemos querido ofrendarte uno de sus productos naturales más celebrados. Son unas persianas, unas verdes y concisas persianas cultivadas con esmero en los espléndidos criaderos del valle de Popolópulis.

— ¡Gracias, nobles parthos! — exclamó Augusto — ; no podéis imaginaros cuánto os agradezco el presente; acepto orgulloso el regalo, y yo os prometo que desde mañana lucirán esas persianas en los amplios ventanales de las cloacas palatinas. Precisamente en esas humildes habitaciones se nota en verano un bochorno que atufa; ahora, gracias a vosotros, esos cuartuchos serán el punto de cita de las clases de etiqueta. ¡Gracias, nobles persas; los dioses os coronen!

— Y ahora permitidme, ¡oh Augusto!, que te exponga el objeto principal que aquí nos ha traído. Es el caso que a Persia llegaron hace poco noticias jocundas referentes a tu preciosa salud; parece ser que aquella bronquitis tuberosa que tanto te molestó en los últimos días de las Kalendas de Diciembre, ha remitido por fin, y tu preciosa salud vuelve a brillar esplendente sobre Roma. ¿No es cierto?

— ¡Cierto, gracias a Júpiter! Algo me molesta todavía una indecisa tumefacción de los ovarios inferiores; pero esto es *peccata minuta*, y ya puedo darme por fuera de cuidado.

— Persia entera celebra tu *resurrexit* y nos

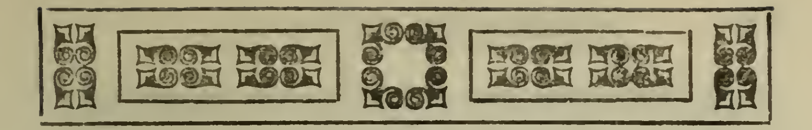
envía a nosotros como mensajeros del parabién de un pueblo.

—¡Adiós, nobles parthos! ¡Adiós, general! ¡Me alegro de verte bueno!

Al son monocorde de unos lanceros plañidos por la banda salieron del salón los enviados pérsicos. El acto había terminado.

En las damas cortesanas las últimas palabras del embajador habían dejado un sedimento de amargura; aquella despedida tierna y anacreóntica, aquel delicado detalle de las persianas, aquel dolor con que el extranjero hablaba de la bronquitis del Augusto, conmovieron a estas matronas de alma sencilla y orejas de foca adúltera, hasta el punto de que algunas, preocupadas con los dolores del partho, se dejaron caer en los triclinios para mejor desahogar su pecho en erección.





IV

NOCHES VERDES

El *atrium* del *Juvenalia* rebosaba de gente; iban llegando los socios, jóvenes en su mayoría, y después de entregar a los esclavos del guardarropa las togas y los chanclos con que se defendían de la lluvia, avanzaban risueños, perdiéndose en los salones del Círculo. En el pórtico, la figura varonil y aterrante de Cneo, *Tripas de acero*, destacaba vigorosa, empuñando en la diestra un roten secular, mientras arrojaba una mirada inquisitiva sobre todo recién llegado; si concebía la más ligera sospecha acerca de alguno de los concurrentes, no le perdía de vista en toda la noche hasta averiguar si se trataba de algún enviado de los puritanos, y si era así, la emprendía con él a mamporros y toñas, y a fuerza de silogismos acababa por arrojarlo al vertedero de las cloacas.

El *Juvenalia* era el Círculo de recreo más distinguido de Roma; a él pertenecían los jóvenes más ilustres del patriciado y algún que otro anciano lúbrico y procaz que procuraba hacer un buen papel entre aquella turba de libertinos.

Tres años antes, y merced a la iniciativa de un socio ya difunto, se habían inaugurado en el *Juvenalia* las célebres *noches verdes;* eran éstas unas fiestas galantes y perversas, a las que acudían las mujeres más honradas y hermosas de Roma, y en las cuales, después de una comida espléndida, se entregaban los concurrentes a la lascivia más torpe y desenfrenada.

Salvia era asidua concurrente a estas orgías, y en ellas hacía gala la jamona de toda su maestría en las lides del amor, siendo la admiración de los más expertos, sobre todo en la composición de los cuadros vivos.

Hoy la fortuna sonreía a los jóvenes socios: el día antes y por conducto fidedigno, se había sabido en el Círculo que Julia, arrojando por la borda los últimos escrúpulos, asistiría por primera vez a la fiesta nocturna de esta noche. No hay que decir el revuelo que la estupenda noticia había producido entre los voluptuosos jóvenes juvenálicos.

Por los vastos *tablinums* y salones del Círculo, alhajados con un fausto sobrio y decorados, según moda, a la egipcia, se repartían esplendentes los socios, saboreando de antemano en

una charla procaz los encantos de la fiesta. La visión de aquellas hembras desnudas que dentro de poco cruzarían ante su vista, les hacía pasarse la lengua por los labios en un anticipo de caricias, y aquellos que no habían tenido aún la dicha de contemplar en paños menores a la hija de Augusto (que eran los menos) se regocijaban de antemano con el espectáculo futuro. Aquellos hombres, amorales como camellos, pensaban que quizás en el reparto de las caricias de la hermosa les tocase a ellos alguna parte. El *pêle-mêle* que solía seguir a las libaciones de la cena autorizaba estos presentimientos optimistas.

En el salón de lectura, un viejo verde con ojos de sátiro se tragaba trémulo, a la luz de una antorcha, las páginas enteras de las obras de Ovidio: era el aperitivo; el hombre conocía sus clásicos y se estaba preparando a quedar como un hombre en la próxima *baguarre* leyendo las admirables páginas del *Ars amandi*.

En otro aposento, tapizado de azul concilio, varios prestigiosos próceres, repartidos en *tábulas*, jugaban con elegancia el juego de moda: las tabas. Era éste un pasatiempo de una suprema distinción, que había llegado recientemente a Roma importado de la corte de Archelao, rey de Apapucia. Los patricios romanos acogieron presto en sus tertulias el aristocrático juego, y parece ser que era también muy cultivado en

las púdicas sacristías de los templos de Roma por los grandes sacerdotes que aguardaban ociosos que les llegase el turno para la misa pagana. En el coqueto salón de *Juvenalia* se jugaba con parquedad señoril, nimbado en sus evoluciones por el tenue conversar de los jugadores mundanos.

Uno de ellos, decurión de la remonta, musitó de pronto con alegría en las cejas:

— ¡Arrastro! — y arrojó un naipe sobre el tapiz de la *tábula* con gesto vencedor.

Los demás se miraron desorientados un momento, hasta que uno de ellos exclamó decidido:

— ¡Fallo ese as, por Vesta! — y pisó al audaz arrastrador con un siete de copas gentilicio.

El juego siguió armónico; pero en el *Juvenalia* se jugaba a algo más que a las tabas y a los dados. Lector, ven conmigo por este amplio pasillo de la derecha; atravesemos luego este salón de baile, hoy poblado de silencios; subamos esta escalera volteriana; tropecemos inevitablemente en la obscuridad de este corredor con un trípode disoluto, y nos encontraremos ante una puerta blasonada, delante de la cual dos siervos encadenados, es decir, con argénteas cadenas al cuello, defienden el paso a los entrometidos; un señor de unos cincuenta años, correcto y metalúrgico, nos pedirá los nombres y los antecedentes de familia. Damos los primeros (supuestos, ¡por supuesto!) y ocultamos

cuidadosamente los segundos, porque no es cosa de ir contando nuestros líos al primer curioso, y ya podemos pasar adelante. Muchas veces ocurre que el señor metalúrgico, para poseer toda clase de datos acerca del aspirante a punto, le pregunta si tiene alguna señal en la epidermis, tal como cicatriz, lunar, etc., y es muy frecuente que el recién llegado conteste con amabilidad:

«Tengo dos lunares,
tengo dos lunares;
el uno junto a la boca», etc.

¡Véase cómo entre los muros lujuriosos del *Juvenalia* se presenta ya hace veinte siglos la aparición gloriosa de la música ibera!

Tramontamos la puerta y nos encontramos en un salón de finas proporciones (no siempre han de ser vastas) y muros tapizados de amianto; en su centro una amplia *tábula* rodeada de taburetes congrega en sus flancos todo un enjambre de cabezas patricias.

Aquella habitación, antro plutónico y sala de crímenes nefandos, inspira a nuestro cerebro reflexiones de una profundidad himaláyica. ¡Eterno contraste de la vida y de los humanos! De aquel departamento, ¡cuántos jóvenes habrán salido, después del desplumen definitivo, para ir a arrojar elegantemente su cuerpo por el viaducto de la roca Tarpeya!; pero ¡cuántos,

después de tirarse diez y ocho plenos seguidos, habrán salido con aires de Cresos subvencionados para ir a derrochar los áureos y denarios que en su mano puso la suerte, en algún *restaurant* del Foro, o en algún almacén de sandalias a la medida, de la Vía Preponia!

Por los ámbitos luminosos de la estancia resuena incesante el tintineo de una cascada metálica; los áureos y los denarios fluyen constantes en un perpetuo cambio de dueño, provocando el gesto risueño de los que ganan y la mueca agria de los que pierden. De trecho en trecho resuena áspera y salmódica la voz cortada de un *croupier:*

— ¡Hagan juego, quirites! — decía invitativo el jugador asalariado; y después de los consiguientes *¿Está hecho?* y *No va más* de ritual, habia un momento de ansiedad silenciosa en la concurrencia, durante el cual hubiera podido escucharse el vuelo de una ostra; luego, y tras el fallo inapelable de la suerte, se alzaba el murmullo rugiente de los comentarios, mientras algunos puños patricios se alzaban quejumbrosos a la altura de las cabezas, y algunas sandalias nerviosas golpeaban despechadas el pavimento.

Dos o tres jóvenes despreocupados y sin principios se dedicaban furtivos a la cristiana y misericordiosa tarea de alzar cadáveres: algunas veces les daba resultado la estratagema;

pero las más de ellas tenían que abandonar la fúnebre ocupación entre el abucheo coreado de los puntos, y tapándose el rubor del rostro con la palma de la mano iban a ocultar su fracaso en el *water-cloaca* más próximo.

— Cien denarios al tres purpúreo — exclamaba de repente un patricio decidido.

— Van — musitaba el *croupier* somnoliento.

— Ese áureo se retira — se oía a lo mejor entre el ajetreo de las nuevas posturas.

¡Cuántos patrimonios amasados con la rapiña en la Germania o en la Panonia por los legados voraces, se habían deshecho en este salón entre la indiferencia muslímica de los espectadores!

Pero no filosofemos, y apresurémonos a evadirnos del susodicho antro antes que una mala tentación nos haga dejar sobre la mesa los escasos sestercios filipinos que nos dejaron nuestros antepasados; no sea que en un momento de voluntad débil vayamos a quedarnos sin patrimonio adventicio, y tengamos que salir de Roma sin terminar la novela y, lo que es peor, sin haber podido pagar a la patrona que tan gentilmente nos hospeda en la Vía Viminalis.

En el salón del festín se había instalado una mesa en forma de cuerno, como discreta alusión a los maridos ausentes; en torno a ella, y sobre enciclopédicos triclinios, se iban sentando los primeros invitados. Una orquesta de

aúdes y timbales se disponía a acompañar a las danzarinas, que bailarían circunspectas durante toda la comida, y a las bacantes, que al final del *pranzzo* serían cubiertas por turno riguroso por los patricios más lascivos. Un centenar de esclavos camareros trajinaban ululantes con las rodillas debajo del brazo preparando los más nimios detalles del festín, bajo la cogolluda dirección de un *maître* traído expresamente de Boulogne-sur-Mer para el mejor orden del acto.

La fiesta iba a empezar; la mayoría de los comensales, ya en sus puestos, entretenían la espera de la llegada de Julia atacando heroicos el salchichón, que se ofrecía pudoroso en unas vitrinas mozárabes. Los rabanillos de Damasco, los pétalos de vaca académica, las aceitunas de Menfis y demás entremeses por el estilo iban siendo devorados con ardor por los patricios y patricias, que de cuando en cuando, y para dar a aquellos preludios del festín un ambiente helénico, se tiroteaban con los huesecillos de las olivas y con las cortezas de los pétalos. Allí estaban todos nuestros amigos: Cayo Flavio ocupaba un triclinio con la hermosa actriz Merecia; su primo Cayo Licio se hacía acompañar a derecha e izquierda por las inevitables *Mostacillas*, que, para honrar mejor a su seudónimo, la habían emprendido *ensemble* con el bote de la mostaza, que iban dejando exhausto con ayuda

de unos panecillos del Pireo; Ovidio, el egregio artista, dialogaba íntimo con Isquia, la mujer de Propercio, a quien conocimos en *Sacra-fames.*

Marullo, el grave y prolífico senador, había venido también a esta fiesta; y ¿cómo no? El fecundo patricio deseaba conocer a conciencia todos los bajos fondos morales de la calumniada sociedad romana, y para poder formar un juicio exacto acerca de ellos, concurría a todo festín en que se hiciesen cosas jocundas; para que le ayudase en aquella tarea puramente investigadora, se había hecho acompañar esta noche por una linda circasiana de edad núbil y curvas espléndidas, que con sus ojos rasgados y labios de compota estaba excitando la admiración sensual de aquellos jóvenes patricios, y poniendo enhiesta a más de uno esa molécula espiritual que todos tenemos en salva sea la parte, conforme se penetra en la *psiquis*, a mano derecha.

Con su eclecticismo sutil, Marullo vivía como el pez en el agua, entre puritanos e innovadores; es decir, que hoy hubiera sido clasificado con el bíblico *cognomen* de *vivo;* pero en el *argot* romano esta palabra no tenía significación exacta, y más bien se le podía señalar con el clásico apodo de "hijo de la loba" (1).

---

(1) Véase Terencio, en sus *Orígenes del apodo*, página 13 del tomo XVI.

Mesala Corvino cultivaba a una jamona bastante apetecible; el atildado *Ulises*, el glacial y fecundo cronista de salones, habia prescindido de toda compañía femenina; hombre de su tiempo y de un platonismo completamente efebal, rendía aquella noche culto completo a sus aficiones anormales, sentando en su triclinio a un muchacho bellísimo, aunque de baja extracción, pues parece ser que se ganaba la vida tocando el organillo en los merenderos de Prenesto; *Ulises* y su concubino se repartían con equidad un cohombro milenario cazado a lazo en alguna churrería del Transtíber, mientras el cronista, para dar a su *ménage* un tinte versallesco, iba recitando meloso la última oda de Propercio.

De repente hicieron su aparición en el salón Julia, del brazo de Sempronio Graco, y Salvia, llevada por Paulo Lombricio, joven de nueve años, a quien la jamona utilizaba por aquel entonces.

Un triple vítor religioso acogió la presencia de la hija de Augusto y de sus acompañantes, que recibían risueños aquel homenaje de una asamblea de libertinos.

Los comensales del sexo masculino coronaban todos sus cabezas con simbólicas guirnaldas de rosas de té, y los del sexo femenino iban desnudos de los hombros para abajo, con sólo una hipócrita gasa sobre sus formas divinas.

Los de ambos sexos, como *Ulises*, el organillero y otros, adoptaban uno u otro tocado, según caían las pesas.

La música plañió un aire pastoril y gallego; las danzarinas, en el centro de la estancia, comenzaron a mover rítmicas sus caderas en un desplegar de los primeros pasos de unas seguidillas. ¡Qué hermosa estaba Julia aquella noche! Con un tenue velillo de pepitas de oro sobre su sagrado cuerpo, y con la espléndida cabellera castaña cayéndole en rizos sobre la frente, atraía a todos con el brillo fosfórico de los ojos y el sonreir malicioso de los labios de fresa. ¡Nunca había estado tan apetitosa! Cayo Sempronio, a su derecha, la colmaba de caricias y de aceitunas, mientras Salvia, a su izquierda, iba llenando los carrillos de su pueril amante con ciclópeas tajadas de salchichón arriano. Se sirvió primero un soberbio ánade en adobo, que circundaba sus flancos con diminutas partículas de zanahoria belicosa.

De los servidores del Círculo, dos llamaban poderosamente la atención de los comensales por su aire distinguido y porte aristocrático; habían comenzado a prestar servicio aquel día, y ¡por Juno, que lo hacían como dos consumados veteranos! El uno era exclusivamente flaco y anguloso, luciendo sobre su rostro, de un cetrino irisado, unas espléndidas melenas rubias; no tenía más defecto que llevar la *vesta* algo su-

cia, con un poblado de manchas; pero, por lo demás, servía como un consumado camarero y mudaba los platos con una presteza de tortuga. El otro, un poco bajo de estatura y de mirada penetrante, cubría su testa con un pelo rizado y negro como ébano, y emanaba un perfume de realeza que a más de un invitado traía preocupado desde el principio de la comida. Recomendamos al paciente lector que no pierda de vista a estos esclavos en sus múltiples evoluciones; después sabrá por qué le hacemos esta recomendación, completamente desinteresada y apriorística.

Tras el ánade vino un relleno de almejas y arroz con leche servido con salsa de impúberes violados, que tenía un marcado sabor a agua de Carabaña.

Las bacantes, enlazados los talles, daban al aire sus entrepiernas en una cabriola lujuriosa. Entre los invitados la atmósfera se había caldeado un poco, y ya las caricias se habían hecho más íntimas y convincentes. Cayo Flavio, sentando a Merecia en sus rodillas, trataba de convencerla, mundano, de la inmejorable mezcla que producía la leche derramada sobre la almeja, siempre que la operación se hiciera con arte; Marullo, siempre observador y metafísico, se hallaba empeñado con la circasiana en una disputa original: parece ser que la endiablada chica era atea de profesión, y, además, negaba

en absoluto la existencia del alma, cantada por Platón; el senador, para convencerla y sacarla de las tinieblas del error, se había metido debajo de la mesa, y, remangando las faldas de la vecina de Circasia, la iba señalando sobre el terreno el sitio exacto en que, a su juicio, el alma residía.

Los platos se sucedían veloces: unas lenguas de caimán silvestre con filetes de medias tostadas y unos conejos epicúreos con albondiguillas agnósticas dieron ocasión a los más humorísticos patricios para cultivar el chiste pagano y gentilicio.

Gracias a la frecuencia de las libaciones, el nivel moral había descendido un poco, pues en esto de la influencia del vino sobre la *psiquis* se observa un fenómeno muy curioso; y es, que a medida que crece el caudal vinícola, desciende el nivei psíquico, cosa que, como se ve, no puede ser más paradójica. ¡Pero qué le hemos de hacer! Ese mismo fenómeno lo ha observado muy bien Fenelón en los descensos pandémicos de la influencia religiosa, pues, como hace notar dicho distinguido compañero, a medida que crecen los templos descienden las religiones, y viceversa. Es un caso de subconsciencia infraepidérmica que se repite mucho en la Historia.

—¡Que cante Merecia! — dijo atrevida una voz.

Al instante la siguieron varias indecisas, y bien pronto un coro de ellas repitió imperativo:

— ¡Sí! ¡Que cante! ¡Que cante!

La hermosa actriz se vió obligada a obedecer; separándose de los brazos de Flavio, con gran disgusto del patricio, saltó al centro de la estancia, y, acompañada por un aire picaresco de la orquesta, comenzó a tararear, mientras se remangaba maliciosa la enagüilla:

LA CAMISA DE DIANA

La camisa de Diana
Saturno se la llevó;
la camisa ha parecido,
pero la Diana no.
En el Olimpo
todos inquietos,
andan en busca
de un amuleto
que les devuelva
a la deidad,
pues dicen que los dioses
sin tocar a Diana más de tres días
no pueden estar.

Oh que sale cochon
c'est ça l'Olimpoo!
Oh que nom de Dieu
qu'est que Diana fait!

Un rugido ebrio emanó de aquella concurrencia canalla; habíamos llegado a los postres del ágape, y la excitación carnal de los invita-

dos se lucía ya, libre de prejuicios, sobre los triclinios y aun sobre la *tábula;* muchas socias, despojándose ingenuas del velo de gasa, única tela que cubría sus carnes, se exhibían desnudas sobre los triclinios, aguantando pacientes el peso moral del patricio que les había correspondido en suerte; otras, más prácticas, se habían refugiado en un rincón en compañía del amante, y, revolcándose evangélicas por el suelo, empuñaban en la diestra algún salchichón furtivo cogido por ellas al desgaire en las vitrinas alimenticias.

Los postres fueron solemnes: compota de barbos, crema de *ager publicus*, lubinas pendientes y carne de membrillo con aplicaciones de ciruelas libertas. El sonido alegre y sensual de unas sevillanas resonó triunfal por la estancia; tres parejas de danzarinas recién llegadas de Híspalis dieron al aire la carcajada de sus crótalos. Pronto sus cuerpos cimbreantes fueron retorciéndose con elegante regocijo, mientras el alzar prestigioso de sus piernas dialogaba a maravilla con el arquear nervioso de los brazos en una profecía mitológica y flamenca. Un *farinelli* que estaba de tenor en la capilla musical del templo Capitolino, acompañó con voz de soltero *malgré lui:*

«Arenal de Sevilla,
¡cariño!
¡Roca Tarpeya!»

El público, para estar más en carácter, atacó furioso las aceitunas sevillanas, que se ofrecían sacrílegas sobre unas ensaladeras de Tanagra. Seguía el gracioso contoneo del baile más elegante del mundo; si San Isidoro hubiera podido presenciar aquel triunfo danzante de sus paisanas, de seguro que dimite la mitra para irse de bolero absoluto con la primer remesa de danzantes que hubiese hecho rumbo a las costas del Lacio. *Farinelli* seguía, ya ebrio de estetismo:

«Un manojo de claveles,
un manojo de claveles,
un manojo de claveles,
me regaló Cayo Flavio;
qué bonitos, qué bien huelen,
qué bonitos, qué bien huelen,
qué bonitos, qué bien huelen,
en el arco de Trajano.»

El vino, los licores, la leche y el humorismo corrían a raudales en aquella apoteosis de la bacanal; algunos patricios desenfadados y diuréticos desahogaban sus necesidades menores en las cráteras ya exhaustas y rociaban después con ellas las cabezas de los vecinos. *Ulises* y el organillero rendian culto a su afición retrasada en medio de un rollo de alfombras enrojecidas. Salvia, estrechando contra sus pechos de cantera al jovenzuelo amante, manufacturaba amorosa en su sexo, mientras por

detrás se dejaba acariciar plenamente por un patricio robusto; las dos *Mostacillas* ofrecían conjuntamente a Cayo Licio el refugio amoroso de sus cuerpos, que el joven iba tomando con el doble atributo viril y bucal; Ovidio é Isquia, caídos el uno sobre el otro, ofrecían el soberbio espectáculo de una postura de viceversa. En un extremo de la sala se hacían exactas reproducciones del famoso triángulo de la Suburra, y en el opuesto un jovencito fuertemente amarrado a una columna sufría los repetidos vampirismos de tres soberbias matronas, que le tenían ya semiagonizante, con los ojos en blanco y la cabeza caída hacia atrás. Cayo Flavio y Merecia se acoplaban en una postura bizarra: ella estaba de rodillas, y él a su espalda la tomaba con el fuego voluptuoso de un can lúbrico.

El contacto bestial de aquellos cuerpos desnudos había desatado por la sala un apetito devastador: ni una mano, ni una boca, ni ningún otro miembro estaba cesante, y en el continuo rugir de unas ansias satisfechas había murmullos de agonía y suspiro de derrota.

Hasta las púdicas danzarinas y bacantes habían sucumbido al contagio general, y abandonando los crótalos, se decidieron a empuñar otros objetos más sólidos. Seis o siete de ellas habían cogido por su cuenta al *farinelli* cantor y le traían tan revuelto, que el pobre tenorino

no tenía ya miembro libre en su cuerpo con que atender a todas: las manos, la boca, el hirsuto penacho subconsciente, todo lo ponía a contribución el pobre mancebo para satisfacer la voracidad imperiosa de aquellas insaciables.

La mano nacarina de Julia oprimía con furia un objeto de la absoluta pertenencia de Cayo Sempronio: uno de esos objetos inalienables que, al desprenderse de nuestra persona, arrancan de ella nuestro principal distintivo de varones. ¡Dios nos libre! ¡Júpiter quiera conservarnos por quinquenios eternos la posición del susodicho objeto en el sitio en que la sabia natura lo colocó!

Entonces ocurrió algo que, por ser inesperado y druídico, conmovió profundamente los cimientos del *Juvenalia* y dejó un recuerdo imborrable en los espectadores de aquel hecho de un bochorno milenario. Julia se había alzado triunfante, de pie sobre un triclinio, luciendo por encima de las cabezas patricias el espléndido panorama de su paraíso de curvas. Para más remachar el clavo de lo inevitable, vino de perilla una lasciva actitud de la hija de Augusto: pasándose las manos por la nuca, elevando mucho los brazos y arqueando las caderas, entornaba los ojos como invitando a todos a una posesión definitiva. Aquello fué el principio del fin; cien cuerpos humanos rodearon jadeantes el triclinio donde se alzaba la hermosa, dis

puestos a lanzarse sobre ella y a disputar por la fuerza a los demás el cuerpo esplendente de la divina.

Todos los *ménages* refugiados en los rincones se deshicieron, y hasta los músicos, abandonando los instrumentos con que se ganaban la vida, empuñaron aquellos con que la perdían. Los más audaces pusieron mano en el cuerpo de la aterrada y la hicieron caer de espaldas sobre el triclinio; cinco bestias humanas saltaron al momento sobre ella y la iniciaron en una violación horrible, mientras el cerco de apetitos se estrechaba a su alrededor.

¡Era el imperio del infraconsciente psíquico de que hablaba Macaulay, que se enseñoreaba de unos cuerpos ahitos de salchichón! Un artista musical que, para dar más carácter helénico a la bacanal, había irrumpido con las primeras notas de una fuga de bombo, se vió pisoteado por la masa y tuvo que interrumpir su homenaje a Orfeo. La pobre Julia moría bajo el peso de aquellos sátiros, en medio de un goce completamente *masochista.*

Un hombre férreo se abrió paso a empellones entre aquella barrera de crápula y llegó hasta el triclinio vomitando blasfemias y blandiendo una estaca milenaria: era Cneo, *Tripas de acero*, que, avisado de lo que pasaba, llegaba a cumplir con su deber de guardador del orden y a salvar la vida de la hermosa, ya su-

cumbiente a las caricias de unos micos. Le seguían Cayo Sempronio, Salvia y los dos esclavos de que antes hicimos mención y que tan buen papel habían hecho con sus melenas pletóricas. Aquel grupo se impuso a todos y consiguió detener la ola de bestialidad, gracias al prestigio del garrote de Cneo y a un estilete emponzoñado que blandía Sempronio en la diestra.

Con gran trabajo, Julia se vió al fin libre de sus verdugos; caída sobre los brazos de Graco, dió unos pasos y perdió el sentido sin darse cuenta. Formando todos un escudo a su alrededor se encaminaron a la puerta, llevando el cuerpo yerto de la joven como un pendón derrotado y deshecho.

Con grandes trabajos ganó la comitiva de Julia la salida. Adentro continuaba la bacanal en un reverdecer de energías.

* * *

Unos minutos más tarde los dos esclavos de las melenas cruzaban veloces las calles de Roma en dirección al Palatino.

— ¿Has visto? — dijo el más alto a su compañero — . ¿Tenía yo razón? ¿Me llamarás ahora calumniador?

— ¡Calla, no atormentes mis oídos! . . . ¡Por Júpiter te juro que antes de que el mes finali

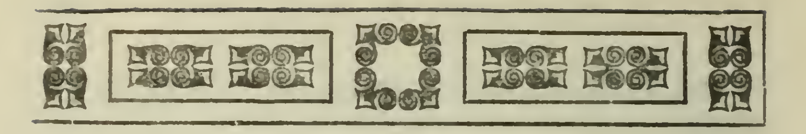
ce sabrá Roma cómo no ignoro el arte de castigar!

Hacía bochorno en aquel comienzo de primavera; los dos esclavos, para refrescar sus frentes, se arrancaron *al unis* las pelucas.

Un rayo de luna acarició sus rostros; la calva repugnante del uno y los rizos áureos del otro les denunciaron. Eran Verrio Flacco y Octavio Augusto, que, disfrazados de sirvientes, habían presenciado toda la orgía del *Juvenalia*.

Por las augustas mejillas del segundo resbalaban titilantes unas lágrimas de furor. El dueño del mundo las enjugó con el reverso de las sandalias.





V

LUPERCALIA

TARQUINO atravesó el puente sobre el río y se internó en la isla Tibernia; la suave caricia de la sombra de unos laureles se extendió confortante sobre su figura.

Roma celebraba aquellos días sus famosas Lupercales, y se extendía retozona por las calles de la gran ciudad una ráfaga deshecha de impudor y de locura; el pueblo romano celebraba con aquella fiesta la fundación de Roma, el doble alumbramiento de Rómulo y Remo y el culto lúbrico del dios Pan. Por la mañana, los devotos romanos se habían congregado reverentes ante el ara de la deidad harinera, y escuchando atentos los sermones de los sacerdotes lupercos, habían hecho la ofrenda de unos panecillos de Viena, como tributo reverente al dios de los artistas panaderos. Después de la

ceremonia religiosa, las calles de Roma se veían invadidas durante tres días por un ejército de sátiros que, llevando por toda vestimenta la clásica piel del macho cabrío, se entregaba a las más libres expansiones del sexo, mientras bebía a torrentes el sagrado licor báquico. Romano había que al llegar la tercer noche de *Lupercalia* arrojaba el valdepeñas hasta por los intersticios de los sobacos, teniendo que refugiarse a última hora en el previsor amoníaco, que se administraba gratis en los retenes de la guardia del Prefecto.

He ahí los orígenes del actual Carnaval; las doncellas romanas que querían conservar en buen uso el signo sagrado de su doncellez, tenían que abstenerse de salir a la calle en estos días luctuosos y pasarse setenta y dos horas haciendo encaje de bolillo en el peristilo familiar, pues estando abolidas durante las Lupercales todas las leyes punitorias de la violación y del estupro, lo mismo se atacaba a la doncella impúber que al grave senador puritano; lo mismo perecía la matrona viuda que el opulento presbítero de Vesta o del Capitolio. ¡Bien puede asegurarse que la persona que en aquellos días se aventuraba por las calles de Roma era porque no tenía nada que perder en materia de iniciaciones amorosas!

Aventurémonos, pues, nosotros, ya que afortunadamente, nos encontramos en ese caso

y vamos con Tarquino al paseo de Pan de la isla Tibernia, que era donde aquellos días se concentraba la animación de la urbe relajada.

¡Parece mentira que hayan pasado veinte siglos! ¡Cuán poca diferencia, lector, entre aquellas fiestas de un pueblo decadente y los desfiles del Carnaval de hoy por el paseo de la Fuente Castellana!

Un enorme montón de carne humana se apelotonaba rugiente. Los más variados disfraces circulaban risueños entre el enorme gentío, ocultando con la mueca de sus carátulas el rostro de sus portadores; ya era el hortera del *Felabrum* que se había disfrazado de senador cornudo; ya el sacerdote de Minerva que se ocultaba bajo el espléndido ropaje de una matrona en meses mayores; ya la púdica mujer de su casa, que echaba una canita al aire adoptando el disfraz de gladiador divorciado; ora el macilento orador del Foro o de las Termas, que para despistar salía vestido de persona decente; ora el comerciante sesudo, que envolvía sus carnes con el manto de la vestal incólume.

De cuando en cuando cruzaba majestuosa, atrayendo la admiración de la plebe, la silueta señoril y apocalíptica de una destrozona; cubría sus miembros inferiores con una tela multicolor, comprada, indudablemente, en un bazar de togas hechas, y ciñendo el busto con el esqueleto de un trapo de cocina, anudaba a su cabe-

za uno de esos pañuelos de hierbas que llevaban las *ancillas ostiarias* al salir por la mañana a la compra del mercado Toranio. Sobre el hombro apoyaba con porte mayestático el airoso palo de una escoba proculeyana con el mocho roído y poblado de nostalgias de basurero. ¡Era un símbolo tal mascarita! Con cuatro trapos que Diógenes desdeñaría por haraposos, había sabido nimbar su cuerpo con la aureola de una leyenda de siglos, y cruzando triunfadora por entre una masa de adoradores, iba esparciendo por los aires el aroma exquisito de algo que no muere, que no puede morir por mucho que los tiempos evolucionen: ¡el contenido espiritual que necesita tener un ser humano para lanzarse a la calle en una *tenue* semejante! Ya veis cómo la figura de la destrozona ha sabido conservarse intacta a través de veinte siglos de influencia clerical; este solo detalle dice más en su favor que cuanto nosotros pudiéramosañadir.

Una nota original y atrayente vino a distraer un poco el ánimo del patricio: por detrás de la estatua de Pan, que alimentaba el centro del paseo, surgió un conjunto policromo de ropajes extraños: era una comparsa, una mascarada absurda y proteiforme que representaba a maravilla la entrada de los dioses en el Paraíso en una noche de *début* sensacional. Los individuos que la componían iban todos desnudos, pero cubrían sus intimidades inarmónicas con

un taparrabo bicorne; con sus manos tañían la siringa y con la boca pulsaban el plectro, mientras daban al aire el tenue rugido de unas canciones canallas. Al frente de tan extraña murga, que tenía mucho de mitológica, iba un enorme mocetón, casi gigante, que alzaba con su mano derecha un tridente dorado: era Neptuno, el bondadoso e iracundo Neptuno, que lo mismo soltaba un *¡quos ego!*... en sus ratos de furor concentrado, que, sintiéndose complaciente, cogía la cesta familiar e iba a hacerle la compra a Anfitrite, su señora y dueña.

No busquéis en el Carnaval romano la nota artística y erudita; buscad, sí, lo áspero y grosero. Un enorme carromato avanzó por entre la gente con el arrastre lento de los seis bueyes que lo conducían: era „La corte de Baco", y en su centro, sobre un enorme tonel, se reclinaba grotesco el susodicho dios, defendiendo su cabeza de los rayos solares con un precioso *en-tout-cas* de seda silvestre; media docena de tigres muy bien conservados conducían sobre sus lomos a otras tantas bacantes o furias que, ciñendo al torso el clásico pañolón de Smirna, daban al aire la desquiciada melodía de un pasacalle primitivo. Sileno, grave y apodíctico, se entretenía en limpiar los dorados de una cama matrimonial sobre cuyas holandas una veintena de sátiros la hacían redonda con otras tantas bacantes que, como estaban vacantes, tenían

que entretenerse en algo. Un grupo de faunos a la zaga de la carroza descorchaba ávido unas botellas de marrasquino, que luego eran consumidas por invitados a la bacanal entre los quejidos eurítmicos del asno secular.

En medio de una lluvia ovacional cruzaba la carroza el paseo. De cuando en cuando un fauno arrojaba a aquel mar de cabezas un frasco purpúreo de clásico morapio: era de ver el revuelo que el inesperado obsequio producía entre aquellas fieras. Caían al suelo los más voraces, se atropellaban los aspirantes al dulce licor, y un remolino enorme agitaba a la canalla. El frasco, entretanto, cabeceaba indeciso entre cien manos ávidas, hasta que al fin una de ellas, más potente, hacía presa en él y lo descorchaba en tres segundos. La calma se restablecía, y sólo quedaba como recuerdo del anterior marasmo alguna que otra pareja de desahogados amadores que, aprovechándose de la excesiva libertad de aquellos días, realizaba por el suelo la función más propia de sus sexos, excitados por el contacto.

Tarquino sintió que por debajo de su *psiquis* avanzaba lenta una mano atrevida. La tenacidad del operante le hizo volver la cabeza al tiempo que se empezaba a alborotar su sexo pletórico. Su faz se inmutó de alegría; tras él, y pegada a su cuerpo, una espléndida matrona de formas ojivales le acariciaba con dulzura los

bajorrelieves corpóreos. Un elegante disfraz de obispo *in partibus* cubría el cuerpo de la hermosa, pero dejaba adivinar bien a las claras toda la exuberancia de sus divinos contornos; el rostro, cubierto con la carátula de raso negro, sonreía al patricio con el atractivo de una boca de púrpura y nácar que asomaba sangrienta bajo las negruras del cubrefaz.

—¿Me conoces? —interrogó a Tarquino una voz velada en disimulo.

Bien pronto una conversación banal enlazó las almas del joven y de la jamona.

Se acercaba el crepúsculo y con él el momento culminante de la bacanal.

La conquistadora de Tarquino indicó al joven su deseo de abandonar aquel lupanar al aire libre, en el cual no estaban muy seguras sus carnes apetecibles; acercándose al oído del patricio le musitó unas frases. El joven sonrió feliz, y juntos emprendieron el regreso a Roma abriéndose paso a fuerza de empellones.

Cuando cruzaron el puente Fabric era ya de noche.

Por el andén pontino pasaban ya algunas comparsas y carrozas en retirada. Un rasguear brillante de liras y siringas acarició el oído de la pareja; en varias filas de una corrección irreprochable avanzaron por el puente unos mancebos esbeltos: era „La Tuna Escolar de Ostia", que había venido a Roma para las Lupercales.

Sus miembros, con el pelo rizado a tenacilla y unos hábitos rojos, se contoneaban eurítmicos con una seriedad inconmovible; las notas juguetonas de un pasodoble germánico acompañaban el oscilar de sus caderas.

Tras los tunos de Ostia penetró en el Transtíber gran parte de la canalla ebria.

Tarquino y su amor iban entre la plebe.



En la sala del Domiciano se celebraba aquella noche un divertido *bal masqué.*

El espectáculo era bizarro; los más antagónicos disfraces se ceñían en las evoluciones de una danza severa, acompañada a la perfección por una orquesta muy bien nutrida. Desde el lejano guerrero de la Panonia semi-ignorada, al conocido leguleyo del Foro; desde el grave senador orcino al concienzudo sacerdote de Vesta, y desde el dominó griego al capuchón de forma de clámide, todos los vestidos que los filósofos han inventado para cubrir las apariencias humanas tenían allí su bella representación. En el centro del salón el bastonero, con altivez celtíbera, alzaba en su diestra el emblema de todo poder y toda autoridad: la larga vara, rematada en una cartela en la cual se veían las cuatro letras clásicas S. P. Q. R.: *si pagáis quedaréis requetebién.* ¡Con este lema apo-

díctico conquistó Roma el mundo y sus alrededores en poco más de tres meses!

En los aposentos de los pisos, ocupados todos por los más feroces calaveras de Roma, se corría en aquel momento cada juerguecita que hubiera puesto los pelos de punta al calvo de Verrio Flacco.

Tarquino y su misteriosa acompañante cruzaron indiferentes por entre esta turba libertina; por indicación de ella subieron al primer piso, donde estaba el ambigú, y ocuparon un cuartito reservado.

La habitación en que entraron nuestros amigos tenía todo lo indispensable para satisfacer las necesidades de dos personas conocedoras del terreno que pisan: una *tábula* para comer, unos vasos murrinos para beber y un triclinio para... meditar sobre lo deleznable y efímero de los principios filosóficos y de las raciones de ternera asada. En un rincón de prestigio y ensueño se alzaba, rodeada de un nimbo de leyenda, la forma augusta de un *bidet* de porcelana con bloqueo de caoba; los famosos versos de nuestro Bécquer vinieron a la memoria de Tarquino al contemplar aquel sublime aparato musical:

«Del salón en el ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada», etc.

Aquel artefacto, que muchos dedican a pisapapeles, fué una revelación para Tarquino; ape-

nas sentado en el borde del triclinio, la hermosa encubierta se dejó caer sobre sus rodillas con todo el prestigio de una romana corrida en el peso.

El patricio, algo excitado, musitó esa tontería que todos hemos dicho en los bailes de máscaras al encerrarnos a solas con una socia más o menos honorable:

— ¿Por qué no te quitas la carátula, flor del desierto?

¡Oh, perpetua estulticia de la mente humana que no quiere nunca comprender que lo más adorable de la vida es la ilusión! Pedimos a una bella que nos oculta el rostro que rasgue el velo del misterio y nos entregue el secreto de su hermosura, y no sabemos, ¡oh incultos!, que tras el más fino antifaz de seda se puede ocultar el rostro pecoso de un párroco polígamo o la mirada perversa de un recaudador de contribuciones.

— Si me despojo de la carátula me voy a constipar — contestó la hermosa al patricio.

Pero las cosas marchaban a paso de carga, y pronto acabó el discreteo. Después de roer *ensemble* unas ostras de los Alpes y unos vasos de Falerno que les había servido el camarero, nuestros amigos pasaron a vías de hechos.

Ella se despojó del disfraz de *obispo in partibus* que velaba su cuerpo y quedó en camisa de encajes y sandalias, ofreciéndose íntegra a las preocupaciones del joven.

Bella era en rigor la matrona, ¡por Ceres! Con una amplitud irrefragable repartía sus carnes por todo el cuerpo, rellenando sus curvas con una generosidad de heresiarca. Los pechos, dos enormes promontorios de roca carnosa, se alzaban firmes sobre el descote de la camisa, invitando a una doble libación de seis lustros; aquellos dos globos se movían con tal convicción al menor paso de la hermosa, que no había más remedio que entregarse en una sumisión incondicional. El cabello, negrísimo y ondulado, se alzaba sobre el nácar de su frente, y el rojo fuego de sus labios era una tentación irresistible.

De pronto, y con una carcajada febril, se arrancó la camisa, que voló por los aires como un pendón que incita a la batalla.

Sobre el triclinio la jamona y el patricio comenzaron a dialogar la canción que la humanidad repite desde aquella estupidez del padre Adán, que tan cara estamos pagando sus testamentarios. Los cuerpos de los dos se habían unido a maravilla en un abrazo inconsciente. ¡Y qué bien lo hacía la tal mascarita!

Indudablemente, el arte lo era todo en ciertos momentos de la vida extrauterina. Aquella individua, con ese *savoir faire* que sólo da la práctica, ponía en la operación todos los átomos de su cuerpo de diosa: ni un solo miembro había en él, por despreciable que fuese, que no

tuviera una misión especial que cumplir en aquel momento decisivo.

La boca, ¡claro está!, trabajaba sin descanso en todo el rostro del joven; los pechos iban rozando violentos, ora los labios, ora el cuello varonil, en un incesante movimiento combinado; las manos se habían distribuído sabiamente entre los dos extremos del cuerpo del patricio, y mientras la una friccionaba rápida la columna vertebral, la otra acariciaba suave aquellos contornos inferiores que rodean el trono de Príapo; las caderas y el bajo vientre eran un molino en perpetua ebullición, que de derecha a izquierda y de arriba a abajo ondulaba violento en ayuda del éxito final; y las piernas, aquellas columnas alabastrinas de un templo pelásgico, se retorcían entre las de Tarquino como ramas frondosas de una enredadera secular.

Con todo ese múltiple juego, el resultado no se hizo esperar: Tarquino, abrumado por aquel exceso de maestría, se entregó por completo: pero en el centro de aquella entrega ocurrió algo monstruoso que hizo pasar a nuestra amigo del paraíso de delicias al infierno de abominaciones y horrores. ¡Siempre a la mitad de las entregas es cuando ocurren las cosas gordas en las novelas!

Varias veces intentó, en el transcurso de la faena, llevar sus manos al rostro de la maestra; pero ella, precavida en extremo, mataba con una

caricia aquellos intentos tenaces. Pero llegó el momento supremo y definitivo: la máscara, que también tenía su alma en su armario, rindióse al ver el completo desmayo del joven, y, falta de fuerzas, en un supremo abandono, no pudo evitar que las manos de Tarquino arrancasen violentas la carátula de su faz con un movimiento casi instintivo y para gozar plenamente la belleza de la entregada.

Dió un grito horrible, un grito que debió resonar en todos los rincones del teatro como el ¡ay! desesperado de una pantera nefrítica. Con el rostro desencajado por una carcajada epiléptica, salió al pasillo mesándose los cabellos y completamente desnudo, mientras rugía incoherente:

—¡Maldición! ¡Maldición!

Lector: La mujer a quien Tarquino se había encontrado en la isla Tibernia, aquella con quien más tarde había deglutido las ostras, y más tarde aún realizado un acoplamiento lujurioso, era... ¡¡¡su suegra!!!

. . . .

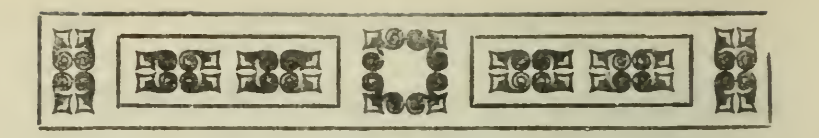
Tarquino ganó la calle, abriéndose paso a fuerza de patadas; la gente le tomaba por un ebrio, y su extraña y económica indumentaria no chocó a nadie, pues ya hemos dicho que en *Lupercalia* era perfectamente común pasearse en pleno Foro sin más ropa que la epidermis. Apenas hubo andado dos pasos veloces, un

camarero del ambigú le detuvo, y enseñándole amenazante un papel musitó:

— ¡Á ver si va a poder ser!

Nuestro amigo volvió a la realidad: en su loca huída, se había olvidado de pagar la cuenta.





EPÍLOGO ABRUMADOR

La noticia cayó en Roma como una bomba. Augusto, como casi todos los seres vacilantes, cuando se decidía a obrar era una fiera desatada; la continua presión que sobre su ánimo sereno venía ejerciendo el partido puritano no fué tan eficaz como el suceso del *Juvenalia*. Tomóse varias días para meditar, y después, sin consultar con nadie, abrió la caja de los truenos y desató la tormenta.

En las esquinas de las principales vías de Roma y en las anunciadoras del Foro apareció la mañana del primer día de los Idus de Marzo un edicto imperial. En él se ordenaba que en el término de siete horas, es decir, antes de la sexta, abandonase para siempre Roma Julia, la hermosa, la propia hija del Augusto. ¡Una pequeñez! En aquel éxodo improvisado acompañaría a la adúltera su fiel amiga Salvia y el

perverso joven Cayo Licio; Cayo Sempronio Graco y Mesala Corvino saldrían al mismo tiempo para el lejano Oriente, donde ocultarían por siempre su disolución; Julia y Salvia fijarían su residencia en Sabadell, puerto de las costas cataláunicas.

¡El destierro! Una ola de luto y de rabia se extendió por Roma al tener noticia del edicto. No fueron los puritanos los menos sorprendidos, pues el dictador del Palatino tuvo muy buen cuidado de advertir a Verrio Flacco, único enterado de sus propósitos, que guardase absoluto sigilo, so pena de arrancarle las orejas. Entre los innovadores, entre los amigos de los castigados, el hecho inaudito desató las furias más extremas.

El edicto era, además, una amenaza para el porvenir; en él, y a modo de razonamiento explicativo, se hablaba de *poner un valladar a la ola inmunda de la inmoralidad;* se enaltecía la necesidad de *castigar el mal ejemplo de los favorecidos por la fortuna;* se ponía de manifiesto el rigor de la pena en este caso, recordando el principio progresivo de *caiga el que caiga;* en esta sarta de lugares comunes se veía bien a las claras la mano pedestre de Verrio Flacco, indudable redactor del documento imperial. Al final de él se hacía una velada alusión a la suerte futura de Ovidio; se le amonestaba severamente, conminándole con hacerle seguir la

suerte de su mecenas Mesala si no cesaba en sus cantos al libertinaje y a la licencia.

El pueblo se agrupaba ante las esquinas, y al leer el documento prorrumpía en sordas protestas, desparramándose airado por las vías y las plazas.

Un rumor sordo de queja fué ascendiendo de Roma a las cumbres palatinas, y pronto los mentideros del Foro se poblaron de formas humanas que gritaban acaloradas; no había discusiones, porque los puritanos habían tenido el buen acuerdo de no salir de sus casas para no excitar con su presencia al pueblo. Todos chillaban en una acorde algarabía.

Una mañana gris y plomiza de fines de invierno ponía un comento de trágica tristeza a la actitud de la plebe. Los más precavidos acudían a la tertulia del Foro con el paraguas debajo del brazo o ciñendo sobre la toga la forma grácil de un impermeable secular.

La noticia corría desalada; los jóvenes patricios, que al saltar del lecho a la hora tercia demandaban del esclavo el desayuno, recibían, al mismo tiempo que el tazón de aromoso chocolate, la estupenda nueva del destierro de Julia; se vestían rápidos, y olvidando por aquel día ciertos detalles de refinamiento, tales como lavarse la cara o mudarse de calcetines, se lanzaban inconscientes al arroyo buscando la confirmación del tremendo disparate. ¡Cuando pe-

ligraba la patria no era ocasión de pararse en minucias de tocador!

Los jóvenes socios del *Juvenalia*, los abonados a la cuarta del Domiciano, los asiduos al té de *Sacra-fames* y los parroquianos de los tapadillos del Esquilino, veían peligrar sus horas de ventura y cernerse en el espacio la siniestra amenaza de una dictadura puritana, con el cornudo Tiberio por jefe y el sucio Verrio Flacco por cónsul perpetuo. ¡Esto no podía ser! Había que atajar el mal en sus comienzos. Y obedeciendo a un impulso inconsciente, los patricios gozadores se dirigían al Foro, que era el sitio donde en Roma se reunía la gente siempre que iba a pasar algo gordo.

No había distinción de clases ni de sexos en la masa humana que ya se aglomeraba en la histórica planicie; desde el senador libertino al cargador del Tíber; desde la esbelta dama esquilina a la encargada del lupanar de seis sestercios, todos estaban allí, fuertes en la protesta, viendo amenazados por aquel edicto, que no era más que el comienzo de una política, sus intereses, sus vidas o, simplemente, sus preferencias gozadoras.

El joven desocupado y disoluto se veía constreñido a abandonar sus horas de placer intenso y a refugiarse en el noble juego de las tabas por todo pasatiempo; la dueña del tapadillo aristocrático contemplaba sus ganancias

disminuídas por una persecución encarnizada, y recordaba con horror aquellos tiempos del prefecto puritano a que hicimos referencia; los taberneros, heridos en lo más delicado de su sexo, aullaban aguardentosos contra el aguacero que se les venía encima; y aunque esto de protestar del agua sea cosa inusitada en un dueño de taberna, el hecho es que así ocurría ante la amenaza de cerrar a las doce y media, que era uno de los credos del partido puritano. Y lo mismo el púdico sacerdote, que distraía sus ocios religiosos con el ama complaciente y retozona, y la matrona casada, que no viendo sus ansias satisfechas por el marido, se entregaba inconsciente al amante como a un complementario del *ménage.* Todos, todos rugían amenazantes al pensar en el porvenir que les aguardaba; los cafés cerrados a la una y media, el Domiciano clausurado, el circo en vacaciones, los prostíbulos convertidos en escuelas de instrucción primaria, y por todo recreo espiritual la lectura de los clásicos del primer siglo, más aburridos cuanto más exquisitos, y alguna que otra representación teatral los sábados por la noche, en la cual un coro de viejas y escuálidos mancebos cantarían un himno a la virtud entre los cabeceos somnolientos de la concurrencia. ¡No, no podía ser! ¡Era un pueblo entero que se rebelaba, proclamando a gritos su derecho a la vida, al amor y a los aperitivos!

Por confidencias de un mozo de cuerda encargado de llevar a Ostia los baúles de Julia, se supo que la hija de Augusto saldría del Palatino para el destierro una hora antes de la sexta (es decir, a las once de la mañana).

Este era, pues, el momento de obrar; por ese acuerdo tácito que une siempre a las grandes aglomeraciones humanas, quedó fijada la ocasión. El mismo que trajo la noticia de la hora de la marcha refirió también la escena que acababa de tener lugar en el Palatino al serle comunicada a Julia por su propio padre la tremenda nueva del destierro; parece ser que la hermosa romana se hallaba tomando el desayuno al recibir la visita paterna, y que, excitada hasta el paroxismo por la traicionera conjura, había terminado por arrojar una fuente de picatostes al rostro del autor de sus días.

La energía y varonil entereza de que acababa de dar pruebas aquella mujer excepcional frente al peligro cierto, excitaron los ánimos ya iracundos de los romanos apelotonados en el Foro.

Pero aquella masa, ya en rebeldía, necesitaba un jefe. Faltaba en aquel conjunto de fieras decididas a todo, el cerebro privilegiado que reasumiese tantas energías dispersas y las hiciese triunfar con el plan fecundo de una acertada dirección. Los dioses quisieron que aquel mosaico en rebeldía tuviese hoy el jefe

que necesitaba: por la parte de la Vía Bonella se abrió paso a codazos un mocetón robusto y cetrino: era Cneo, *Tripas de acero*, que, enterado de todo al ir a tomar la mañana a la taberna de la Vía de Ceres, se dirigió al Foro empuñando en su diestra el robusto roten que le servía de compañero inseparable en todas sus especulaciones filosóficas.

Al llegar al centro del Foro, dijo con voz gruesa, dirigiéndose a los cinco o seis matoncillos que le acompañaban:

— ¿Pero qué hacen aquí estos borregos? Lo que hace falta es subir al Palatino... ¡Rejúpiter, y qué pocos hombres de convicciones vamos quedando!

El público lo acogió con una doble salva de aplausos y vítores.

Las nubes gruesas y parduzcas descargaron por fin sus entrañas sobre la multitud enardecida; un enorme aguacero relleno de truenos y relámpagos pobló la atmósfera con sus cendales espesos. Sobre la planicie del Foro se abrieron al instante mil paraguas milenarios; el histórico campo semejaba a un templo de mil cúpulas impermeables. La hora, entretanto, se acercaba; por las distintas calles que desembocaban en el célebre recinto llegaban a millares los romanos retrasados. Las modistillas de los principales talleres, a quienes sus dueños habían dado hoy licencia para que tomaran parte

en la manifestación, arribaban piantes y retozonas como pájaros que huyen de la escarcha, recogiéndose la falda de la túnica en huída de las cazcarrias barrosas. Cneo, de pie sobre la base de una columna, arengó a la plebe con elocuencia:

— Cives: o semos, o no semos. Aquí, ¿de qué se trata? De hacerle una charraná a la señá Julia, y de hacernos la óptima a nosotros, ¿no es eso?

— ¡Sí, sí! — rugieron cien voces entre el ruido de la tormenta.

— Pues bien; ¿y es que vamos a consentir que cuatro viejos impotentes se nos monten encima y nos ajen? ¡Que no pué ser, por Vesta! Yo creo que si semos entoavía seres conscientes, y no nos hemos olvidao de las convicciones que tóos, hombres y mujeres, llevamos pendientes en cierta parte de nuestro organismo, debemos ir al Palatino a enseñarle al Augusto que con nosotros, el que juega *la diña*. ¿No sus parece?

— ¡Al Palatino! — aullaron mil voces por encima del fragor de los relámpagos.

Un trueno enorme y catastrófico puso un comentario de lucha a aquel vociferar de un pueblo; en las calles adheridas a la montaña en que se alzaba el Palacio de los Césares se inició un pulular de gentes amenazadoras y ebrias.

En las primeras filas de la muchedumbre, que acampaba en la enorme extensión comprendida entre el Capitolio y el templo de Vesta, hubo un movimiento de avance; Cneo y sus ayudantes, al frente de todos, iniciaron la maniobra, y la masa les siguió irreflexiva. Sobre sus cabezas se alzaba la mole palatina, velada en sus contornos por las brumas tempestuosas: era como un castillo inexpugnable al cual se dirigían las miradas furiosas de los atacantes.

Al desembocar los más audaces en la Vía de la Gracia, único trozo de terreno que les separaba ya de la colina, vieron venir hacia ellos por la parte de la Vía Sacra un pelotón nutrido de guardias del prefecto, al galope tendido de sus caballos. Era la autoridad, que resistía. El prefecto, colocado a prevención en lo alto de la explanada de Palacio, dió la orden, por medio de un banderín encarnado, a sus tropas, que aguardaban ocultas en los recovecos de la Vía Labicana.

Cien guardias, dando al aire sus mantos y a la lluvia sus cascos y sus lorigas, cayeron sobre los alborotadores, a tiempo que por las cuestas de la colina descendían raudos cincuenta pretorianos de a caballo. El combate se entabló al momento: los más débiles de los que atacaban retrocedieron ante el avance de aquellos hipógrifos enardecidos. Las mujeres, chillando asus-

tadas, se refugiaban en los pórticos de los templos; pero los hombres, enardeciéndose mutuamente con gritos alentadores, aguijoneaban con las puntas de los paraguas los flancos de los caballos. Los guardias no podían avanzar mucho, pues hubieran tenido que pasar sobre una muralla humana que los apostrofaba con denuestos, y por ello se limitaban a defender la subida al Palatino, cubriendo la izquierda de la Vía de la Gracia con el abrumador valladar de sus cien caballos; de vez en cuando, y para evitar el ser arrollados por aquella avalancha amenazadora, iniciaban un ataque con el fin de tener a raya a las primeras filas.

En lo alto de la colina, cercada ya por todas partes por un gentío inmenso, se inició un movimiento peculiar. ¡Había llegado el momento supremo! En una litera conducida por seis esclavos iban Julia y Salvia camino de un país de dolor; una cohorte de legionarios a pie y a caballo las escoltaba y defendía. La hija de Augusto cubría su rostro con un fino pañuelo de batista: lloraba. Salvia, más filósofa, aparecía indiferente: después de todo, no existía parte alguna en el mundo donde no pudiese erigirse un altar al amor; y habiendo amor, ¿qué importaba lo demás a la jamona?

El triste cortejo avanzó en silencio por la explanada palatina, y pronto comenzó a bajar

la cuesta que había de conducirlo a la Puerta Capena.

En el Foro, enterados de lo que pasaba, había crecido el revuelo; se rehicieron los grupos, se enarbolaron los paraguas, y se dispusieron todos a arrollar a los guardias del prefecto.

La llovizna seguía cayendo; los cincuenta pretorianos se habían unido ya a las fuerzas de la prefectura y esperaban a retaguardia el momento de intervenir. Un formidable grito de „¡Viva Julia!“ vibró radiante en el espacio, tronando los oídos de Augusto, que a la sazón tomaba un baño de pies para borrar la huella moral de los disgustos pasados.

Fué la señal del ataque: el choque sobrevino violento, trágico, sanguíneo; caracolearon furiosos los caballos, lanzándose pausados sobre la multitud; aguantaron los rebeldes la carga con el muro resistente de sus cuerpos, y ya desde entonces la *baguarre* fué inaudita. Aquellos rebeldes, metiéndose atrevidos bajo los vientres de los caballos, les hurgaban con los paraguas en las conciencias del sexo; los animales, doloridos, rebotaban furiosos y acababan por huir desmandados en busca del pesebre. Otros, luchando a brazo partido con los jinetes, les mordían las piernas por encima de la *caliga*, haciéndoles rabiar de gusto. Como la multitud era enorme, ocurría con frecuencia que un guardia.

un poco impetuoso en el ataque, quedaba rodeado por la plebe en un completo aislamiento de sus compañeros; veinte o treinta salvajes caían al punto sobre él, y a fuerza de capones, manguzás y mamporros le convencían para que bajase del caballo y diese las armas a los amotinados.

Otras veces un grupo de guardias emprendía veloz carrera detrás de una aglomeración de vociferantes; pero el piso, humedecido por la lluvia, hacía resbalar a los caballos, que no tardaban en patinar vacilantes, terminando por dar en tierra con el jinete: entonces la plebe aplaudía entusiasmada al ver a un enemigo derribado y al principio de autoridad por los suelos.

Cneo, con la faz congestionada y el garrote parlero, se hallaba empeñado en una bizarra lucha: tres guardias le rodeaban, y él, haciendo el molinete con su tranca, los tenía a raya, con gran desesperación de los del orden; el más astuto de los tres bloqueadores tomó hábilmente la vuelta al matón, y cayó sobre él con todo el peso del caballo; un ¡ay! de dolor cruzó el espacio, y la boca epiléptica de *Tripas de acero* gorjeó horripilante una blasfemia alusiva a la *mater familias* del agresor; los cuatro cascos del bruto de la prefectura habían caído dislacerantes sobre el pie izquierdo del *souteneur;* sus callos, en una *débâcle* espantosa, se habían deshecho para siempre.

La ola plebeya retrocedía y avanzaba a compás de los soldados; los gladios centelleaban en el aire, y al caer sobre las testas rebeldes daban lugar al nacimiento de algún chichón y al tenue gotear de la sangre de las descalabraduras. Cerca del templo de Cástor y Pólux la lucha era de un homerismo abracadabrante: se habían reunido en apretado haz todas las patronas de casas de huéspedes de Roma y todos los dueños de casas de empeño. Por eso la batalla era tan empeñada; aquellos industriales e industrialas se veían gravemente amenazados en sus intereses si vencía el partido puritano, y se habían echado a la calle armados de los instrumentos más mortíferos de su industria respectiva: ellas la escoba, y ellos las prendas vencidas que tuvieran aplicación al caso, tales como los cuchillos de postre, revólveres dogmáticos, gemelos de teatro, etc. Los guardadores del orden, comprendiendo que en aquel grupo era donde estaba el verdadero peligro, arremetieron contra él con una saña de lechones; el choque fué antidiluviano. La electrolisis de aquellas escobas, cayendo contundentes sobre los guardias, llevaron a éstos al frenesí sangriento; en una defensa ardorosa vapuleaban a las infelices patronas y a los idílicos prestamistas cual si fueran manadas de borregos agnósticos. Bien pronto la sangre matizó con sus tonos de tragedia el cuadro siniestro de aquella lucha de

titanes; un sargento recibió en el rostro un escobazo, y un guardia vió partida su yugular por el brillo de una navaja de afeitar; los modestos industriales se defendían como podían, y la ocasión no era para detenerse en pelillos.

A la vista de la sangre del compañero, los del prefecto cargaron iracundos, sembrando la muerte por doquier; los ayes de agonía acompañaban a los cuerpos en su caída postrera, y los gritos de dolor abofeteaban el rostro de los ya ciegos carniceros de la prefectura.

A cada instante caían los cadáveres con isócrono golpear; por el aire se veían unas manos crispadas, y por los suelos unos charcos sangrientos salpicaban los vientres de los caballos en una inmunda pateadura. Al ver la sangre, los más valientes retrocedieron; los guardias y los pretorianos ganaban la partida.

Los defensores de Julia entregaban las vidas en el Foro.

¡Triunfaban los puritanos!

La lluvia seguía cayendo sobre los charcos sanguíneos.

. . . .

Asomado a un ventanal de las buhardillas palatinas, un vejete más sucio que un concilio y más feo que una lombarda, soltaba al aire la carcajada de su triunfo. Era Verrio Flacco.

Miraba complacido la recta calzada de la Vía Apia, a cuyos lados se extendían los mag-

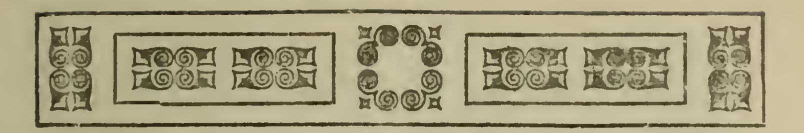
níficos criaderos de apios, y por cuyo centro un punto brillante caminaba lento rodeado de una masa colorida: era la litera de Julia y su escolta. La hija de Augusto caminaba al destierro, abandonando Roma, donde tanto había gozado.

Aquel reinado del lujo y del amor, que ella con ayuda de los suyos supo implantar, se derrumbaba en un día gris y lluvioso, entre un manto de niebla acuosa que no dejaba ver ni las bellezas de la campiña romana. Lloraba el cielo el trágico fin de una epopeya; lloraba Roma el triste agonizar de sus placeres, y lloraba la tierra el derruído culto del niño ciego y amoroso; sólo Verrio Flacco reía en medio de aquel saldo de lágrimas. Sus risotadas de percebe rasgaban el espacio como eructos de un monstruo marino.

Los ilusos del Foro, batidos por la fuerza pública, seguían gritando soñadores: „¡Viva Julia!" „¡Abajo los consumos!"; y Julia moría entre las brumas de la Vía Apia.

Verrio, a cuyo oído llegaban los aullidos plebeyos, miró irónico a la masa, que se replegaba al empuje de los pretorianos. La lluvia seguía cayendo; Flacco continuaba risotando. Para celebrar el día más grande de su vida, decidió lavarse los pies.

FIN



ÍNDICE



